



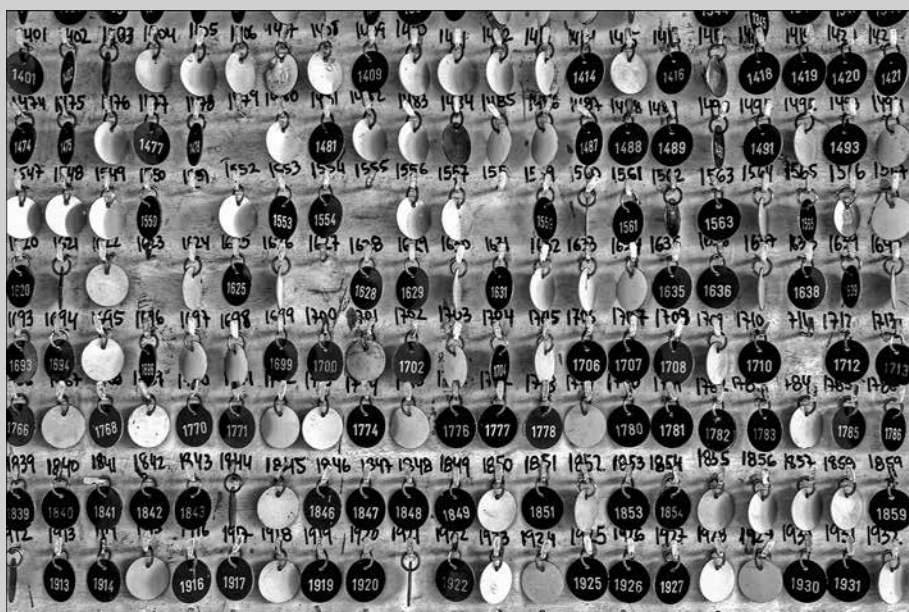
Antología de relatos mineros por la XX Edición del
«Concurso de Microrrelatos Mineros Manuel Nevado Madrid»



Fundación
JUAN MUÑOZ ZAPICO



comisiones obreras de asturias
comisiones obreres d'asturies



Lampistería del pozo Candín. Tuilla. Langreo. Asturias 2005

I II III VI V IV IIII XI X IX IIX IIIX VIX VXX IVXX IIIX IIIIX XIX XX

EL POZU QUE NON VA A PESLLAR

CRÉDITOS

Corrección castellano:

Juanjo Barral
Benigno Delmiro

Corrección asturiano:

Xandru Martino Ruz

Fotografías:

Eduardo Urdangaray

Edita:

Fundación Juan Muñiz Zapico

Patrocina:

Dirección General de Minas y Energía del
Principado de Asturias y Hunosa

Diseño y maquetación:

dislok2.com

Depósito Legal:

AS 01624-2024

ÍNDICE

ÍNDICE

PRESENTACIÓN. Toño Huerta.....	11
SALUDA. Vanessa Gutiérrez	12
PRÓLOGO. <i>Dende'l castillete (ensin mina) del Pozu L'Entregu.</i> Benigno Delmiro Coto.....	15

I EDICIÓN § 2004

GANADOR 2004

Aníbal Ramón Morixe. <i>Cuando la jaula vuelva a subir</i>	35
--	----

ACCÉSIT JOVEN 2004

Natalia Fernández Rodríguez. <i>Et in Arcadia ego</i>	39
---	----

ACCÉSIT ASTURIANU 2004

Ricardo Candás Huerta. <i>El lladrón de llapiceros</i>	41
--	----

II EDICIÓN § 2005

GANADOR 2005

Gregorio Andrés Echevarría Vidal. <i>Marionetas</i>	45
---	----

ACCÉSIT JOVEN 2005

Irma Fernández Vázquez. <i>Tu niña valiente</i>	47
---	----

ACCÉSIT TESTIMONIO HISTÓRICO 2005

Andrea D'Atri. <i>A ver si se saca el sombrero, señor</i>	49
---	----

ACCÉSIT ASTURIANU 2005

Vicente García Oliva. <i>Carta de Cuba</i>	51
--	----

III EDICIÓN § 2006

GANADOR 2006

Miguel A. Hoyos Alarte. <i>Los espantapájaros del mercurio</i>	55
--	----

ACCÉSIT JOVEN 2006

Guayarmina Pedraza García. <i>Una carta para una madre</i>	57
--	----

ACCÉSIT TESTIMONIO HISTÓRICO 2006

María Julia Bello. <i>Adversidad</i>	59
--	----

ACCÉSIT ASTURIANU 2006

Sidoro Villa Costales. <i>La provocación</i>	61
--	----

IV EDICIÓN § 2007

GANADOR 2007

José Quesada Moreno. <i>Última noche</i>	65
--	----

ACCÉSIT JOVEN 2007

Gerardo Fernández Bustos. <i>Arañas polvorientas</i>	67
--	----

ACCÉSIT TESTIMONIO HISTÓRICO 2007

Meritxell Coello Tortajada. <i>Corría el invierno de 1888</i>	69
---	----

ACCÉSIT ASTURIANU 2007

Félix Fernández Rodríguez. <i>Día ún</i>	71
--	----

V EDICIÓN § 2008

GANADORA 2008

Montserrat Garnacho Escayo. <i>Rosae</i>	75
--	----

ACCÉSIT JOVEN 2008

Marta Garín Montañez. <i>El abismo</i>	77
--	----

ACCÉSIT TESTIMONIO HISTÓRICO 2008

José Quesada Moreno. <i>La verdad de los papeles</i>	79
--	----

ACCÉSIT ASTURIANU 2008

Begoña del Río González. <i>La Pinga</i>	81
--	----

VI EDICIÓN § 2009

GANADOR 2009

Juan José Argudo García. <i>El rey de la mina</i>	85
---	----

ACCÉSIT JOVEN 2009

Miguel Rodríguez de la Vera Mouliáa. <i>Asturias, 1934</i>	87
--	----

ACCÉSIT TESTIMONIO HISTÓRICO 2009

Constante Álvarez Delgado. <i>La Peña'l Gatu</i>	89
--	----

ACCÉSIT ASTURIANU 2009

José Luis Rendueles. <i>El reló n'hora</i>	91
--	----

ÍNDICE

VII EDICIÓN § 2010

GANADORA 2010

Paloma Hidalgo Díez. *La última puerta abierta* 95

ACCÉSIT JOVEN 2010

Laura González Tirador. *El gato del Astronauta* 97

ACCÉSIT TESTIMONIO HISTÓRICO 2010

David Fernández Tamayo. *Octubre* 99

ACCÉSIT ASTURIANU 2010

Alberto Carrio Sampedro. *Texedora de sueños* 101

VIII EDICIÓN § 2011

GANADORA 2011

Elia Dembilio Mezquita. *La luz de emergencia* 105

ACCÉSIT JOVEN 2011

Ana Rodríguez Suárez. *Una ilusión, un desaliento*..... 107

ACCÉSIT ASTURIANU 2011

Gabino Busto Hevia. *Chamiceruca* 109

IX EDICIÓN § 2012

GANADORA 2012

Mara Meroni. *¡Madrid obrero, saluda a los mineros!* 113

ACCÉSIT JOVEN 2012

Alicia Calvo Panera. *Los días del carbón* 115

ACCÉSIT TESTIMONIO HISTÓRICO 2012

Charo Cuba Penabad. *Exilios*..... 117

ACCÉSIT ASTURIANU 2012

Rubén Rey Menéndez. *L'esbarrumbu* 119

X EDICIÓN § 2013

GANADORA 2013

María José Regalado Blanco. *La burra* 123

ACCÉSIT JOVEN 2013

Selena Crespo Garea. *Como noche negra* 125

ACCÉSIT TESTIMONIO HISTÓRICO 2013

Helena Trexu Fombella. *Llosa*..... 127

ACCÉSIT ASTURIANU 2013

Sergio Manuel Buelga Casas. *La sonrisa la güela*..... 129

XI EDICIÓN § 2014

GANADORA 2014

Lourdes Aso Torralba. *El juego del ahorcado*..... 133

ACCÉSIT JOVEN 2014

Alicia Calvo Panera. *Los surcos en Sabero*..... 135

ACCÉSIT TESTIMONIO HISTÓRICO 2014

Miguel Ángel Collado Aguilar.
Empezaba a refrescar. Una historia real..... 137

ACCÉSIT ASTURIANU 2014

Francisco Álvarez González. *Identidá* 139

XII EDICIÓN § 2015

GANADORA 2015

Noemí González González. *Manos, bocas, matz* 143

ACCÉSIT JOVEN 2015

Alicia Calvo Panera. *Un hilo rojo*..... 145

ACCÉSIT TESTIMONIO HISTÓRICO 2015

José Antonio García Rodríguez. *Entibar de salón*..... 147

ACCÉSIT ASTURIANU 2015

Montserrat Garnacho Escayo. *Tolos caminos del orbe*..... 149

XIII EDICIÓN § 2016

GANADOR 2016

Pablo Rodríguez Medina. *Ardor*..... 153

ACCÉSIT JOVEN 2016

Stefania Schamuells. *Marmato* 155

ACCÉSIT TESTIMONIO HISTÓRICO 2016

Sergio C. Fanjul. *Historias de una luz*..... 157

ÍNDICE

ACCÉSIT ASTURIANU 2016

Lluís Aique Iglesias Fernández. <i>1962</i>	159
---	-----

XIV EDICIÓN § 2017

GANADOR 2017

Francisco Álvarez González. <i>Los colores y los trazos</i>	163
---	-----

ACCÉSIT JOVEN 2017

María Fernández Abril. <i>Nun sabía nada</i>	165
--	-----

ACCÉSIT TESTIMONIO HISTÓRICO 2017

Félix Fernández Rodríguez. <i>Diaños de la mina</i>	167
---	-----

ACCÉSIT ASTURIANU 2017

Lluís Aique Iglesias Fernández. <i>Años de silenci</i>	169
--	-----

XV EDICIÓN § 2018

GANADOR 2018

Armando Gutiérrez Rodríguez. <i>Roceanu</i>	173
---	-----

ACCÉSIT JOVEN 2018

Andrés Navajas Ortega. <i>Ruido del 34</i>	175
--	-----

ACCÉSIT TESTIMONIO HISTÓRICO 2018

Mayte Blasco Bermejo. <i>Iquique, 1907</i>	177
--	-----

ACCÉSIT ASTURIANU 2018

Juan Trenor Állen. <i>El pagu</i>	179
---	-----

XVI EDICIÓN 2019

GANADOR 2019

Denis Soria Fernández. <i>Caliente</i>	183
--	-----

ACCÉSIT JOVEN 2019

Elisa Palacios Moreta. <i>Mateo</i>	185
---	-----

ACCÉSIT TESTIMONIO HISTÓRICO 2019

David Villar Cembellín. <i>A.P.</i>	187
---	-----

ACCÉSIT ASTURIANU 2019

Roberto Xosé Fernández. <i>Avientu-18</i>	189
---	-----

XVII EDICIÓN § 2020

GANADOR 2020

Denis Soria Fernández. *La Picadora* 193

ACCÉSIT JOVEN 2020

Elia Zapico Fernández. *Tesoros* 195

ACCÉSIT ASTURIANU 2020

Francisco Álvarez González. *Pozu Cantábricu* 197

XVIII EDICIÓN § 2021

GANADOR 2021

Luis Pachón Gómez. *La sota de bastos* 201

ACCÉSIT TESTIMONIO HISTÓRICO 2021

Alejandro Martínez Rodríguez. *María, la madre de todas las huelgas* 203

XIX EDICIÓN § 2022

GANADORA 2022

Chiara Bertola. *Marcinelle* 207

ACCÉSIT TESTIMONIO HISTÓRICO 2022

María José Lombrana de los Ríos. *Amargado en Anís* 209

XX EDICIÓN § 2023

GANADORA 2023

Clara Ruiz López. *Genealogía* 213

ACCÉSIT JOVEN 2023

Borja Fernández Rubio. *Diariu de silenci* 215

ACCÉSIT TESTIMONIO HISTÓRICO 2023

Alejandro Martínez Rodríguez. *Un fuego belador* 217

MENTIÓN ESPECIAL 2023

Alfredo Garay. *Tardanza* 219

PRESENTACIÓN

Van ya veinte ediciones de un concurso de microrrelatos mineros que es todo un referente internacional, una demostración de que la memoria minera, trasladada a la literatura, sigue viva. Un certamen que lleva el nombre de Manuel Nevado Madrid, líder minero indispensable para comprender la historia minera y sindical de nuestra tierra que, por ende, es la historia internacional de todas las mujeres y hombres que lucharon —y lo siguen haciendo— por la libertad y la democracia.

A lo largo de estas dos décadas han sido miles los relatos recibidos y cientos las personas participantes de todos los rincones del mundo; a todas ellas nuestro más sincero agradecimiento y enhorabuena por aportar sus palabras a esta historia que aún tiene muchas líneas por escribir.

También es de justicia reconocer la labor de las personas que han formado parte del jurado a lo largo de todos estos años, con una mención especial a su presidente, Benigno Delmiro Coto, alma del certamen y figura clave en la reivindicación de la literatura minera. No es un trabajo fácil debido al nivel, pero año tras año hacen posible la selección de los relatos ganadores y las menciones especiales que, desde la primera edición, venimos publicando desde la Fundación Juan Muñiz Zapico de CCOO de Asturias.

Para mí es un orgullo escribir estas líneas previas a la publicación, tanto por su significado como por ser la primera edición que se realiza desde mi nombramiento como director de la Fundación en octubre de 2023. Mi deseo es que sean muchas más, siempre con la reivindicación del mundo del trabajo y de la cultura y sociedad gestadas en torno a suyo.

TOÑO HUERTA

Director de la Fundación Juan Muñiz Zapico

SALUDA

Esta publicación que tenéis en vuestras manos es un tesoro sacado del alma y la memoria colectiva asturiana. Un tesoro labrado con palabras, que guarda la emoción de las voces e historias de la minería, esa actividad que durante generaciones marcó el paisaje y el talante de nuestro paisanaje, dejando una huella imborrable en la cultura asturiana y un ejemplo inconfundible a la mirada del resto del mundo. Porque la gente de la mina, con su valentía, su solidaridad y su espíritu de lucha, forjó una identidad propia que mostró no solo lo sacrificado de un medio de vida fundamental para entender la historia económica y social de la Asturias reciente, sino también cómo, pese a vivir muchas veces en condiciones extremas, la humanidad puede enseñar los valores más nobles y profundos.

Este concurso de microrrelatos, que celebró su vigésima edición, es un homenaje a esa cultura minera, un reconocimiento a su importancia en nuestra historia y en nuestro presente y un intento por salvaguardar para la sociedad futura no solo la dignidad de su recuerdo sino el legado cultural que perdura más allá de la extracción del carbón. Los relatos que aquí se recogen son un testimonio de la vida alrededor de la mina, de sus luces y sus sombras, de sus alegrías y sus tragedias, con ese trazo firme que aporta la emoción y el orgullo de pertenencia.

Este libro es, en definitiva, un mosaico de la cultura minera asturiana, que refleja su riqueza y su diversidad, invitándonos a hacer memoria, a conocer mejor nuestro pasado, a entender nuestro presente y a construir un futuro en el que la memoria de la minería siga viva en cada página.

Quiero agradecer a todas las personas participantes en este concurso y en las ediciones anteriores por su contribución a la preservación de nuestra memoria histórica valiéndose de sensibilidad, talento y creatividad. Y quiero felicitar, por supuesto, a la Fundación Juan Muñiz Zapico por su incansable labor en la promoción de la cultura, en especial de la minera, gracias a esta propuesta que reivindica la memoria de Manuel Nevado Madrid.

Os invito a sumergiros en estas páginas y a dejaros llevar por la palabra que es memoria viva. Firmaréis un trato con el corazón para no olvidar Asturias, ni a las generaciones de asturianas y asturianos que le han dado vida abrazando las entrañas de la tierra.

VANESSA GUTIÉRREZ

Consejera de Cultura, Política Lingüística y Deporte

SALUDA

Esta publicación que tenéis nes vuestres manes ye un tesoru sacáu del alma y la memoria colectiva asturiana. Ye una ayalga llabrada con pallabres, que guarda la emoción de les voces y histories de la minería, esa actividá que mientres xeneraciones marcó'l paisaxe y el calter del nostru paisanaxe, dexando una buelga imborrable na cultura asturiana y un exemplu inconfundible a la mirada del restu del mundu. Porque la xente de la mina, cola so valentía, la so solidaridá y el so espíritu de llucha, forxó una identidá propia, qu'amosó non solo lo sacrificao d'un mediu de vida fundamental pa entender la historia económica y social de l'Asturies recién, sinón tamién cómo, pesie a vivir munches veces en condiciones estremes, la humanidá pue enseñar los valores más nobles y fondos.

Esti concursu de microrrellatos, que celebró la so ventésima edición, ye un homenaxe a esa cultura minera, un reconocimientu a la so importancia na nuestra historia y nel nostru presente, y un intentu por salvaguardar pa la sociedá futura non solo la dignidá del so recuerdu sinón l'heriedu cultural que perdura acullá de la estracción del carbón. Los rellatos qu'equí se recueyen son un testimoni de la vida alredol de la mina, de les sos lluces y les sos solombres, de les sos alegrías y les sos traxedies, col esi trazu firme qu'aporta la emoción y l'arguyu de pertenencia.

Esti llibru ye, en resultes, un mosaicu de la cultura minera asturiana, qu'espeya la so riqueza y la so diversidá, convidándonos a facer memoria, a conocer meyor el nostru pasáu, a entender el nostru presente y a construyir un futuru nel que la memoria de la minería siga viva en cada fueya.

Quiero estimar a toles persones participantes nesti concursu y nes ediciones anteriores pola so contribución a la preservación de la nuestra memoria histórica mandándose de sensibilidá, talentu y creatividá. Y quiero felicitar, por supuesto, a la Fundación Juan Muñiz Zapico pol so llabor incansable na promoción de la cultura, n'especial de la minera, gracies a esta propuesta que reivindica la memoria de Manuel Nevado Madrid.

Convídvos a somorguiavos nestes páxines y a dexavos llevar pola palabra que ye memoria viva. Vais roblar un tratu col corazón pa nun escaecer Asturies, nin a les xeneraciones d'asturianos y asturianos que-y dieron vida abrazando les entrañes de la tierra.

VANESSA GUTIÉRREZ

Consejera de Cultura, Política Llingüística y Deporte

I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII
XIV
XV
XVI
XVII
XVIII
XIX
XX

IX
VIII
VII
VI
V
IV
III
II
I



PRÓLOGO

PRÓLOGO

DENDE'L CASTILLETE (ENSIN MINA) DEL POZU L'ENTREGU

BENIGNO DELMIRO COTO

Mayo de 2024

POZU ENTREGO

*Vei equí'l castillete del Pozu Entrego.
Nunca asemeyó más brava la so figura.
Nunca más noble.*

*Parez ayenu al mundu, coronáu pol sol del
mediudía.*

*Un altivu monumentu
a la memoria industrial.*

*Relluma
llimpiu de ferruñu y de povisa.*

*Puru.
Venimos a veneralu. (...)*

Chechu García

(Lletres a la solombra'l castillete. Ayuntamiento de SMRA. 2010. Pág. 15)

LITERATURA MINERA: UNA LARGA HISTORIA

La literatura preocupada de los mineros conforma una serie muy particular de textos que encajan dentro de la llamada *literatura social*, de honda raigambre en las letras españolas. Aunque entraña alguna dificultad determinar con precisión sus propiedades y agrupar de manera coherente el conjunto de sus obras. Hunde sus raíces en la misma Edad Media, cuando surge en defensa de menesterosos y desheredados tanto por el destino como por el azar. Mantiene ligazón con la propaganda cristiana cuando esta manifiesta simpatía por las personas humildes. Posteriormente, la literatura picaresca incorporaría como motivo central penurias y hambruna de los de abajo. Ambas estarán muy presentes en buena parte de las obras que incluyen en sus tramas

de manera preponderante a quienes venden su fuerza de trabajo en el mercado laboral. Unos relatos cuyos redobles tañen lastimeros en los contornos de la historia como un rumor sigiloso y esperanzado de los desarraigados.

Uno de los primeros testimonios europeos de la dureza de las faenas mineras es una obra poco reconocida de Mateo Alemán, el autor de *Guzmán de Alfarache* que, a comienzos de 1593, fue juez visitador de las minas de cinabrio de Almadén. Estaban arrendadas a los banqueros alemanes Fugger o Fúcares para pagar las deudas contraídas por la corona. Allí trabajaban presos forzados: galeotes. Su objetivo era comprobar si el número de condenados era superior al autorizado por el rey, si recibían la alimentación adecuada, atención médica y el reposo necesario en caso de que enfermaran. El cuento ganador de la III Edición (2006), de Miguel A. Hoyos Alarte, *Los espantapájaros del mercurio*, se desarrolla en este mismo ambiente.

La conquista de los mares ha seducido constantemente la imaginación de escritores y escritoras. El bondadoso dios Nereo ha respondido bien a las llamadas de los marinos —e incluso de los piratas—. Era capaz de cambiar de forma, poseer el don de la profecía y se mostraba servicial con los héroes. Nereo era el mayor de los hijos del dios marino Ponto y de Gaia, la diosa de la tierra. Se casó con la oceánide Doris, con quien fue padre de las cincuenta nereidas, las ninfas del mar. Entre sus hijas se encuentra Anfitrite, esposa de Poseidón, y Tetis, madre del famoso héroe Aquiles.

La conquista del subsuelo, por el contrario, jamás ha tenido tanta suerte en el reparto de las divinidades clásicas. La mina es un espacio presidido por un dios bien distinto: el temible Plutón y Prosérpina, su pareja femenina: dueños absolutos de los tesoros subterráneos y de las almas de los muertos. Los misterios que generan las entrañas de la tierra y el esfuerzo mantenido en el tiempo para extraer sus minerales es un motivo narrativo recurrente en todos los tiempos.

También puede aparecer el Tío, que es un dios del mundo subterráneo de los mineros indígenas andinos al que, a cambio de ofrendas, piden protección contra los accidentes en el trabajo diario. Le solicitan muy temerosos que les facilite las riquezas minerales de las que es considerado dueño y guardián celoso. El Tío tiene plena vigencia en Bolivia y Perú (en donde es conocido como Muqui), países en los que es impensable efectuar el duro trabajo minero sin que le entreguen previamente, antes de empezar la jornada laboral, las dádivas que lo predispongan a su favor y les evite los accidentes.

La literatura minera, aparte de sus méritos estéticos, posee un alto valor documental, ya que se insiste de continuo en las condiciones de vida en las que se desenvuelven los trabajadores, tanto en el interior de las explotaciones como en los lugares donde han de renovar su desgastada fuerza de trabajo.

Esta literatura se presenta, con frecuencia, cargada de tanta tensión ideológica que obliga a los bandos en litigio, y a sus instituciones más representativas, a dejar constancia escrita de lo que ocurre, tal como sucedió a propósito de los sucesos revolucionarios de Asturias, en Octubre de 1934.

La aportación más decisiva y duradera de la literatura que se gesta en torno a las minas estriba en la proyección de una imagen fija —de un estereotipo— de las comarcas dependientes del carbón. Esto ha condicionado mucho la visión que se tiene de ellas desde el exterior. Ningún otro sector laboral ha tenido las páginas literarias con la impronta con que lo ha troquelado el mundo minero. En consonancia, sin duda, con su rol hegemónico en los territorios donde el carbón devino la fuente de energía más codiciada en plena segunda revolución industrial.

EL ARTE DE COMPONER EN GÉNEROS BREVES

El microrrelato hunde sus raíces, como toda especie literaria que se precie, en esa tradición oral que se exponía en forma de ejemplos, fábulas, alegorías, apólogos y mitos. Se fortaleció en la Edad Media a través de la literatura didáctica que se servía de leyendas, adivinanzas y parábolas. Aunque es, en la época moderna, al asentarse el cuento como género literario, cuando el microrrelato se popularizó. Concurren fenómenos tales como la irrupción de los movimientos de vanguardia —los diferentes ismos—, con su peculiar manera de practicar la libertad de expresión. Esta se manifestaba con la alteración de la estructura de las obras, el abordaje de temas hasta entonces considerados tabú y el desordenamiento de todos los parámetros creativos. Cobra entonces protagonismo la tipografía, antes considerada irrelevante.

En el primer tercio del siglo XX, aparecen en abundancia revistas que demandaban textos breves ilustrados para rellenar sus páginas culturales. Están de moda las greguerías de Ramón Gómez de la Serna, que son como relatos concentrados en unas pocas líneas. También Rubén Darío y Vicente Huidobro publicaron escritos breves desde diversas concepciones estéticas. En la segunda mitad del siglo XX, el microrrelato alcanzó su madurez creativa. Ya

no se trataba en exclusiva de un intrascendente ejercicio de estilo, una agudeza de ingenio o un fragmento evocador de la prosa poética.

El microrrelato es un texto narrativo breve que cuenta una historia, en la que debe destacar la concisión, la sugerencia y la precisión máxima del lenguaje puestos al servicio de una intriga paradójica y a menudo insólita. El microrrelato se convierte así en una propuesta idónea para reflexionar, definir o parodiar la rapidez e inconsistencia de los nuevos tiempos. Brotan como una serie original de ejercicios de reescritura o de experimentación con el lenguaje que, en el caso concreto de los micromineros, se afanan por trasladar una visión trascendente del mundo que no deje indiferente a ningún lector o lectora.

CONCURSO DE MICRORRELATOS MINEROS MANUEL NEVADO MADRID

Surgió la idea de convocar este certamen en el transcurso de las múltiples presentaciones organizadas por la Fundación Juan Muñiz Zapico, tras la edición, en el año 2003, por parte de la editorial Trea (Xixón), del libro *Literatura y Minas en la España de los siglos XIX y XX*, de Benigno Delmiro Coto. Antes había dado lugar a una tesis doctoral defendida en la Universidad de Zaragoza en mayo de 1990.

Un concurso que llevaría en la cabecera el nombre de Manuel Nevado Madrid. Cordobés de nación (Espiel. De familia campesina) y asturiano de “pación”. Desde el Pozu María Luisa, de Langreo, se convertiría en uno de los líderes mineros más apreciado y respetado. Nacido en 1940, dedicó toda su vida a la militancia activa en la defensa de los derechos políticos y sociales de los más laboriosos. Emigró a Asturias en los años cincuenta en busca del sustento. Pronto, consciente de que, para tener empleo y condiciones de vida más dignas, había que organizarse, ingresó en la clandestinidad en el PCE y participó en el incipiente movimiento político y social del que surgiría el sindicato más activo contra la dictadura de este país: las Comisiones Obreras. Fue secretario general de la Federación Estatal de Minería, desde su constitución en 1978, hasta su prematura muerte causada por un cáncer. Enfermedad que no lograría deslucir su imagen de hombre firme, vital, de espíritu rebelde, con gran carisma y no menor buen sentido del humor.

Su figura pervivirá para siempre como emblema del conjunto de los hombres y mujeres que, con sus luchas y sacrificios, forjaron la leyenda de la in-dómita minería asturiana. Este concurso literario quiere rendirles tributo de

recuerdo entrañable a todos los trabajadores y trabajadoras de las minas de todos los tiempos.

Ya desde su primera convocatoria, el Concurso superó con creces las expectativas, tanto en relación con el número de participantes como con su repercusión regional, nacional e internacional (especialmente en América Latina). Hay que señalar que, a esa satisfacción, se añadía el hallazgo de que, fuera cual fuese la parte del orbe en que se hubiesen escrito, todos los contenidos destacados tenían rasgos comunes. Recreaban historias y expresaban hechos, sentimientos y emociones que, salvo matices, tanto se podrían ubicar en la Cuenca minera del Caudal, en la del Nalón, en las minas leonesas o palentinas, en Vizcaya, Almadén, Riotinto, Bolivia o en Chile.

EN CASTELLANO Y EN ASTURIANO

Han pasado dos décadas y veinte ediciones se han impreso ya de este Concurso de Microrrelatos de temática exclusivamente minera. Único en el mundo, está organizado por la Fundación Juan Muñiz Zapico, de las Comisiones Obreras de Asturias. Un certamen que viene a demostrar con cada convocatoria la pujanza de esa clase de literatura que porta a la minería como estandarte, tanto en Asturias como en España y otros países del mundo. Como se expresa en la base número dos: *El contenido tendrá que aludir necesariamente a algún aspecto (motivos temáticos, personajes, argumento o ambientación) relacionado con el mundo de la minería en cualquier parte del mundo.*

Miles de originales han participado ya desde su primera convocatoria. Unos relatos que, en cualquiera de sus géneros, parecen crecerse y ganar en calidad estética con cada obra publicada. En nueve ocasiones de las veinte ha resultado ganadora una escritora.

La presencia de textos en *llingua* asturiana ha sido determinante. Todas las ediciones se han dotado de un accésit específico para los textos en asturiano y buena parte de las menciones especiales también están escritas en nuestra *llingua llariega*. Y todavía más: en tres ediciones ha resultado ganador del primer premio un texto en asturiano compitiendo en buena lid con los redactados en castellano. Esto ha sucedido en las convocatorias XV (2018), XVI (2019) y XVII (2020).

LA LITERATURA REPRESENTATIVA DEL MUNDO MINERO

Estamos en una época en la que los poderes establecidos desean una ciudadanía convertida en súbditos ávidos de apurar el momento presente en exclusiva. Que se conduzcan disgregados y ensimismados, en pulsiones momentáneas vinculadas a apetencias de objetos siempre insatisfechos. Personas para las que la vida sea un constante chorro de fragmentos sin sentido y que solo tengan relevancia en relación con los llamamientos a un consumo obsesivo.

Todo parece transcurrir tan apresurado que todos los episodios más significativos de la historia del movimiento obrero, cerradas ahora prácticamente en todas las partes todas las explotaciones mineras, van perdiendo su sentido y finalidades primigenias. El mantener viva la memoria histórica de los territorios de raigambre minera ha de ser tarea del sistema educativo, de las familias y de la sociedad.

El objetivo es resaltar las peculiaridades de unas gentes y de unas zonas marcadas en el pasado por el protagonismo de los trabajadores. Nos tememos que este reto no está siendo asumido por la sociedad asturiana al completo. Se intuye que solo permanecerá vivo en las manifestaciones artísticas, tales como son los relatos mineros, que siguen colocando el punto de vista de cada narración en el mundo del trabajo.

Sin ninguna duda, la minería se verá glosada en el futuro en muchas obras literarias (y en todas las demás artes: cine, teatro, música, pintura, escultura...) y, además, superarán con creces en calidad a las obras conocidas hasta entonces.

De hecho, ya están apareciendo de continuo obras en un proceso de decantación peculiar, tal como demuestra la abundancia de textos mineros publicados en las dos décadas que llevamos del siglo XXI: se halla muy abonado el fértil territorio de la nostalgia en donde ya germinan esas grandes creaciones artísticas que darán cuenta del cambio de era.

A finales del siglo XIX, y ya en el siglo XX, con la aparición de las máquinas automatizadas, surgió un nuevo orden económico y comercial marcado por el desarrollo de las industrias y la aparición de la electricidad, el petróleo y el automóvil: vectores de la conocida como Segunda Revolución Industrial. Hoy asistimos a una nueva mudanza, gestada a caballo de los siglos XX y XXI. Se sustenta en el doble pilar de las energías renovables y los medios y herramientas digitales. Transformación histórica para la que se maneja el

nombre de Tercera Revolución Industrial. Nos hallamos en el inicio de lo que Klaus Schwab ha acuñado como Cuarta Revolución Industrial.

Se puede asegurar que la literatura y las artes referidas a las labores mineras son y serán el único pozo que no va a cerrar nunca.

¿QUÉ CLASE DE RELATOS SON?

Ante una literatura comprometida con la denuncia social y con el afán de transformar el mundo desde la base, para que termine la injusticia y la opresión. A sabiendas de que la literatura se hace con palabras y que es esencial también el compromiso con la calidad estética de cada línea, de cada párrafo y de cada texto. Y más al tratarse de relatos breves, en donde la concisión y la claridad se dan la mano para exigir que cada palabra ocupe exactamente el lugar más adecuado.

Estos textos que atienden a los trabajadores están, por lo general, alejados de los considerados por la crítica al uso como pertenecientes al sistema canónico-literario dominante en cada época: más bien se encuentran en la periferia del mismo. En la parte técnica se tiende a la omnisciencia en el punto de vista: un narrador que prefiere contar desde afuera de los personajes y de las acciones argumentales o valiéndose de los recursos de la llamada escritura visual. Esta perspectiva externa es la causante también de los enfoques formales de corte testimonial o documental. Vehículo narrativo usado en abundancia para acercarse a la literatura que recrea el mundo laboral, lo que ha dado lugar a una variedad de escritos que se mueven entre el periodismo y lo estrictamente literario: una fórmula narrativa inaugurada en España por el valenciano Ciges Aparicio, en la primera década del siglo XX.

Los relatos que tratan la minería demuestran que sí es posible escribir con los moldes de una literatura popular, enraizada en la historia, inconformista y combativa. Muy crítica con las rutinas y la pasividad de los grupos dirigentes de todos los signos políticos. Y que descubre los viejos problemas económicos y culturales; así como las contradicciones pendientes de resolver. Ha de recordar alguno de los episodios del pasado donde la intervención de los trabajadores diese lugar a cambios trascendentes en el estado de cosas existente.

Se pueden hallar personajes bien definidos convertidos en marcas o símbolos de un colectivo social. Son textos que ofrecen un muestrario de actuaciones y voces que desbordan el marco local o regional para definir más en general lo que realmente son los seres humanos. Y otra cosa bien distinta ven-

drá registrada en los libros de Historia; pero, cuando se busque dar testimonio de lo más auténtico de la fibra humana y cultural de un pueblo o de un grupo social, mostrar los hilos que entrelazan su urdimbre social a la vez que las penas, actitudes, preguntas y respuestas de cada persona concreta ante los embates de la vida cotidiana, entonces, más que nunca, habrá que recurrir a estas piezas literarias destinadas a preservar entre sus páginas la intrahistoria profunda de la memoria obrera colectiva.

¿PERVIVIRÁ LA LITERATURA MINERA?

A pesar de tantas adversidades, las minas, se han convertido en el motor del desarrollo económico del último siglo y medio. Han generado un arte y una tradición literaria. Esta contribuirá a que, en el futuro, permanezca en la memoria de forma indeleble el colectivo de trabajadores (hombres, mujeres, niños y niñas), que han protagonizado una de las páginas más hermosas (y a menudo dolorosas) de la historia reciente.

Una historia que no estaría completa si no comprende sus esfuerzos, sus víctimas, sus actos de solidaridad, su compañerismo, su conciencia militante alternativa y sus modos de organizar la lucha reivindicativa. Unas páginas del pasado, teñidas del color de cada mineral, a las que los jóvenes tendrán que recurrir en el futuro ya próximo para activar sus enseñanzas, si se quieren defender como trabajadores y trabajadoras en el siglo XXI, asentado en presupuestos radicalmente injustos y atravesado por las desigualdades de viejo y de nuevo cuño.

La literatura minera ha asumido en todas partes del mundo, entre otras, dos funciones primordiales ante la sociedad. De un lado, se ha encargado de dar cuenta de la evolución de la realidad social en cada etapa histórica del proceso industrializador. De otro, ha generado en cada país una muy particular mitología. Y ello ha sido así porque la extracción de minerales del fondo de la tierra se apresta más que ningún otro oficio a las simbolizaciones: se lucha contra la piedra (lo imperecedero) y contra el fuego (la destrucción regeneradora), el aire está plagado de gases traicioneros (que actúan como fantasmas) y el agua provoca torrentes insospechados y destructivos; es decir, la magia de los cuatro elementos constitutivos de la tierra se reencarna en variadas figuraciones simbólicas encargadas de evitar que le esquilmen las riquezas milenarias tan celosamente guardadas.

LOS MOTIVOS TEMÁTICOS DE LOS VEINTE RELATOS GANADORES

La mina por dentro se comporta como un monstruo saturnal que devora airado a quienes osan penetrar en sus fauces para menoscabarla y agotar sus fuentes de riqueza. La literatura minera del siglo XXI se nutre con los motivos temáticos repetidos en el pasado. Tales como los accidentes causados por el manejo de las máquinas, derrumbes, explosiones e incendios de gas grisú o inundaciones. La angustia en los rescates de los obreros sepultados y supervivientes. La camaradería que se funda en la consigna de que un minero jamás abandonará a un compañero a su suerte. La presencia constante de uniformados que ejercen con saña y un rencor incomprensible la represión contra quienes luchaban por restablecer las libertades y los derechos democráticos mutilados por la dictadura franquista. El recuerdo nostálgico de cuando los animales de carga eran imprescindibles para el acarreo del mineral tanto dentro como fuera de las explotaciones. En alguno, las acciones transcurren en la zona minera de El Entredicho (Almadén. Ciudad Real), en la época en que los galeotes extraían el mercurio al servicio de los Fúcares. La presencia en Asturias de trabajadores emigrados de otros países (como Portugal) y otras regiones españolas. El trabajo de niños sacrificados en las faenas del interior. La madre que decide disfrazarse de varón para pedir modo y convertirse en minera de arranque o la que por necesidades económicas suplente al marido que ha quedado maltrecho luego de un accidente dentro de la instalación minera. La nostalgia que asalta al minero ya jubilado y lo hace evocar los momentos de esfuerzo y entrega compartidos con los compañeros de fatigas. La última y definitiva marcha minera, en la noche del 10 al 11 de julio, por las calles de Madrid, en el 2012. El minero desesperado que en un arranque desmedido decide quitarse de en medio. Las regadas de maíz en las huelgas de 1962 y 1963 a cargo de las mujeres mineras para llamar cobardes a los esquiroles. Picasso y la lámina en la que aparecía el rótulo “Asturias, 1963”.

UNA APROXIMACIÓN A LOS CONTENIDOS MINEROS DEL SIGLO XXI

I EDICIÓN. GANADOR 2004:

Aníbal Ramón Morixe: *Cuando la jaula vuelva a subir*

Santiago está en la plaza cuando la avisan de que ha habido un derrumbe en la mina donde trabaja su marido, Antonio. A la carrera, solo ha podido recoger para él, en su casa, unos bizcochos de grasa y una limonada... y ahora le pesan como si fueran piedras. La han advertido de que Antonio se quedó quieto allá abajo, y como envenenado por los gases, pero ella solo piensa en

todo lo que va a decirle cuando se lo encuentre. Se acerca a la jaula y ve la salida de varios mineros maltrechos. Habla con uno de ellos para que le dé un recado a su esposo cuando vuelva a descender en ayuda del resto de los sepultados. Pasa el tiempo y Santiago se va quedando sola, como petrificada en una espera infinita de lo imposible. El final: *El encargado de la jaula, el único que se ve en la luz de la entrada al túnel, mira para donde está ella, pero no la ve. Ella se separa del alambre y se sienta en la tierra fría. El rocío helado le llega hasta los huesos. Abre la bolsa y saca un bizcocho húmedo para aliviarse el nudo del estómago. Uno solo. Los demás son para Antonio, cuando la jaula vuelva a subir.*

II EDICIÓN. GANADOR 2005:

Gregorio Andrés Echevarría Vidal: *Marionetas*

El minero de más edad reflexiona en primera instancia sobre la existencia. Y concluye con que todo lo que va pasando en la vida depende del destino: *Hagas lo que hagas la huesuda hila tus horas con un algodón de zurcir que no resiste muchos tironeos.* Somos marionetas gobernadas por las artes de un titiritero. Allí, enterrados vivos a consecuencia del accidente, no para ni un momento de hablar para darle consejos a su joven ayudante. Pero el aprendiz en ningún momento participa en lo que parece un diálogo con un interlocutor ya ausente. El final: *Pero han de llegar, no llores ya. Guarda el aliento para gritar cuando los escuchemos cerca. Entonces sí grita con fuerza, guaje. Gritas y me despiertas, que siento pesada la cabeza, creo que me estoy quedando dormido. Tú tratarás de no dormirte, guaje. Abre esos ojos, no seas lelo. Que, si te duermes, ¿quién habrá de gritar para que nos saquen?*

III EDICIÓN. GANADOR 2006:

Miguel A. Hoyos Alarte: *Los espantapájaros del mercurio*

Las acciones transcurren en El Entredicho (Almadén. Ciudad Real). Se rinde homenaje a aquellos mineros forzados de las minas de azogue. Ya, en la época medieval, se extraía el mineral cinabrio, solimán y bermellón. Desde mediados del siglo XVI, se introdujo la amalgama del azogue con la plata, lo que convirtió al mercurio en un producto industrial de valor creciente. El protagonista es un mozuelo con cierto parecido a un espantapájaros. Trabaja en el campo por el día; pero, por las noches y madrugadas, penetra en la mina para extraer el bermellón. El pequeño de los Függer lo ha contratado en exclusiva para que le suministre el mineral que necesita para combatir su sífilis galopante. El mercurio durante mucho tiempo fue el pilar fundamental del

tratamiento de la enfermedad a pesar de su elevada toxicidad y de su dudosa eficacia hasta que llegó la penicilina. Su preocupación aumenta cuando observan cómo se extraen cantidades ingentes de mineral y temen que se agoten las vetas antes de que el chancro se lo lleve por delante definitivamente.

IV EDICIÓN. GANADOR 2007:

José Quesada Moreno: *Última noche*

En la primera parte del relato, se cuenta cómo el abuelo José, en la mañana del año cincuenta y cuatro, sufrió un accidente dentro de la mina causado por una barrena mal colocada. Esta sacudió los bajos del cauce del río, desquebrajó una veta de pirita como si fuera cristal, desbarató los puntales de madera y arrastró por la galería a toda la cuadrilla del turno de madrugada. Lo sacaron medio muerto ocho horas después y estuvo ingresado en el hospital de Sevilla. Cuando reaccionó, le anunció a la esposa que, aunque pareciera imposible, iba a nevar aquella noche. Y acertó como buen adivino del porvenir. En la segunda parte, el abuelo tiene 92 años y vuelve a ser una noche tan fría como la del día del accidente. Fuma con el nieto en silencio y le da un beso en la frente. Entra en la cocina y hace lo mismo con su hija. Besa en las mejillas a su esposa adormilada y desaparece en silencio una vez entrado en su cuarto. La abuela volvió a recordar aquella mañana funesta de 1954 y dejó caer una sola lágrima.

V EDICIÓN. GANADORA 2008:

Montserrat Garnacho Escayo: *Rosae*

Es una escena de la vida cotidiana en un formato de diálogo muy vivo. Un minero portugués ya jubilado pega la hebra con una transeúnte que se interesa por unas flores del camino. Hace cincuenta y nueve años que viven en Asturias y se han integrado por completo en la cuenca minera. Cuando se jubiló José, su esposa Rosinha quería volver para su pueblo en Portugal, pero él le decía: *e que queres topar tu no povo á estas alturas, velhinha, si no quedan ni sombras, para arrimase un rato*. El tiempo ha pasado muy deprisa y el cuerpo ya no está apto para mudanzas. Aquí, al menos, se entretiene con la huerta, el gallinero y la partida de cartas en el chigre por las tardes. Se muestra muy orgulloso porque tienen una hija maestra. Al final, la interlocutora se hace daño leve al cortar las flores al mismo tiempo que seguía escuchando a José.

VI EDICIÓN. GANADOR 2009:

Juan José Argudo García: *El rey de la mina*

El protagonista es un niño de alrededor de diez años que tiene una habilidad extraordinaria para organizar partidas de ajedrez y vencer siempre al personal adulto de la mina de Pozo Ancho. Su función en la mina, aparte de provocar que algún obrero perdiera su sueldo apostando al rey negro, era excavar las galerías y túneles subterráneos de pequeñas dimensiones, donde luego se alojarían las tuberías de desagüe y drenaje de la mina. Hasta que un día muere asfixiado luego de un derrumbe inesperado para consternación de todos los operarios que tanto lo admiraban y protegían.

VII EDICIÓN. GANADORA 2010:

Paloma Hidalgo Díez: *La última puerta abierta*

Una madre se ve obligada por las circunstancias a cambiar de residencia y buscar un lugar donde encontrar un trabajo que la ayude a sacar adelante a su familia. Pero el tiempo transcurría y una tras otra las puertas a las que acudía se cerraban sin atender sus problemas. Así que decidió hacerse con un traje de pana, uno de segunda o tercera mano que estuviera en buen uso, un calzado y una boina que cubriese el miedo de sus ojos. Comprimió el pecho con una venda y, cuando lo tuvo todo dispuesto, se armó de valor y se presentó a pedir modo en la mina. Tuvo que trabajar duro y pedir mucha suerte para olvidar el miedo a un derrumbe o a perder un brazo en un desprendimiento mientras recorría de rodillas la distancia que se le antojaba enorme hasta acceder a la veta. Ya habían pasado cuarenta días cuando sus compañeros empezaron a apodarlo en masculino como “el mudo”.

VIII EDICIÓN. GANADORA 2011:

Elia Dembilio Mezquita: *La luz de emergencia*

Cuando se hallaba en una celebración familiar, un trueno inesperado provocó un apagón eléctrico. El protagonista, que narra en primera persona, descubrió, entre las luces de emergencia, unos ojos que le miraban fijamente y que no le resultaron ajenos. Con muchas más arrugas y menos pelo; pero, en definitiva, el mismo rostro en claroscuro que tantas veces había visto a la luz del candil dentro de la mina y los mismos ojos vivaces. Por un momento creyó estar viendo al que fuera su compañero de fatigas: Ismael. A continuación, le asaltó la nostalgia cargada de recuerdos: *Un sinfín de rostros perdidos y casi olvidados, tiznados y con boina, desfilaron ante mis ojos: Agustín “el Calzones”, un buenazo que vivía a la sombra de su tiránica mujer y que trabajaba codo*

con codo con nosotros en el tajo; Isidoro “Maldeamores”, entibador, tan feo que hasta costaba mirarlo, y soltero muy a su pesar; Miguelito “el Frentes”, que iba siempre con la vagoneta arriba y abajo; Cosme y Rafael, un par de gemelos que iban al estéril... En definitiva, una familia de afanosas hormigas en sus túneles, perforando y triturando los entresijos de la tierra.

IX EDICIÓN. GANADORA 2012:

Mara Meroni: *¡Madrid obrero, saluda a los mineros!*

Describe con todo detalle la marcha nocturna por las calles de Madrid de los mineros asturianos, leoneses y turolenses en lucha. La marcha había comenzado el 22 de junio de 2012. Ochenta mineros salieron de Mieres para caminar 450 kilómetros y llegar a la capital veinte días más tarde. Se había convocado una manifestación para el 11 de julio. Esta tuvo lugar después de una marcha nocturna que, a la luz de las frontales y al compás de la canción *En el Pozu María Luisa*, pretendía dejarle claro al gobierno de Mariano Rajoy que rechazaban el brutal recorte del 63% a las ayudas a la extracción de carbón. Un recorte que supondría el fin definitivo del sector minero que, en el caso de Asturias, aún sostenía 4000 empleos directos, en quince centros de trabajo de las cuencas del Nalón, del Caudal y el suroccidente. La narradora en primera persona escribe: *Pero no es la caravana del Tour de France lo que está llegando, ni es un concierto de los Beatles, tampoco el desfile de la Selección Española. Como el milagro bíblico, la marea humana se abre, se divide, deja un espacio libre, pero en vez de Moisés y los hebreos, aparecen ellos: han llegado los mineros.*

X EDICIÓN. GANADORA 2013:

María José Regalado Blanco: *La burra*

La acción argumental transcurre en el interior de la explotación para glosar una relación de personificación del compañerismo de las que acababan contrayendo mineros y animales de carga. Avelino adora a la burra con la que trabaja, llamada Hermosa, aunque esta, al más mínimo descuido, le prive del trozo de boroña o engulla el bocadillo preparado por su esposa Tina para reparar las fuerzas consumidas en la labor. Cegado por la ira, subió un día al despacho del ingeniero para reclamar la comida debida a un animal al que cada día se le veía más flaco, más hambriento y lastimero: *En un arranque, dejando atrás las risas de sus compañeros rebotando en la galería, subió al despacho del ingeniero con el semblante ardiendo de vergüenza disfrazada de enojo, y avanzando directo hacia su mesa, clavó de un golpe su puño entre un*

montón de papeles. Un tintero cayó y cubrió parcialmente un plano, dejándolo completamente ilegible. “¡Dadle de comer a la burra, ostia!” —exigió—. El jefe pudo ver dos ojos blancos amenazadores en una cara completamente negra y se echó hacia atrás en la silla, instintivamente. Avelino se giró y atravesó la puerta con aparente decisión, aunque un reguero de sudor que le cruzaba el mentón delataba su temor a haberse excedido.

XI EDICIÓN. GANADORA 2014:

Lourdes Aso Torralba: *El juego del ahorcado*

Con la mirada del narrador colocada en la visión de un niño, relata la situación desesperada de un minero que acaba colgándose de un árbol. En algunas ocasiones jugaba con su hijo: *Me extraña mucho que papá coja un bolígrafo. “¿Sabes cómo se juega al ahorcado?” —pregunta. Mamá se enfada con él. “¡Pero qué cosas le enseñas al niño!”. Papá dice que ya es hora de que aprenda. Coloca palabras como capataz, desempleo, desahucio y conforme no acierto con las vocales y consonantes, va desmembrando mi cuerpo bajo la sogá, hasta que se me quedan los pies en el aire. Pierdo no sé cuantas veces seguidas antes de que me pase la mano por la cabeza y diga algo así como que lo siente mucho.*

XII EDICIÓN. GANADORA 2015:

Noemí González González: *Manos, bocas, maíz*

En plena huelga minera, las mujeres del carbón no se resignan ni se doblegan. En las casas ya empieza a faltar de todo, especialmente no hay carbón ni para cocinar ni para calentarse. Y como no hay salario tampoco hay alimentos. Es madrugada y ellas son las encargadas de regar los granos de maíz a la entrada de los pozos con la intención de llamar cobardes a los esquiroles: *Fue llamando en algunas casas. En muchas otras ya la esperaban fuera. Algunas de ellas miraban al cielo antes de seguirla, quizás para comprobar si llovería, quizás para susurrar una rápida plegaria a Santa Bárbara. En cuanto las hojas embarradas aparecieron bajo sus pies, ya cercanos a la mina, sus manos empezaron a sembrar el maíz. Y sus bocas, como en un extraño conjuro, con sordo sonido, empezaron a llamar a las “pitas”. Y no hacían falta más palabras.*

XIII EDICIÓN. GANADOR 2016:

Pablo Rodríguez Medina: *Ardor*

Es un texto hecho a fogonazos. Parece escritura automática salida del alma minera en ignición. Se presenta un cuadro que suma y multiplica elementos sueltos y dispares que solo cobran sentido cuando se contempla el conjunto.

Un texto que recuerda al cuadro del Guernica, de Picasso, luego de la explosión, aquí de gas grisú: *Ardían y ardían, ardían sus cuerpos apilados como bulbos, como sacas de tanto carbón arrancado, ardían y ardían a la intemperie, por mandato de sus verdugos, quién quiere cavar el agujero tan grande, quiá, que así aprenda tanto cabrón rojo, pues que rojo era el fuego de aquella hoguera que ardía y ardía, y continuaría ardiendo más allá de los límites de la combustión del querosén y el aceite de las máquinas.*

XIV EDICIÓN. GANADOR 2017:

Francisco Álvarez González: *Los colores y los trazos*

Un periodista francés entrevista en su estudio a Pablo Ruiz Picasso. A punto de cerrar el encuentro, el reportero se interesa por algo oculto en un caballete. Era una lámina en la aparecía el rótulo “Asturias, 1963”: —«*Asturias, 1963*» —leyó el reportero tratando de superar aquel trance incómodo—. *¿No es allí donde los mineros organizaron hace unos meses una huelga contra Franco? ¿Está dedicada a ellos? ¿Usted qué cree?* —preguntó Picasso— *¿No los ve ahí? ¿No ve usted ahí a los mineros y su tierra?*

XV EDICIÓN. GANADOR 2018:

Armando Gutiérrez Rodríguez: *Roceanu*

En lengua asturiana. Describe con detalle una escena de represión policial. Tres funcionarios policiales detienen a un sindicalista clandestino que, por descuido y nerviosismo, aún conserva en un bolsillo uno de los pasquines que llamaban a la huelga general minera. En paralelo, con la fiesta patronal en el pueblo y el resonar de los cohetes, se ejerce violencia extrema y se detiene a quienes intentan ejercitar un derecho básico: la libertad de expresión.

XVI EDICIÓN. GANADOR 2019:

Denis Soria Fernández: *Caliente*

En lengua asturiana. Segundino trabajaba a diario de trenista con un buey casín de su propiedad, llamado Caliente. El dueño de la empresa minera decidió contratar mulas castellanas y prescindir del buey. Este, con el paso de los años, se había convertido en una bestia endeble y mal dotada de un solo cuerno. Un día, acabado el turno, en las inmediaciones de la explotación, el sargento de la guardia civil detuvo a Segundino y, sin contemplación alguna, le proporcionó con el fusil un culatazo desmedido. Nadie esperaba la reacción del buey y mucho menos el comprobar cómo logró espetarle su único cuerno al benemérito por salva sea esa parte. Ante el pasmo de Segundino, hubo sus

más y sus menos para conseguir desenganchar al animal del sargento: *Ente esparabanes y allaríos, escorrieron al güe vocexando hasta que lu desenganchó nuna escombrera, tiñendo'l carbón d'un regueru de sangre y mierda tan desagradable qu'ún de los guardies aflaquéció mientres partoriaba pel superior. Un mes entardó en poder echase boca arriba, y otros dos más en salir del sanatoriu. Nun volvería al pozu, a nengún otru.*

XVII EDICIÓN. GANADOR 2020:

Denis Soria Fernández: *La Picadora*

En lengua asturiana. Tomasa pica carbón desde el día en que consiguió suplir en la rampla a su marido minero accidentado de gravedad. Su hija Celi na carga vagones de mineral en la escombrera. Sucedió todo poco después de acabada la Revolución de Octubre del 34. Esteve, la máxima autoridad de la guardia civil en el cuartel de Posada de Llanera, era quien se encargaba de controlar al personal minero con mano férrea. Manuel el Ranxu, el carnicero, cada vez que entraba en su tienda Tomasa, se le insinuaba. Ella tenía que aguantar aquel repugnante asedio. Hasta que un día el carnicero somatén y traidor la encerró por dentro de la tienda con las peores intenciones. El desenlace refiere cómo el Ranxu, en paradero desconocido, reapareció semanas después en los aledaños del monte Santufirme. Estaba desencajado, tembloroso y con muy pocas ganas de denunciar y molestar en lo sucesivo nunca más a nadie.

XVIII EDICIÓN. GANADOR 2021:

Luis Pachón Gómez: *La sota de bastos*

Ante el pavor que le provocaba el bajar la caña del pozo minero para cumplir su jornada laboral, el bonachón Dolfo creía haber conseguido un acuerdo muy favorable para él con el mismísimo Dios Padre. Cada día, naipeaba la baraja de su padre y robaba una carta. La única cláusula del contrato establecía, según él, que solo el día en que sacase la sota de bastos habría de morir. Pasados treinta años de vida laboral, recibió la noticia de que, a causa de una grave lesión de su pierna, se le eximia del trabajo. Para celebrarlo a su manera, por primera vez en meses, astroso y barbudo, echó mano al cayado y salió de casa, a dar una vuelta por el bosque cercano. La mala fortuna hizo que fuera sorprendido por el sargento Aza y que este lo confundiera con el guerrillero llamado Pin, que era especialmente hábil para escabullirse de los uniformados. Como quiera que Dolfo negara aquella identidad que le atribuía el obsesionado sargento y este porfiara en imputársela, en plena discusión y zarandeos, a

PRÓLOGO

Dolfo se le escurrió del bolsillo la baraja que siempre llevaba encima. Jugador de cartas empedernido, *Aza retó a Dolfo a una partida de siete y media, de cuyo resultado habría de extraerse la verdad. El azar, o el destino, concedió a Dolfo un dos en la primera carta y un cinco en la segunda: siete. “¡Me planto!”- pensó al instante. Pero, por causa de los nervios, de su boca no salió sino el pedir otra carta. Una... que no resultó ser otra que la sota de bastos: media. Victoria.* Ante tanta fortuna, el sargento tuvo la certeza de que se hallaba ante el escurridizo Pin el fugáu; así que, por si acaso, desenfundó la pistola y le descerrajó un tiro al infeliz Dolfo... luego lo arrojó a una sima.

XIX EDICIÓN. GANADORA 2022:

Chiara Bertola: *Marcinelle*

Se describe con detalle el último día laboral del minero Giuseppe. Luego de un año de trabajo intenso espera poder regresar a su tierra de origen y disfrutar con el encuentro de sus familiares. Parecía una mañana como cualquier otra, marcada por los golpes rítmicos de llas herramientas y por el rechinar de las ruedas sobre las vías. Pero una explosión vino para llevárselo todo por delante. *Giuseppe se sentó, cerró los ojos y se refugió en sus pensamientos. Pensó en la desesperación de morir lejos de su casa, en Bélgica, vendido por su propio gobierno por unos pocos kilos de carbón. Pensó en una bicicleta llena de polvo en un garaje, en una pelota abandonada en medio de un patio. Y una lágrima trazó una línea clara en el polvo negro en su cara.*

XX EDICIÓN. GANADORA 2023:

Clara Ruiz López: *Genealogía*

Desde la mirada escudriñadora de las mujeres de la mina se hace un repaso al desasosiego de cada madrugada cuando veían a sus maridos partir hacia la boca de los pozos. Las tareas de mantenimiento de hogares y familias, de los detalles de la reproducción de la fuerza de trabajo. Los días de tragedia y acompañamiento de viudas y huérfanos. Los momentos del regreso a casa: *Para cuando nuestros maridos regresaban a casa, nosotras acabábamos de apagar los fogones de la cocina. Con su llegada, el olor a mineral añejo invadía las habitaciones. Nuestros maridos eran bajos, altos, corpulentos y espigados. Nuestros maridos estaban cansados, pero sonreían al besarnos los labios. Tras haber devorado un plato de comida humeante, cantaban canciones gestadas en las entrañas de la mina. Y nuestros hijos escuchaban, con circunspección, cada verso con la vista puesta en el futuro.* Y así hasta el final de un tiempo histórico cuando ya solo queda un laberinto alimentado por las historias del pasado.

I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII
XIV
XV
XVI
XVII
XVIII
XIX
XX

IX
VIII
VII
VI
V
IV
III
II
I



EL POZU
QUE NON
VA A
PESLLAR

I EDICIÓN

2004



Salida de un relevo de trabajadores en el Pozo Nicolasa. Mieres. Asturias 2020

GANADOR 2004

ANÍBAL RAMÓN MORIXE

CUANDO LA JAULA VUELVA A SUBIR

—*Hubo derrumbe, Santiago*— le había dicho el hombre que la había ido a buscar a la plaza.

Ahora hace horas que ella está apoyada contra la valla de alambre, a metros del túnel de entrada a la mina. No lleva la cuenta de las veces que la jaula elevadora bajó a las galerías para sacar materiales del derrumbe. Pero su Antonio todavía sigue abajo. Se pone en puntas de pie y se estira como hizo durante todo el día para ver entre los hombres que tiene adelante. Los bizcochos de grasa y la limonada, lo poco que pudo agarrar cuando la fueron a buscar, a esta hora ya le pesan como si fueran piedras. Cuando la traía el hombre de la camioneta le contó que el derrumbe había ocurrido a la madrugada, cuando el Antonio estaba en el tumbadero del último nivel. Que le habían gritado, pero se había quedado quieto, como paralizado por el sorocho, el aire que envenena ahí abajo. Pero Antonio nunca se había envenenado con ningún sorocho, si cuanto más difícil era el túnel él más se sabía cuidar. Pero, como otras veces, ella no abrió la boca. Con el Antonio sí que va a hablar. Le tiene dicho hasta el cansancio que no tiene edad para seguir bajando a los frentes de carbón. Si para eso están los jóvenes.

En la entrada del túnel, la jaula vuelve a aparecer desde las galerías. Se abre la reja y salen cuatro fantasmas que escupen y vomitan entre las piedras. Daría todo porque alguno de ellos fuera él. Ese que se agacha en el suelo o el que reniega y al que ayudan a sentarse o el que tira el casco y se acuesta en la tierra. Pero ninguno se parece a él. Santiago respira profundo para que los latidos del pecho no vayan tan rápido. Con el sol detrás de las sierras, el aire enrarecido del laboreo, se siente frío. Los cuatro mineros que subieron, hablan bajo y están fumando. Uno da vuelta la cabeza para donde está ella y la ve. Se para y se acerca. Es El Tero, compadre del Antonio. Claro, no se lo reconoce por lo encorvado y negro que salió de la jaula. Llega al alambre de la valla.

—*Cómo va, Santiago, ¿no me la dejan pasar?* —dice. Huele a tosca y sudor. —*Hola Tero* —dice ella— *¿Y tu compadre?* El Tero baja la cabeza y mira el suelo. —*Abajo es un infierno, Santiago* —dice.

—*Siempre fue un infierno* —dice ella. Como si no fuera a saber ella lo que es ahí abajo.

—*Tero, cuando bajen de nuevo alguno, díganle a su compadre que tengo los boletos para el micro. Que suba.* El Tero no despega los ojos del suelo y dice que sí con la cabeza. Se separa del alambre y sin mirarla vuelve para el túnel. —*Nos vemos, Tero* —le grita ella. Pero él ya no la oye.

Los mineros deambulan entre las ruedas de carro dobladas, maderas, bolsas con vaya a saber qué, palas quebradas, un zapato sin los cordones. Los de Antonio hay que arreglarlos. Mañana van a ir los dos juntos al almacén para cambiar picantes por clavos. Hay que clavarles las suelas. No pueden irse al mar con los zapatos de él así.

Palpa en el bolso la limonada que tiene hecha con los limones del valle, como a él le gusta. Con la sed que le debe de dar al estar ahí abajo tragando quien sabe qué polvos. Seguro que pensando en ella. Y se va a tener que curar los callos porque también queda feo que lo vean con esos pies por la arena. Y qué pantalones va a llevar. Tienen que ser los de la feria.

Ahora tres hombres de los que andan cerca de los escombros se cuelgan las sogas de la cintura. La miran y levantan las manos saludándola. A ella se le cierra la garganta. Tiene los brazos acalambrados contra el bolso. La cabeza le pesa como si se la aplastara la montaña. Hace un esfuerzo y responde el saludo, pero los tres hombres ya desaparecieron en el túnel.

Después que el Antonio suba, cuando hayan vuelto a la casa y él se haya lavado, como seguro se va a dormir sobre la mesa de la cocina sin probar bocado, ella se va a quedar a su lado mirándole la cara, viendo si las marcas que tiene son nuevas o las mismas de siempre.

Ahora es de noche. El encargado prende la única bombita de luz en la boca del túnel. El laboreo está mudo. Los mineros que quedaron arriba se levantan del suelo, recogen las escaleras, las cuerdas y, arrastrándolas, caminan hacia los galpones. ¿Por qué se van, si él está todavía abajo? Y subir sí que va a subir, porque si no lo suben ellos, se mete ella en el túnel y baja a donde sea para traérselo. Con esa luna que sale ahora ahí atrás, cuánto tiene para decirle. Tiene que entender que ya no tiene edad para bajar a las galerías. El encargado de la jaula, el único que se ve en la luz de la entrada al túnel, mira para donde está

ella, pero no la ve. Ella se separa del alambre y se sienta en la tierra fría. El rocío helado le llega hasta los huesos. Abre la bolsa y saca un bizcocho húmedo para aliviarse el nudo del estómago. Uno solo. Los demás son para Antonio, cuando la jaula vuelva a subir.

I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII
XIV
XV
XVI
XVII
XVIII
XIX
XX

IX
VIII
VII
VI
V
IV
III
II
I



ACCÉSIT JOVEN 2004

NATALIA FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ

ET IN ARCADIA EGO

De repente sintió que todo su mundo se oscurecía. Había aprendido a sonreír con la mirada, pero sus ojos quedaron cegados bajo el peso plomizo del destino. No sonrió. Ni siquiera lloró. El retrato amarillo de Amelia se le clavó en las sienes como una flecha de sangre, y el aroma del guiso recién hecho le acarició un segundo las entrañas. Junto a la pared grisácea una rosa marchita, una hoz oxidada, el llanto de un niño sobre la neblina triste de los atardeceres... y aquel icono ocre que había guardado junto a su corazón sin atreverse a besarla. No era fácil la vida, pero a veces el pecho no podía abarcar tanta felicidad. Tenía quince años y prometió con el alma no olvidar jamás aquel sentimiento. Las hojas secas de noviembre crujían bajo sus pies, y, en el horizonte, se perfilaban los primeros trazos del crepúsculo. Entre vino y rabia, los hombres contenían su llanto sobre las mesas frías de la taberna: la mina se había tragado a otro. El patrón hablaba, explicaba, temblaba... pero era demasiado difícil acostumbrarse a la muerte. Él sólo deseaba besarla. Caminaba veloz, con la esperanza vana de acelerar el tiempo y volver enseguida al banco de hierro donde las ondas de su cabello rubio le transportarían sin quererlo a algún paraje mítico. La madre, de ojos eternos y cálidos, servía la cena humeante cuando entró presuroso en la cocina. Las noches no solían ser así. Él ya conocía el zarpazo punzante del hambre, ya sabía cómo se lloraba de hambre, pero aquel día todo era distinto y feliz... cuando se durmió sólo se limitó a seguir soñando.

Antes de amanecer, los caminos parecían sendas infinitas hacia la nada. Tan cerca del infierno, el trabajo era duro, los pulmones se consumían con la vida, y la juventud se ofrecía en sacrificio al grisú. Esa tarde la besaría poniendo el alma en los labios; la besaría como en su sueño y le regalaría un anillo de mimbre. Le diría un para siempre con la voz temblorosa y suplicaría seguir viviendo para poder recordarla. La explosión sólo dejó oscuridad. Se quedó tendido inmóvil bajo un manto de polvo y carbón. Sintió que su mente es-

tallaba, que su pecho estallaba, que su vida estallaba. Sólo pudo respirar su propia muerte y acariciarle el rostro, gélido como las mesas de la taberna. Allá a lo lejos, tras el negro manto de hulla, un reflejo dorado ondeaba al viento; se dejó guiar y, a la orilla de un arroyo de aguas claras, sintió el aliento de Amelia junto a sus labios. Una lágrima opaca se deslizó por su alma.

ACCÉSIT ASTURIANU 2004

RICARDO CANDÁS HUERTA

EL LLADRÓN DE LLAPICEROS

Contaba los llapiceros que tenía na fardela. Xandru entró nel aula y co-yó-yos a los sos compañeros los llapiceros mientras éstos esperando pol pitu del cura qu'avisaba del entamu de les clases, xugaben nun patiu delante'l colexu. Nun primer momentu agarró los que taben espardíos penriba les meses, llueu rebuscó ente los llibros, dientro los pupitres y hasta nel caxón del profesor. Dempués, enantes de qu'entamare la clas, foi al bañu y caltúvose ellí, pa xunise nel baruyu d'escolinos camín pal aula.

Xandru yera perllistu, taba esperando al xueves pues tenía lo pensao dende la selmana pasada, xusto cuando una explosión de grisú metió-yos el mieu nel cuerpu a munches families que vivíen gracies al Pozu María Luisa. Esta vegada la mina nun-y robaba la vida a nengún home, aunque si'l suañu a munches muyeres. Los xueves peles tardes dempués de xintar tocaba «Historia d'España» y «Relixón»: nuna teníen qu'escuchar, na otra lleer, pero en nenguna teníen qu'escribir nos sos cuadernos. D'esti mou los escolinos que dexaben les sos fardeles na clas, nun se daben cuenta de que-yos faltaben los llapiceros hasta llegar a casa (o hasta'l día darréu) y muchos pensaben que los olvidaren o que taben perdíos per cualquier llau.

Contaba los llapiceros nuna oriella'l Nalón como si un trabayador contara'l xornal finando'l mes, aguantando'l fríu traicionero que cayía como un puñu en Payares:

—Nun ye muncho, pero menos ye nada... dieciocho llapiceros...

L'agua del Nalón baxaba negro. Yera'l carbón llavao ríu arriba y n' acabando de contar, guardólos de nuevo na fardela xunto al llibru del colexu y el cuadernu y echó a andar pa casa, onde lu esperaben pa merendar.

—¿Qué tal nel colexu?... toma'l bocadillu, fiu —dixo-y la madre namás velu.

—Bien... anque fai un fríu que pinga'l mocu... —y dempués d'una risa entrugó-y a so ma: —¿Espertó yá mio pá?

—Sí, yá espertó de la siesta, vete a velu...

Coyó'l bocadillu y apriesa foi pal cuartu'l padre. Ellí taba echáu na cama.

—¿Qué tal... güei nel... nel colexu, Xandru? —dixo-y sele pa nun tusir, entovía afeutáu de la última explosión na mina onde los sos pulmones enllenáronse de carbón.

Nesi momentu, el neñu tiró-y penriba la cama los llapiceros lladronaos na escuela y dixo-y, cola inocencia d'esa edá moza:

—Mira pá, chí hai carbón, díxolo l'otru día'l cura, ¿cuántos más necesites pa nun tener que dir nunca más a la mina?

II EDICIÓN

2005



Parque de la minería del Pozo Julia. Fabero. León. 2017

GANADOR 2005

GREGORIO ANDRÉS ECHEVARRÍA VIDAL

MARIONETAS

La vida cuelga de unos cordones bien delgados, guaje. Desde que la comadrona te tironea de los hombros y te hace un lazo en el ombligo. De poco valen esas cuerdas de cáñamo del grosor de tu brazo ni los cables que apuntalan el tranvía ni los cabos que amarran la panza de las barcas a los norays del muelle. Hagas lo que hagas la huesuda hila tus horas con un algodón de zurcir que no resiste muchos tironeos. A quién se le ocurre que las riendas de acero trenzado del aparejo de la jaula le puedan ganar una cinchada a esta vieja puta desdentada. Más confiara yo en la seda de las arañas, guaje. En estos socavones todo pende de tientos resbaladizos y débiles piolines. Unas tristes marionetas, guaje, eso nomás somos. Como aquellas que tanta diversión te dieron el otro invierno en la función de la sociedad obrera. Los Piccoli de Podrecca. Ni el burro ni el pianista ni la bailarina rusa movían una mano ni volvían sus cabezas sin el gobierno del titiritero. Falso el martillazo del herbero forzado sobre el yunque. Fingido el cachiporrazo del rata de la Gran Vía sobre la gorra del borracho. De mentirijillas las sacudidas del sacristán para mover los badajos de su campanario. Todo manejado por invisibles sedalinas que terminaban allá arriba en las manazas del director. Eso somos de verdad, guaje. Marionetas manejadas por hilos. Personajes de pacotilla, muñecos de ánima prestada. ¿Cuánto llevamos aquí abajo? Segundos... horas... años... toda la eternidad. El mundo son las galerías y el pozo es el camino al cielo... cuando subes... Hoy (¿ayer?) nos ha tocado bajar. Esas cosas de la gravedad, guaje. El titiritero abrió sus manos y caímos. Arriba como todos los días el sol, el perfume de los perales y el telégrafo de los picapinos. Aquí la negrura y el encierro, escatimando un aire enrarecido y maloliente a causa del gas y la falta de ventilación. La boca y las narices reseca de respirar un tufo de orines y excrementos mezclado con el polvillo de carbón que nos va ganando ya garganta, estómago y pulmones. No desesperes guaje y trata de ahorrar el aliento. Ni te empeñes en moverte de este hueco donde al menos estamos a

resguardo entre la viga partida y el muñón de los puntales. Y no llores, que el amasijo de lágrimas y mocos has de acabar tragándolo junto con este polvo de mierda que nos embarga las entrañas. Mejor piensa en los boniatos que tu madre ha puesto en el rescoldo para esta noche. Puedes tomar también mi parte, porque tengo el estómago revuelto y no me va a caer bien. Deja ya de lloriquear, guaje, abre bien las orejas que estoy oyendo movimientos arriba. Ha de ser la cuadrilla bajando con cabos por el pozo. Claro que sé que la jaula ha quedado abajo, niño. Ni tonto que fuera. Pero habrán echado escalas y estarán llegando. Estamos a menos de trescientos pasos del pozo. Les llevará tiempo avanzar hasta encontrarnos. Pero han de llegar, no llores ya. Guarda el aliento para gritar cuando les escuchemos cerca. Entonces sí grita con fuerza, guaje. Gritas y me despiertas, que siento pesada la cabeza, creo que me estoy quedando dormido. Tú tratarás de no dormirte, guaje. Abre esos ojos, no seas lelo.

Que si te duermes, ¿quién habrá de gritar para que nos saquen?

ACCÉSIT JOVEN 2005

IRMA FERNÁNDEZ VÁZQUEZ

TU NIÑA VALIENTE

— Hola papá, soy Valeria, tu niña valiente... No sé cómo decirte todo lo que tenía pensado... no es fácil estar aquí, ante tu tumba. Sabes bien que ya he venido antes pero nunca he estado, no quería estar porque no sabía cómo estar... y hoy sigo sin saberlo, pero nos merecemos estar juntos otra vez. No sé por dónde empezar, no sé por qué estoy llorando, ya hace 33 años, ya debía haberlo asumido pero nunca pude, no me merezco ser tu niña valiente.

Tengo pocos recuerdos de cuando era niña, pero recuerdo un día en casa, cuando aquel señor te preguntó cuál era tu trabajo y tú contestaste lleno de orgullo que eras picador, y yo me sentí aún más orgullosa de ti porque como tú lo dijiste parecía que era la profesión mejor y más importante del mundo. ¿Sabes? Mamá me explicó que esperabais un varón y que se hubiese llamado Valentín y como fui una mujer, tú elegiste Valeria. Ella se afanó en que yo no olvidara que con el mismo orgullo que gastabas cuando se trataba de tu profesión, decías cuando te preguntaban mi nombre, “Valeria” y como si fuera mi apellido añadías “mi niña valiente”.

Yo no me merezco ser tu niña valiente, no por el hecho de que no pueda dejar de llorar cuando por primera vez me estoy sincerando contigo sino porque nunca tuve la valentía de ser yo misma, no soy valiente para la gente que me rodea, ni tan siquiera para mi propio hijo... Se llama Juan, como tú y se parece a ti. En noviembre el curso de Juan tenía una visita al Museo de la Minería y desde el colegio pidieron que los padres que quisiéramos acompañásemos a los profesores como monitores. Juan me insistió mucho para que yo fuese, es tan cabezota como tú, pero yo me inventé mil excusas para no ir, perdóname papá, yo no quería estar en un entorno minero otra vez, no sé si no quería o no podía, pero es que no quiero oír hablar de la mina, no puedo oír hablar de esa maldita cueva negra que me quitó a mi padre, y me siento mal por ti porque no debería sentir esto hacía lo que tú amabas.

Papá, yo sé que Alfonso era tu mejor amigo, sé que cuando erais pequeños siempre estabais juntos aunque para su familia tú eras el niño pobre y él el niño rico, y sé que intentasteis mantener la amistad cuando crecisteis, y sé que cuando se convirtió en patrón tú trabajabas aún más duro porque él estuviese a gusto, pero es que no puedo evitar sentir asco cuando lo veo, no puedo ver su cara sin recordar el rastro de fastidio que puso cuando te sacaron muerto y dijo “ya perdimos a otro”.

No soy tu riña valiente, papá, no puedo evitarlo... cada tarde de Reyes a las siete..., no puedo evitar llorar cuando se habla de accidentes mineros, ni de derrabes, ni de la Primera... Generala Derecha... de la tercera planta... del Pozo María Luisa...

— Disculpe, señora, ¿se encuentra bien?

Valeria miró a aquel hombre que había puesto la mano en su hombro aquella tarde del 6 de enero de 2005 en que ella por primera vez en 33 años volvía a estar junto a su padre después de 33 años. Le miró con respeto agradecido y exultante de una nueva paz interior replicó un profundo y honesto:

— Mejor que nunca.

ACCÉSIT TESTIMONIO HISTÓRICO 2005

ANDREA D'ATRI

A VER SI SE SACA EL SOMBRERO, SEÑOR...¹

*En memoria de las catorce víctimas de la mina
de Río Turbio, Argentina*

¿Y a quién reclamar, señor? Ellos dicen que fue un accidente. Pero yo creo que fue un asesinato. ¿Cómo que quién es el asesino? ¡Si está clarísimo, señor! ¡Los obreros tenemos una larga lista de nombres de asesinos, responsables y cómplices, para el que quiera escucharnos! ¿Pero hay alguien dispuesto a escucharnos?

Mi padre fue minero. Se vino desde lejos, porque aquí había trabajo. Sí, aquí, en el fin del mundo, lejos de todo, un lugar que parece que se cae del mapa. Ya hace sesenta y dos años que se inauguró el yacimiento minero de Río Turbio. En esa época había italianos y españoles, también. Después empezaron a llegar trabajadores chilenos, bolivianos, Pero acá somos todos mineros, ¿entiende? No hay diferencias.

Yo estaba trabajando aquí en el '75, cuando la explosión se llevó a once compañeros. Justo ese día tenía franco, no me olvido más. La explosión se sintió tan fuerte que todo el pueblo corrió a la mina. En esa época éramos cinco mil y teníamos record de producción. Eran otros tiempos. Después vinieron los '90 y parecía que se cerraba. Cuando no quedaban más que mil obreros, el gobierno la privatizó; pero el nuevo dueño no cumplió el contrato, jamás hizo inversiones. Acá no había mantenimiento, por eso pasó lo que pasó otra vez...

¿Y que quería que hiciera mi hijo, señor? No lo quedó otra que ser minero, también, como su abuelo y su padre. Para nuestros hijos no hay universidad, ni trabajos en escritorios bonitos. Murió en su ley, señor. Pero no fue un accidente, a mí que no me la cuenten. Lo encontraron con la cabeza adentro de un pozo que había hecho él mismo, en su desesperación por tomar un poco de aire. Imagínese los gases consumiendo el oxígeno en el corazón del cerro, sin

1 Todos los hechos que se cuentan aquí sucedieron verdaderamente.

esos aparatos que compraron, ahora que te permiten respirar veinte minutos más en situaciones extremas. ¿Pero ahora para qué nos sirven, dígame?

Ahí, al ladito de la Santa Bárbara está la foto. ¿La vio? Las mujeres pusieron las flores y las cartas para sus esposos, sus padres, sus hijos, sus hermanos, sus novios. Ellas no pueden entrar, sabe. Pero ahí nomás, en la puerta del socavón, al lado de la santina; lloran su pena...

El dueño se llevó casi doscientos millones de dólares en ocho años. ¡Doscientos millones de dólares, señor! Pero, además, el Estado le daba otros doscientos millones de dólares en subsidios. ¿Sabe quién gobernaba la provincia cuando se privatizó la mina? Sí, ése mismo, el que ahora es presidente del país. Entonces, ¿no es cómplice del patrón en este asesinato? Y los otros cómplices son los del sindicato, señor. Porque ellos nunca dijeron nada, aceptaron que trabajáramos hasta diez horas ahí abajo... y esto se veía venir.

Si, doblemos por acá. Allá en la otra cuadra es la iglesia. Mire, si casi no vamos a poder llegar a la puerta de tanta gente.

Los obreros cargaron los catorce féretros sobre sus hombros y se encaminaron en dirección al cementerio. Un paisaje duro, como los mineros, enmarcaba la procesión de todo el pueblo de Río Turbio. Alguien gritó los catorce nombres de los muertos al viento. El cantor, con la voz entrecortada por la emoción, arrancó con su copla: “A ver si se saca el sombrero, señor, que va a pasar un obrero... a ver si se saca el sombrero, señor, que va a pasar un minero.”

ACCÉSIT ASTURIANU 2005

VICENTE GARCÍA OLIVA

CARTA DE CUBA

¡Pon otra pinta, Corsino! ¿Nun ves qu' esti señor y yo tamos secos?

Pues, verá. Como-y dicía enantes, a mí eso de los muertos nunca me dio nengún resquildu. Claro, que la mio profesión tampoco nun me lo permitiría. Fíxese, trabayar nun depósitu recibiendo los calabres, llimpiándolos, afatándolos, nalgunos casos, cuando lo manda la familia o'l casu lo requier, maquillándolos... Como digo yo, dalguién lo tien de facer. Y, amás, pa se-y sinceru, a min ye un trabavu que me presta. Y ye qu'ellí, enriba la mesa, cúmplese de verdá'l dichu de que "toles persones somos iguales". En vida, non. Ya sabe, unos ricos y otros probes. Unos bonos y otros unos sinvergüences. De too hai na viña del Señor. Pero ellí, desnudos, desprovistos de tou grandonismu y babayonería, toos parecemos igual d'insignificantes.

Pero aquel muertu yera distintu. Nun sé lo que había n'él, pero nel intre pescancié que yera especial. Un accidente na mina. Nada nuevo, viviendo onde vivimos. Los que lu trayén lo dixerón: una cosa fata del tao. Pegó-y una vagoneta un poco, como delláu. Cuando cayó creyímos que taba faciendo'l tonto, fasta que vimos que nun se levantaba. Llueu ya vimos que tenía un guelpe na nuca. Taba muertu. Mandé que lu posaran enriba la mesa. Mirélu. Paecía un guahe. Nun tendría más de dieciocho años. La cara tiznada pol carbón. El flequillu pegáu a la frente. Les manes, coles uñes mordíes, negres del polvu y el mugor. Dixerón que se llamaba Colás, y que llevaba pocu tiempu trabayando na mina. Depués me daríen los demás datos.

Cuando quedé solu principié a desvestilu. Y, ¿sabe usté?, anque nesti mundu tenga vistes munches coses, nunca pensé que diba ver aquello. Baxo la camisa, llevaba unes vendas mui apertaes. A lo primera nun supe'l motivu, pero en cuantes que-y les quite comprendilo too. A la mio vista apaecieron unos pequeños pechos de muyer. Unos pechos adolescentes, como d'una guaha. Y ye que, usté ya lo comprendería, baxo aquella apariencia de rapaz, tapecíase

una mocina con tolos sos atributos. Agora que ya los muyeres puen trabayar na mina, nun fadría falta l'engaño. Pero daquella yera imposible y les coses taben tan mal que nun m'estraña que daquién intentara facelo. La desplicación túvela llueu, cuando al recoye-y los oxetos que llevaba saqué-y una carta del bolsu'l pantalón. Taba empobinada a una direición d'un pueblu de Ribesella. Entovía recuerdo daqué del so conteníu: "Madre, cuando reciba esta carta sabrá que toi bien, equí en La Habana. La señora ye mui bona conmigo y me trata como si fuera de la familia. Tengo muncha gana de volver a vela y cuido que, si sigo ganando dineru, pronto podrá regresar. Ya sé que nun-y presta la idea de teneme tan lloñe, pero sabe qu'intenté alcontrar trabayu por tolos medios y nun me fue posible. Cuide eses piernes y esi corazón. Axúnto-y la paga d'esti mes pa que se vaiga arreglando. Un besu. Clara."

Sí, de tolos muertos que pasaron poles mio manes, esi ye'l mio favoritu. Nunca tuve otu como él. Y ¿sabe?, yo nun soi un sentimental, pero dientro'l sobre, amás de la paga de... Colás, meti-y dalguna perra mía. Anque yo tampoco tuve nunca en Cuba...

III EDICIÓN

2006



Mina de cobre de Cerro Colorado. Atalaya Mining. Minas de Riotinto. Huelva. 2022

GANADOR 2006

MIGUEL A. HOYOS ALARTE

LOS ESPANTAPÁJAROS DEL MERCURIO

La madrugada se me queda corta. Es porque me he criado aquí, en los carrales de El Entredicho. Desde muy niño era un espantapájaros: flaco y feo y lleno de granos. Eso que agradezco. Alto, espigado, tocado con sombrero de ala ancha aunque raído, me fui haciendo un hombre. Es porque crecí aquí huyendo de los mozuelos enloquecidos, ganándome el pan a la oscurecida. Es porque robaba de noche y trabajaba en la era de día con los ojos cerrados para que no me los hiriera el sol. Es por eso que veo mejor en lo oscuro. En cuanto tuve edad me mandaron al El Entredicho. Bajábamos en jaulas y nos soltaban en las galerías. Allí empezaron a llamarme el espantapájaros. El pequeño de los Függer se parece a mí. Larguirucho y malencarado nunca tuvo suerte con las mujeres. Creció entre vacas y ayas tetudas y eso le dejó una obsesión. Se ha pasado su tercio de vida buscando ubres en las que redimirse. Yo lo he pasado buscando mercurio. Arrancando el bermellón, separándolo de la ganga, metiéndomelo primero entre las ropas para revenderlo después. Malvivimos así en la casa los hermanos y yo. Nunca me arrepentí de dejarlos. Me eché al llano, al interminable llano de Anchuras, pero a la anochecida volvía a la mina. Veo en la oscuridad, ya lo he dicho. El pequeño de los Függer me contrató. Lo conocí gracias a una de las prostitutas que ambos frecuentábamos en Almadén. Él me habló de su enfermedad, de lo que necesitaba y yo ideé cómo conseguirlo. Él me dio para los primeros sobornos. Ahora son jornales fijos. Los guardias, los que izan la jaula, los del aceite para las lámparas. Todos trabajaban para mí por la noche. Son escaramuzas contadas, las precisas. Al principio fueron pocas, ahora la madrugada se me queda corta. Hay muchos amigos del pequeño de los Függer allá en Alemania que necesitan el mercurio. Muchos chancros disimulados con levitas y casacas holgadas. Palmas con llagas, ganglios. Saben que esa fase no importa. Yo mismo llevo con resignación estas secuelas del mal amor. Pero el vértigo, el vértigo del joven banquero propietario de esas minas, y el mío mismo, que las saqueo por las noches es

que se nos acabe este bermellón antes de haber evitado que la maldita sífilis nos ataque el cerebro y nos lo pudra. Por eso Függer y yo mismo nos pasamos muchas mañanas subidos a un repecho mirando con ansiedad cómo miles de galeotes arrancan el mercurio para la plata. Miramos desde lejos quietos, sin decir nada. Parecemos dos espantapájaros.

ACCÉSIT JOVEN 2006

GUAYARMINA PEDRAZA GARCÍA

UNA CARTA PARA UNA MADRE

Hoy bajé a la mina por primera vez padre. Quizá por esto no dormí bien. Me asaltaron pesadillas imposibles, pavorosas y oscuras como el carbón. A usted lo vi padre. Vino a aparecerse con su cara tiznada y ese brillo perpetuo que tenía usted siempre en los ojos. Pero eso no me dio miedo: me asusté al oírle a usted. Escuchar su voz rota me conmovió tanto que hoy bajé a la mina hecho un zombi. Los muchachos se estuvieron burlando toda la mañana de mí porque no di pie con bola. No me habló usted en sueños padre, usted me habló al oído y me despertó. Cuando me incorporé le vi. ¿Qué me querían decir sus ojos? ¿Qué lenguaje hablaba usted? A decir verdad, creo que estaba usted molesto conmigo padre, hace tanto que no nos vemos y para una vez que viene, yo voy y me asusto. Es que todavía no me he hecho un hombre. Usted se marchó y yo era muy pequeño, ni siquiera le dio tiempo a darme un par de buenos azotes. Madre dice que por eso soy todavía un niño, y un malcriado. Ahora tengo ya catorce años y, aunque madre también dice que es suficiente edad para bajar a la mina, yo me veo muy chico, muy enclenque. Imagínese los nervios que tenía anoche, que vino usted a despertarme y me espanté. También le tengo que confesar una cosa. Yo no me quiero morir muy joven. Usted se marchó muy pronto y a mí eso me da mucho recelo. Madre dice que eso es el destino de cada uno, que es así padre, pero yo no me lo termino de creer. A mí me gustaría llegar a viejo para pasarme el día jugando al mus en la venta, y que me paguen padre, sin tener que bajar la mina. Le voy a contar un secreto, pero no le vaya usted con el chisme a madre que me arrea seguro. El verano pasado, el primo Manuel y yo nos escapamos un día a la playa, nos colamos con el equipaje en un coche que había parado en la venta. Cuando llegamos por poco nos zurren los ingleses, pero corrimos tanto que nos perdieron de vista. Total, no eran españoles. Manuel dice que eran ingleses y que eran familia de los dueños de la mina. Esos cobran sin trabajar, lo que yo le diga a usted. Padre, en la playa nadie tosía. Había mucha gente con dinero y nadie

tosía. Yo creo que la mina a ustedes les lleva la vida. Madre dice que nadie da nada sino es a cambio de algo. Eso es lo que les pasa a ustedes, bueno, a usted ya no. En la playa vi muchos hombres más viejos que usted, padre, y estaban vivos. Esto no se lo puedo contar a madre porque me pega, pero hoy en la mina sentí como que me faltaba el aire. ¿Es eso así padre, o es que yo todavía soy muy chico? También pasé mucho frío al principio, luego ya tuve calor cuando empecé a moverme. Bueno, lo del frío pasa, pero yo no quiero que me llegue la tos. Si me viene la tos la voz se me rompe y me muero como usted padre, echando sangre por la boca. Hoy ya me vino un poquito. Martín me dio un pitillo. Y como soy muy chico y muy enclenque me dio la tos. También se rieron de mí por eso. Martín también es muy pobre, su padre murió el año pasado. Madre dice que ustedes se ven. ¿Es eso verdad padre? Otra noche que se me aparezca usted me lo cuenta. Digo otra noche porque no lo voy a hacer bajar a la mina de día, ahora que puede usted ver el sol. ¡Qué bien lo tiene que estar pasando padre! Aproveche ahora y cuídese esa tos.

ACCÉSIT TESTIMONIO HISTÓRICO 2006

MARÍA JULIA BELLO

ADVERSIDAD

En la desolada plaza, frente al barrio de viviendas que construyeron para los mineros, una pareja abrazada, hecha con hierro extraído de la mina, exhibe sus costillas en actitud desafiante y mira hacia lo que alguna vez estuvo poblado.

El viento silba a través de las ventanas que la gente, en su apuro por irse, dejó abiertas o que tienen sus vidrios rotos por culpa de alguien que decidió afinar su puntería. En las escaleras, donde antes se paraban a conversar las vecinas, no se ve a nadie; aunque uno se quede esperando toda la tarde, pensando que a la salida de la escuela regresarán los niños o al atardecer volverán los hombres de su trabajo en la mina. Entre los edificios deshabitados giran, describiendo la coreografía de una danza macabra, matas de pasto seco que semejan calaveras a las que les falta el cuerpo, atrapado en el socavón, en algún derrumbe.

La gente, de a poco, va abandonando el pueblo. Yo aún no me he decidido: una vida feliz al principio, los nacimientos de los hijos más tarde, la separación luego de una lucha denodada por salvar lo poco que quedaba de todo aquello que alguna vez estuvo en pie, todavía me atan a esto. Es muy difícil pelear contra la adversidad cuando ésta se opone desde tantos frentes de manera simultánea. La miseria se coló en nuestras vidas como una sombra que nos acompañó con obstinación y fue destruyendo el trabajo, la felicidad, la familia y hasta la salud. Hoy, cuando fui al hospital a controlar que no hubiese metástasis del cáncer que se me declaró hace un tiempo, me enteré de que no he sido la única, que muchos enfermaron de lo mismo.

Desde el gobierno central siempre nos engañaron. Los militares, promotores de esta aventura, prometieron un polo de desarrollo con trabajo y prosperidad para todos; pero, tal como sucedió después con la Guerra de Malvinas, nos mintieron. La democracia también se burló de nosotros: “Del socavón de

Sierra Grande nacerá la revolución productiva”, dijo en su campaña electoral el mismo presidente que, tiempo después de asumir, cerró la mina definitivamente. El tiempo pasa y sólo vemos cómo se va despoblando una ciudad de 20.000 habitantes y que hoy apenas tiene 4.000. Todos los días cierran comercios porque es imposible mantenerlos si la gente que compra no paga y si el comerciante debe reponer la mercadería y no tiene con qué. Yo, que me ocupo de llevarle la contabilidad a la mayoría de los negocios del pueblo, soy de las pocas personas que todavía tiene trabajo. Me pagan con huevos, pollo, pan o leche y con eso puedo vivir y dar de comer a mis hijos, pero sin dinero no puedo ir a ninguna parte.

Hoy las mujeres decidimos cortar la Ruta Nacional N° 3, que pasa rozando el pueblo y vertebra la Patagonia en su flanco marítimo, uniendo Buenos Aires con Tierra del Fuego. Somos solamente diez. Más adelante quizá seamos más. La noche es la peor hora. Hace frío, pero es mejor estar en la ruta, con las demás, que en esa casa helada donde el aullido del viento no deja dormir y mis hijos creen ver fantasmas con cada sombra que se asoma a la ventana. Seguiremos con los piquetes hasta que obtengamos una respuesta. Ya no tenemos nada que perder.

Al final, la escultura que colocaron cuando inauguraron el barrio de viviendas fue premonitoria: esos esqueletos de hierro con sus costillas al aire se convirtieron en un patético cuadro de nosotros mismos.

ACCÉSIT ASTURIANU 2006

SIDORO VILLA COSTALES

LA PROVOCACIÓN

Facer xataes y presumir d'ello siempre se-yos dio bien a los mineros, que lo mesmo s'enchipaben de picar cantidaes imposibles de carbón como de tener bebío una caxa sidra ensin enterase. Ello yera una vez, pela cuenca'l riu Nalón, un d'estos paisanos grandonos, de nome Benino, que pasaba la vida ente la mina y el chigre, y en chigre apostó que yera quien a tar veinticuatro hores picando carbon ensin parar. Hai que decir, pa valorar na so xusta midida propóscitu talu, que daquela la mina llera un ámbitu cuasi ayenu a la mecanización, y que tovía'l picu y la maza yeren la única ferramienta que remanaba'l picador. Asina que, roblada l'apuesta, baxaron Benino y tres collos al pozu, y el nostru home afayóse na rampla y empecipió'l so llabor. L'asuntu ruxóse pela rodiada, y según diben pasando les hores allegábase a la bocamina xente a gusmiar, que s'entretenían considerando la tochora d'aquel tratu, emponderando la fuercia del paisanu, apostando también ellos a favor o en contra del mineru. La expectación foi n'aumentu afalada pol parte periódicu que trayía'l más nuevu ente los que-y facíen compañía al héroe, que rellataba, acasu desaxerando, l'esfuriu y el sufrimientu, la concentración na xera, los síntomas evidentes de decayimientu, l'enfotu en rematar lo entamao. Cuando, media hora antes de cumplise'l tiempu acordáu, salió por última vez el guahe cuando que namás la neciura sostenía en tayu a Benino, el xentíu y el baturiciu ocupaben yá tola explanada a la boca del pozu. Pero nin ellos supieron entós nin nosotros podemos saber agora si'l bravu paisanu llogró pone-y el ramu a la so xatonada, pues xusto de la que s'acababa'l plazu sintióse l'estrueldu del tremendu derrabe que trancó pa siempre aquella explotación.

I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII
XIV
XV
XVI
XVII
XVIII
XIX
XX

IX
VIII
XV
XXIX
XXX

EL POZU
QUE NON
VA A
PESLLAR

IV EDICIÓN

2007



Preparando una voladura en Antracitas de Velilla, Palencia. 1996

GANADOR 2007

JOSÉ QUESADA MORENO

ÚLTIMA NOCHE

El abuelo José tiene hosco el humor, y el don de adelantarse a los hechos, desde aquella mañana del año cincuenta y cuatro en que una barrena mal colocada sacudió los bajos del cauce del río, desquebrajó una veta de piritita como si fuera cristal, desbarató los puntales de madera, y arrastró por la galería a toda la cuadrilla del turno de madrugada. Al abuelo lo sacaron medio muerto ocho horas después y lo trasladaron a un hospital de Sevilla. Seis días tardó en recuperarse de las taquicardias del miedo, los tembleques de la hipotermia y las vomitonas de hulla líquida que le volvieron del derecho y del revés el estómago. Cuando despertó miró a mi abuela, que había estado velándolo durante todo ese tiempo, se sacó la sonda y los goteros, escupió el último resquicio de carbón y bilis que le quedaba en la garganta, y dijo: «Vámonos antes de que nieve». Esa misma noche, desde su habitación en la última planta del Hospital General, asistió a la única nevada que el siglo derramó sobre Sevilla. Mi abuela se persignó mientras miraba los copos esmirriados bajar con la levedad de una pluma sobre el asfalto, y aún precisó de su fe proverbial para no caer en el engaño de creerse víctima de una alucinación de la duermevela y el insomnio forzosos. Desde entonces se volvió huraño, dice mi abuela, y tiene la facultad de adivinar el porvenir.

Esta noche es también una noche fría, de esas que se desperezan en la madrugada con carámbanos en los alares y escarcha en las cunetas. Así que me extrañó verle en el quicio de la puerta.

—Dame uno de esos rubios que tú gastas, chaval— me dijo cuando llegué hasta él.

Me saqué el paquete del bolsillo y se lo alargué.

—No te viene bien fumar —le dije.

—Lo que no han podido matar el grisú y la silicosis, no lo va a matar esta mierda de señoritas.

Fumamos sin mirarnos a la cara. El humo y el vahído se confundían en una nebulosa fantasmal. Toda la escena me resultaba ficticia. Mi abuelo y yo pocas veces nos hemos parado a conversar y yo noté que él quería decirme algo. En el silencio de la noche, sólo se oía su respiración pedregosa. Nada me dijo. Arrojó la colilla a la reguera, me besó en la frente y entró en la casa arrastrando los pies y su cansancio de noventa y dos años. Fue hasta la cocina, donde mi madre acababa de fregar los platos de la cena, y la besó en la frente. Regresó al salón, donde mi abuela, adormecida en su mecedora, recibió un beso en cada mejilla. Luego, en silencio y sin volver la vista atrás, se metió en su cuarto.

Mi abuela se persignó, como aquella noche nevada del año cincuenta y cuatro, y dejó caer una lágrima. Una sola lágrima.

ACCÉSIT JOVEN 2007

GERARDO FERNÁNDEZ BUSTOS

ARAÑAS POLVORIENTAS

Como un ángel desandaba las callejuelas en el regreso. Los zapatos transmitían un compás desigual al chocar contra la piedra de la calleja, algo parecido a un dos por cuatro, aunque muy maltrecho. Se decía asimismo que no debía de haber pasado tanto tiempo en la cantina, fuera del alcance de todos... La noche polvorienta se dejaba caer a esas horas, en las que él traía consigo la suciedad grasienta de los escondrijos de allá abajo. La simiente que se podía observar al desaparecer las casas y enfilarse el camino hacia la suya, en las afueras del pueblo, resplandecía en la distancia al tocarla el lánguido esplendor de la luna. Todo pensamiento era contagiado por el deseo de correr zigzagueando entre los trigales altivos y frágiles, aunque ningún día llegase a culminarlo. Estuvo acostumbrado durante esos veinticinco años a que la pesadez de la tierra que le envolvía durante el día se volviera más liviana con la visión de una luna tenebrosa mordiendo los trigales noctámbulos. La luna era la luz que durante más tiempo veía. Apenas disponía de otra fuente de calor en el camino hasta llegar a casa y quería quedarse tranquilo de haber degustado su visión durante el mayor tiempo posible (esa luna mascullando algo a los trigales impávidos).

Llegado al portal de piedra, las suelas rechinaron al frenar en seco sus pasos para sacarse las llaves del bolsillo. Fue entonces cuando sintió que los huesos se le encogían buscando el sitio que les correspondía dentro de su propio cuerpo, amontonados e incómodos como la roca que se apretaba allá abajo cuando su compañero Andrzej, el polaco, colocaba las vigas. «La tela de araña», decía con un español consonántico, una vez que la rozadora había abierto suficiente brecha. «Claro que... las arañas se escurrirían si caminaran por encima de estos hierros», se le oía a gritos antes de estallar en carcajadas. Los ojos de Andrzej habían permanecido durante todos esos años ocultos en sus cuencas, hambrientos de luz. Apenas se le vislumbraba la pupila cuando se reía con todo el cuerpo, hablando maravillas sobre su mujer, mientras la carne

que les rodeaba se plegaba como el envoltorio de los bizcochos que traía de casa. Los silencios rasgados únicamente por los hachazos rompiéndose contra la roca y las escasas palabras de Andrzej eran la tónica del día a día.

El movimiento ebrio y oscilante de la mano hizo arrastrar el llavero hacia fuera del bolsillo. ¿Sería que el recuerdo de Rocío habría de venir ahora, y hablar de la naturalidad con que ella deslizaba sus pechos desnudos por toda la casa después de hacerse mutuamente el amor? Pero ninguna imagen vendría antes de que su insensible mano le transmitiese la forma de la llave desde su escondite. La introdujo, la cerradura se hizo fuerte y se contrajo, giró y entonces sí... una araña en su hogar, espabilada únicamente por el recuerdo de los bizcochos jugosos de Rocío, escurriéndose, a pesar de sus innumerables patas, en la herrumbrosa mirada del polaco, que no cesaba ni un momento de reír. La sospecha siempre hubo tejido sus marcas en esa mirada, ahora lo sabía.

ACCÉSIT TESTIMONIO HISTÓRICO 2007

MERITXELL COELLO TORTAJADA

CORRÍA EL INVIERNO DE 1888

Corría el invierno de 1888, un invierno como tantos otros, cargado de grises y frío. A Carlos parecía no importarle demasiado, era tarde de domingo y nada en el mundo podía estropearlo. Le encantaba pasear, dejarse abrazar por el viento, mirar al cielo sin miedo a que cayera y respirar hondo, muy hondo. Se sentaba a verlos pasar, a ellos, los ingleses, tan limpios y blancos como los ángeles del cielo, con el pelo de oro y los ojos claros de agua.

—Eso debe ser del hoyo —se decía mientras miraba sus propias manos—. Tantas horas a oscuras nos pone negros. ¡Vamos, digo yo!— Y volvía a mirar las parejas que paseaban por aquel pueblo dentro del suyo, con aquellas casas de enormes techos de pizarra; victorianas, decían ellos; de los jefes, decía el resto. Y al volver a casa miraba lo bonita que era su tierra, cargada de colores rojizos como si de un atardecer eterno se tratara, con las aguas tintas de los ríos que salían de las entrañas de las rocas regalando formas infinitas capaces de confundirse con los sueños. Ésa era su tierra, tan dura y tan bella.

María le sonreía desde la puerta mientras colgaba la ropa y a Carlos se le llenaba el alma. Amaba a aquella mujer más que a su propia vida y era lo único que tenía. Rezaban a Dios a diario para que les enviara el niño que les faltaba, pero al parecer allí arriba llegaban demasiadas plegarias.

—Ya vendrá, no te preocupes —le decía a María cada noche mientras le acariciaba el pelo. ¿No ves que nos lo están escogiendo? El más gordo y hermoso será el nuestro —. Y ella le devolvía las caricias cargadas de pena.

Aquel día Carlos se despertó con los gritos: —¡La Manta, ha vuelto la Manta! ¡Todos al cerro! —Se levantó y abrió la puerta. El aire era tan espeso que podía cortarse. La niebla había devorado la luz del día, nunca la habían visto igual. Cogió a María de la mano y subieron al cerro a respirar. Allí, en aquella pequeña cima, el pueblo entero se amontonaba. Y a lo lejos, orgullosas y amenazantes, se levantaban las piras que vomitaban veneno, las chimeneas

de las teleras que arrojaban azufre. No corría ni una gota de aire y la niebla se resistía a marcharse, agarrándose con fuerza a las pequeñas chozas.

—¡No hay derecho! Esto hace años que está prohibido. ¿Por qué tenemos que seguir limpiando el metal de esa manera?

—Pues porque es más barato, ¡coño!

—Pues en su tierra los ingleses no lo hacen.

Y, poco a poco, en lo alto de aquella cima, nacería la idea de una reunión en la que hablar de aquel veneno capaz de enfermar a los niños, las tierras y hasta las bestias.

Pasó algo más de un mes, era sábado y febrero, Carlos fumaba nervioso junto a la plaza. Todos los mineros estaban allí, esperando a que los ingleses salieran para hablar con ellos. No querían peleas porque querían demasiado a sus trabajos, sólo querían suplicar que quitaran las teleras y les dejaran algo de aire limpio que respirar.

La casa consejo era la más rica y espectacular de sus mansiones, allí se reunían los señores mientras un immaculado servicio les ponía el té sobre la mesa. Aquella tarde las puertas estaban cerradas, no había ingleses, guardias de Pavía ni gobernantes, sólo Carlos y los suyos, que empezaron a olerse algo. De pronto, como si el mundo se volviera loco, llovieron tiros de todas partes, nadie sabía de dónde venían ni qué ocurría. En sólo unos segundos la plaza se cubrió de sangre.

Al menos cien hombres murieron, o eso se dice ahora. Muchos de los que allí estaban ni siquiera aparecieron, escombros y viejas minas fueron sus sepulcros y el silencio más absoluto, su único rezo. Unos meses después, en una vieja choza, María abrazaba a un niño de pelo negro.

—Te llamarás Carlos, como tu padre.

ACCÉSIT ASTURIANU 2007

FÉLIX FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ

DÍA ÚN

Finó'l xeneral de dar les instrucciones na vera la bocamina con un viva España. Darréu nos punxeron en fila, nun llau los mineros y del otro llau presos; «roxos», fíos de «roxos» y dalguna muyer, toos ensin esperiencia na mina. Diben facer grupos pa trabayar. Militares armaos per dayures, los facistes necesiten carbón pal frente.

Va pa tres selmanes que na mina nun se trabaya. Los facistes entraron fai dos díes nel pueblu y arramplaron con tolo que nun fuera del so llau. A los que tamos güei equí nos arrestaron en dellos llugares; nes escueles, nes casones grandes, nel teatru, na casa'l pueblu, nos barracones de les mines... too valía de cárcel improvisada cuando les de verdá taben enllenes. El pueblu, con munches cases desfeches, tovía fumeantes, quedó ermu, en silenciu, ensin que naide se moviera más que l'exércitu y la Guardia Civil, qu'entainaben, ansiosos, pa facer, por fin, la so xusticia y poner les coses n'orden, nel orden de so.

Güei, nesta torna a la mina, nun se ve a casi ningún compañeru. Inda sentimos a primer hora, cuando nos trayén nel camión, los disparos de les fusilaciones de los últimos que fueron a garrar. Otros morrieron enantes de ver como'l pueblu cayía en manes facistes, dalgunos subieron pa les viesques y los de meyor suerte pudieron colar d'Asturies a siguir na llucha. Yo, pal mio bien, pasé inalvertíu nuna guerra que tardé en dame cuenta que nun me yera tan ayena.

La repartición de la xente, según la so fuercia, faila un teniente, gayoleru y arguyosu de tener nes sos manes el destín inmediatu de tantos díaños roxos. A cada ún de nós dannos cinco persones pa facer una cuadriella de trabayu y baxar darréu a la mina. Tóquenme tres presos que vienen de fuera d'Asturies, Xulia, una moza perconocida del pueblu y Xurdín, neñu de 13 años y fíu d'Antón, el mio vecín y amás amigu y sindicalista, que ya nel 34 foi un pegoyu na organización del lllevantamentu nel pueblu y nesta guerra repitió.

La gran amistá que calteníemos contradeciáse dacuando coles nueses diferencias polítiques, marcaes pol so entusiasmu y enfotu revolucionariu y la mio entenra galbana hacia la política, el sindicalismu y too esi mundu de despilfarru personal y de tiempu.

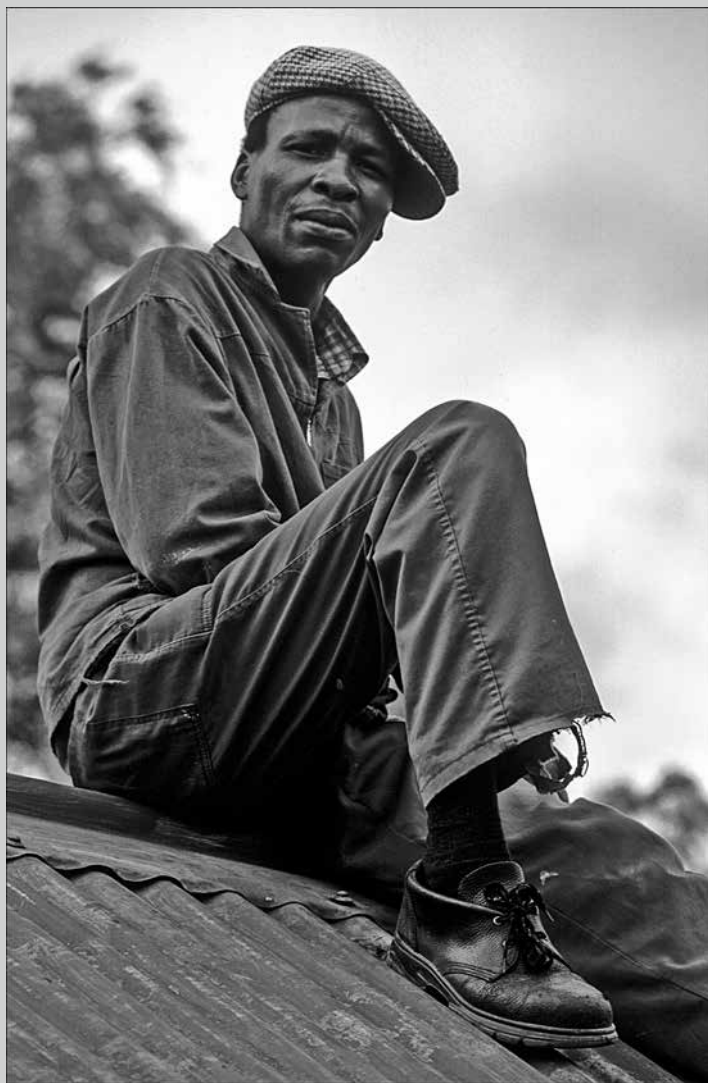
Mandonos el teniente a la cuarta galería, ellí tócame distribuyir el trabayu. Mientres los tres presos y yo tamos entrando pel colaeru pa picar, Xurdín va encargase de que tol carbón cayera p'abaxo y Xulia de recoyer y procurar qu'entre na vagoneta. De cuclielles, aprovechando'l ruiu y la oscuridá, Xurdín, que na so cara reflexaba'l fin d'una neñez que-y arrancaron de dientro, aprovecha pa entrugame: «¿Qué pasó?, ¿au ta mio pá?» inocente y engañáu acerca de la mio persona. «Nun lo sé fíu, nun lo sé», retuqué-y. Miróme y entamó a llorar, casi ensin llárimas, yá nun-y quedaben, camentaba que yo yera ún de los de so, nun sabía que mientres so pá llevaba'l fusil o prendía la llume de la dinamita, yo m'alcontraba escondíu, intentando conseguir lo que tengo agora, tar vivu.

Xurdín vuelve entrugame, cola complicitá de ver na mio persona un semeyante, amosando'l nerviosismu que nun dexa ver delante los facistes: «¿Mio pá?, ¿au ta? ... ¿Perdimos?».



V EDICIÓN

2008



Poblado minero de Kimberley. Sudáfrica. 2001

GANADORA 2008

MONTSERRAT GARNACHO ESCAYO

ROSAE

Para Angelina

—... Buenos días, buenos días, señora, sí... ¡Coja, coja usted, mujer, coja todas las que quiera, uh, si mire las que hay, si casi no se puede ni pasar, si estorban el camino! Y nada, mujer. Ya ve usted. Por aquí, aprovechando un poco la mañana y limpiando el gallinero, que va a venir la hija y le gusta ver que vivimos con salud y lo tenemos todo fresco y guapo. Encantado. José. José Do Nascimento Santinho. Sí. Portugueses. De Escardanha, conceyo de Moncorvo, en Bragança. Y esa es la muyer, Rosinha... ¡E vem para acá, Rosinha, muyer, e deixa issa porta...! No. Es que no habla nada. No sabe. Solo el portugués, pero muy poco... ¡Y con quién quiere que hable, si ya lo ve, no quedan ni vecinas! Rosinha, sí. Ro-si-nha. No, no, Rosina no es. El nombre suyo es Rosinha. A minha velhinha, como le digo yo. Ah, pues aquí en Asturias no le sé yo, cómo se escribirá, pero es que el nombre no es español, es portugués, y allí es Rosinha. Rosinha da Conceção Grelo... ¡No, mujer, qué quiere preguntarle a ella, de nombres ni de letras, si no las sabe, ni en portugués ni en español! La hija sí. La hija es maestra... ¡Uh! Ella sí que aprovechó el tiempo... Es muy lista... En esa escuela de ahí... En El Cumal... ¿La ve, ahí arriba? Era la escuela que había, para todas estas casas... Y por el día iban los muchachos y las muchachas y a la tarde subíamos los mineros... Y ya lo ve ahora, en qué quedó todo. Nada. Polvo y escombrera... ¡Uh! No le sé yo... ¿E, Rosinha, e quanto tempo faz já, que fecharon as escolas, lembras tu...? Mucho... Treinta o cuarenta años. Puede que más... ¡Uh! Y tiene razón usted, el tiempo pasa. Y tanto que pasa, bien deprisa... ¡Cincuenta y nueve, hizo ya, que vinimos nosotros de Portugal... De recién casados. Los hijos ya nacieron aquí, en La Nueva. Pero luego se fueron. Y alguno se nos murió, también. Y otros, ya sabe, aquí y allá. Por ahí andan, por el mundo. Y la hija estudió y se fue a trabajar para Bragança... Ahora enseguida va a venir, a traernos los nietos... Si sube usted otro día, ya hablarán, ya... Es muy lista... Sí, eso es lo malo, para subir, que

es todo escombros, este camino... Pero es muy inteligente, la hija, ya la verá usted... ¡Uh! ¡Y muy guapa! Igual que su madre. Era muy guapa, Rosinha. Ya de menina, era la más guapa, allí, en Escardanha... ¡Uh, si la viera...! ¿E, Velinha? Y blanca como el oro... Pero es que es muy vergonzosa... Mírela, nada más que a la puerta, ahí... E vem para acá, Rosinha, muyer... Nada. Se recata. Es que no está acostumbrada... E vem... Y bueno, mujer, pues nada... Aquí, ya le digo, limpiando el gallinero y pasando la vida un poco... ¿Y qué quiere? Sí, cuando me jubilaron de la mina, pues sí, ella quería irse para Portugal, con la hija, pero le digo yo, e que quieres topar tu no povo á estas alturas, velhinha, si no quedan ni sombras, para arrimase un rato. Solo piedras caídas, en las casas. Nadie... Y aquí en La Inverniza pues ya es distinto, porque por lo menos gastas la mañana un rato por el gallinero y la huerta... Y luego a la tarde pues bajas a echar la partida y por lo menos tiene uno en qué pasar el tiempo... Y además, que ya no está el cuerpo para hacer mudanza, ¿verdad?... Pero coja, coja usted más... ¡Coja todas las que quiera, mujer, si nacen solas, si están por todas partes, si a veces hay que segarlas, para que no estorben el camino...! Lo que pasa es que no valen nada, estas flores... Se deshacen enseguida... ¡Ay!

¿Y qué pasó? ¿Tiene sangre?... Sí, ya se ve que no es tanto, pero es hay que tener mucho cuidado para cogerlas, hieren...

—¡Uh! ¿E qué esperavam, pois? São silvas...

ACCÉSIT JOVEN 2008

MARTA GARÍN MONTAÑEZ

EL ABISMO

No quise llegar hasta allí, pero una huida te lleva siempre donde quiere el miedo o la desesperanza. El coche demasiado andado parecía a punto de deshacerse en cada curva, al pie frío y ennegrecido de cada montaña. Llevaba cinco horas conduciendo y aún no tenía claro el destino, pero no quise ir allí. Sin embargo, sin apenas darme cuenta, arrastrada por un aire imperceptible pero cálido y de olor dulzón, como una fruta madura, fui acercándome al pueblo. Ni siquiera esperaba encontrar algo de lo que recordaba, seguro que la vieja mina estaría cerrada y llena de historias que solo algunos recordarían. Probablemente aquel no fuese el mejor comienzo, el mejor lugar para empezar la vida, y sin embargo allí fui guiada por el pasado en que fui feliz, a aquel pueblo minero donde los niños fabulábamos sobre un tesoro escondido en un inmenso vacío. La radio comenzó a sonar de repente sacándome de mi estado de absoluta abstracción. Paré el coche al borde de un camino donde iban a morir los animales los domingos del invierno. Me bajé del automóvil y el aire helado me cortó los labios y me trepó por la garganta anudándome la pena en torno a los ojos. La tarde se deslizaba en el horizonte ensuciándolo de un color rojizo y caliente. Me alejé del camino y paseé entre aquel yermo de piedras y tierra húmeda, entre aquel lugar que parecía morir cada segundo. Andaba despacio, y pensaba en lo que había dejado atrás, en aquel pasado que hoy fue presente y que ya nunca será más en mi boca. Un pájaro negro graznaba reclamando el fin del día, describiendo círculos grises en el cielo donde el sol se rendía cayendo por fin sobre las piedras. Me acercaba a la mina que se alzaba como siempre altiva y orgullosa, un cráter descubierto agitando las nubes y tiñéndolas de negro. La piedra parecía aún temblar, arañada por las manos de mis abuelos, y sin embargo solo quedaba silencio y oscuridad, un abismo profundo cavado por el hombre, como mi abismo propio, como el que yo había cavado para mí. Me senté cerca de ella, el pájaro continuaba su danza sin orquesta salpicando de agrios sonidos la tierra. Cerré los ojos y los párpados

temblaron entre mis dedos. El pasado vino a reunirse sobre mis pestañas en un tropel de voces y olores y la vida se condensaba sobre mi espalda llenándola de destellos verdes y de verbos imperfectos.

Sobre el camino un coche se detuvo casi en silencio. Giré la cabeza y los miedos se agitaron nerviosos entre mis pulmones. Una mujer caminaba hacia mí envuelta en la escarcha que la recién estrenada luna vertía sobre las piedras. El pájaro negro descendió y se posó sobre el borde de la inmensa boca abierta al cielo. «¿Necesita ayuda?» interrogó aquella silueta aún sin nombre, aquella voz desconocida. La verdad es que sí necesitaba ayuda, necesitaba un comienzo, necesitaba retomar la vida que ahora temblaba entre los omóplatos temiendo desaparecer. Aquella mujer se acercó más a mí, y el pájaro negro huyó perdiéndose en la profundidad de aquel silencio. «Disculpe, ¿necesita ayuda?», repitió. Me levanté despacio y me sacudí la tierra y la tristeza con las manos. Miré a aquella voz a los ojos y reconocí en ella algo de mí. Sentí el ayer inundarme de sal la garganta y ascender imparable hasta derramarse helado sobre mis mejillas. «No llore, acompáñeme», dijo la mujer que aquel día interrumpió por fin mi huida.

ACCÉSIT TESTIMONIO HISTÓRICO 2008

JOSÉ QUESADA MORENO

LA VERDAD DE LOS PAPELES

Villanueva del Río y Minas (Minas de La Reunión), 30 de abril de 1904.

Después del entierro, algunos hombres han ido a refrescarse a la taberna de Frasco Palomares, que siempre tiene algún barril de mosto de los de su pueblo para inaugurar en los momentos de alegría, o para ahogarse con él en los momentos de mucha tristeza.

Frasco es un tipo menudo y enfermizo, y un poco ingenuo, que llegó a Villanueva a finales del siglo pasado desde un pueblecito del Aljarafe y al que solo oír el chirrido de la cabria, u oler el tufo a óxido de la jaula, le levanta del pecho un rumor de piedras y un ahogo en los pulmones que le han dejado inútil para bajar a los pozos. Fundó su negocio de vinos cuando los médicos de La Compañía le diagnosticaron un cuadro irreversible de asma, así que no trabajó en la mina lo suficiente para comprobar en su propia persona que el grisú es la simiente invisible del diablo, pero sabe por sus parroquianos que cuando el gas entra en contacto con la chispa de una lámpara, al minero solo le queda encomendarse a Santa Bárbara para que el fuego no le llegue, o se le acabe el aire, o le aplaste la tierra y los costeros cuando el subsuelo se abra con la explosión. En Villanueva lo tienen por una persona instruida, que baja todas las mañanas a la estación a recoger los diarios del día anterior que le mandan desde Sevilla y que lee a los que concurren a su taberna con acento engolado y algo finolis.

Hoy quiso respetar el luto y aunque no tuvo cuerpo para acercarse al cementerio, por una aprensión que padece a las multitudes, no ha abierto hasta que ha calculado que ya habían concluido todas las pompas y que las autoridades volvían en tren para Sevilla.

—¿Cómo estuvo la cosa? —ha preguntado a los primeros parroquianos que se agolpaban junto a las puertas trancadas de su taberna.

—Mucho dolor, Frasquito, mucho dolor.

Ha sacudido la cabeza, como para quitarse una mala idea, y ha girado la llave, y al tiempo que se daba de bruces con la penumbra de la casa y el rancio oloroso de las barricas, ha recordado a los que ya no entrarán para beber su mosto del Aljarafe y oír cómo les lee, con su acento engolado y algo finolis, los diarios que vienen en el tren de Sevilla; aunque cada uno de ellos —los sesenta y tres— sin nombre aún, sin rostro, vengan hoy dentro de los papeles del ABC y de El Correo.

—¿Habéis visto al rey? —ha preguntado mientras desatrancaba el madero de la ventana.

—El rey no vino, Frasquito —ha contestado uno, el primero que buscó acomodo sobre la barra aún en penumbra.

—Que no le habéis visto —ha porfiado Frasco Palomares— porque venir, sí que ha venido.

Luego ha desplegado *El Correo* de ayer, que recogió esta misma mañana del tren, y ha sentenciado:

—Lo dicen los papeles: que hoy don Alfonso aprovechará que está por Sevilla para venir al entierro.

Nadie ha querido contrariarlo, no fuera que un ataque de asma, de los que le entran a Frasco cuando se ofusca, diera al traste con este momento que los mineros aprovechan para ahogarse la tristeza. Y han cambiado de tema, y han hablado de la huelga.

ACCÉSIT ASTURIANU 2008

BEGOÑA DEL RÍO GONZÁLEZ

LA PINGA

Yera casi de nuechi, aquel home venía escondíu na escuridá que entamaba a cayer enriba Caborana. Violu la to muyer, la mio güela, la ma del guaxín que teníes ente les manes... Avisóte, díxotelo. ¡Corre, fíu, corre, que vienen por ti! Güeyaste pela ventana como nun creyendo ná, y tranquilu, confíáu, viste aquellos dos homes subiendo pela Pinga.

«Nun te preocupes, muyer, ye Xuan el del Cabanón, vien con un colláceu.»

Abríste-yos la puerta, acercásteles al llar, saca-yos el fríu del cuerpu, y diste-yos un campanu vinu pa entonar. Dixéronte de dir a ca' Tito a conta-y daqué y dístete cuenta entós... al salir a la antoxana un golpe fríu na espalda metióte n'un coche, n'un carro... n'un lo viste bien... Nun viste más que la nuechi negra subiendo'l puertu, llegastis p'allá la Raya. ¿Quién te diba decir que nun volveríes más al to corredor de la Pinga, al negro la to mina? ¿Quién diba decite que aquella nuechi Xuan el del Cabanón, el fíu Tista, el de Ca' Maribel diba llevate a dar un paseo del que nunca volveríes?

I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII
XIV
XV
XVI
XVII
XVIII
XIX
XX

IX
VIII
VII
VI
V
IV
III
II
I



VI EDICIÓN

2009



**Accidente minero del Pozo Santa Barbara, diez días de rescate,
cuatro mineros muertos. Turón. Mieres. Asturias. 1992**

GANADOR 2009

JUAN JOSÉ ARGUDO GARCÍA

EL REY DE LA MINA

El viaje tenía como destino la mina de Pozo Ancho. Paseaba por las oficinas, observaba los gestos, las manos, las caras y reconocí entre el personal a un niño. No tendría más de diez años y no entendía qué hacía allí. La mina no es lugar para niños. Luego bajé en el ascensor hasta la tercera galería, y me topé con un derrumbe que, por suerte, no provocó daños a los mineros. Y al subir de nuevo a la superficie, lo divisé junto a los mayores, entre capataces, oficinistas y recaderos. Jugaba al ajedrez. Y la expectación iba creciendo a medida que ganaba partidas. Apostaban quién sería capaz de tumbar el rey del «chico». Apostado junto a la puerta, observé cómo reía, cómo disfrutaba ganando a gente madura y cómo pasaba el tiempo en la mina. Pronto el jefe de talleres disolvía la timba de escaques y todo el mundo volvía a su puesto. Él recogía las piezas de dos en dos, con sus manos todavía blancas pero toscas, y las metía en una bolsa de terciopelo cerrándola con un nudo.

Ese último gesto, lo noté en su mirada, indicaba que debía de volver a su cruda realidad. Su función en la mina, aparte de provocar que algún minero perdiera su sueldo apostando al rey negro, era excavar las galerías y túneles subterráneos de pequeñas dimensiones, donde luego se alojarían las tuberías de desagüe y drenaje de la mina, para extraer el agua y continuar los trabajos en la mina. Se cansaba a menudo al estar mucho tiempo de rodillas, y tosía con frecuencia, pero no podía dejar de trabajar. Sabía que aquello ayudaría a su padre, minero enfermo de silicosis, y que con las monedas que conseguía horadando la tierra y las que le aportaba su tablero, que siempre le acompañaba, su familia saldría adelante. Su aspecto flacucho y enclenque provocaba que todo el mundo fuera condescendiente con él. Y observé de qué manera se zafaba de su capataz, regalándole un regaliz para que no fumara y le dejara ir a jugar a las oficinas, desplegar su tablero que limpiaba con sumo cuidado con un paño de algodón, para luego minuciosamente colocar las fichas, blancas primero y negras a continuación, y, una vez que los caballos oteaban al frente

de batalla y desde las torres se divisaba el bando contrario, mirar las caras de los oficiales y oficinistas, ofreciendo el otro lado de la mesa, con atisbo de querer embolsarse, en otro rato, un sobresueldo que no le venía nada mal.

El día siguiente no hubo partida. Y todo el mundo se preguntaba dónde estaría aquel reyezuelo de los escaques, para que no hubiera montado la sala de juegos, como de costumbre. Al pronto, uno de los capataces corría hacia el túnel de drenaje. Justo cuando entraba al túnel, un minero sollozando traía en brazos el cuerpo del niño ajedrecista. No respiraba y tenía ensangrentadas las rodillas y manos. Al parecer un derrumbe provocó su asfixia en el interior. Todos lloraban la enorme pérdida, mientras que la campana de la mina repiqueteaba el martillo en su honor.

—La campana me despierta, doctor. Siempre es la misma pesadilla. Han pasado 20 años desde que perdí a mi hermano mayor en la mina y no consigo deshacerme de los sonidos que repiquetean en mi alma, noche sí y noche también.

—Quizás debería de visitar los vestigios y despedirse de su hermano.

—Quizás, doctor. Ese será mi próximo viaje, el más doloroso, el definitivo.

ACCÉSIT JOVEN 2009

MIGUEL RODRÍGUEZ DE LA VERA MOULIAÁ

ASTURIAS, 1934

Decenas de chimeneas improvisadas elevan hacia el cielo lo que antes era ciudad y ahora, sólo humo. Oviedo es un campo de batalla. Turbas proletarias, apostadas tras las improvisadas barricadas que pueblan las calles, intentan contener el avance del ejército gubernamental. El terreno se disputa palmo a palmo, calle a calle, muerte a muerte.

Las minas hoy están agotadas. Sus galerías permanecen solitarias, silenciosas, tristes. Sus bocas ya no son, como en días anteriores, cráteres de volcán arrojando generosamente de sus entrañas la lava roja que voluntad a voluntad nutría la revolución.

La ciudad se pierde sin remedio. El ruido de la fusilería, acompañado aquí y allá por el llanto de una viuda o el de un huérfano que abrazan a sus difuntos, componen la brutal melodía de la guerra, esa lección de la historia siempre enseñada y nunca aprendida.

Oviedo ha caído en poder del Ejército. Ya ha cesado el ruido de los fusiles, la percusión ha terminado por hoy su fúnebre concierto, pero los llantos continuarán sonando en los días sucesivos. La ciudad está tristemente roja. Roja de ira, sangre y fuego, mas también negra de luto y muerte. La población, medrosa, camina silenciosa y sombría por el vasto cementerio ovetense. Los que no han conseguido huir a Gijón, intentan no levantar sospechas entre las nuevas autoridades. Los revolucionarios esconden sus negras boinas entre los pobres ropajes que cubren sus cuerpos consumidos de cansancio y hambre.

Las noticias vuelan. Gijón ha caído, la revolución ha terminado. Una interminable columna de hombres, mujeres y niños avanza por el valle. A pocos metros, en paralelo, discurre otra columna mucho menos poblada. Estos visiten uniforme y portan en sus manos fusiles y pistolas.

La columna minera, ya reconocida, ha arrancado de sus ropajes, como carbón de la mina, sus negras boinas que protegen ahora sus cabezas del frío de esta triste mañana. A un lado de ambas columnas, una cámara dispara una foto, foto de eterno recuerdo. La hilera humana camina silenciosa, y su tristeza se acompaña del monótono sonido de sus desordenados pasos. Sus semblantes reflejan la derrota y el silencio, el porfiado silencio que sume a cada uno en sus tristes pensamientos. De cuando en cuando, ahora aquí, ahora allá, irrumpe en el silencio un sentido sollozo o un afligido gemido traído a escena por el recuerdo de algún caminante. Y luego... otra vez silencio.

Hacia el centro del grupo camina un niño. El chico se llama Manuel. Aún no sabe leer, pero ya sabe lo que es la guerra. Se seca las lágrimas que resbalan silenciosamente por sus mejillas y busca desmayadamente la ruda mano de su padre que camina junto a él. El niño, inspirado por la protección que le brindan las firmes manos del minero, mira al cielo y entre sollozos entona una canción: «Santa Bárbara bendita... patrona de los mineros». El grupo ha quedado conmocionado, todos han descubierto respetuosamente sus cabezas. Ahora la columna no camina silenciosa, ahora el valle retumba al unísono: «Traigo la camisa roja... de sangre de un compañero...».

ACCÉSIT TESTIMONIO HISTÓRICO 2009

CONSTANTE ÁLVAREZ DELGADO

LA PEÑA'L GATU

La Peña'l Gatu tien hestoria. Cuando paso delante d'ella ye como s'invocara l'espíritu de lo vengatible y, darréu facelo, encarnara nesti mundiu tolo malo que l'home pue facer. Son sólo hestories, consuélome de magullu, mas pensé que baxo esa arcilla, matu y espinera, calien güesos y calavories de moros del Rif, d'aquéllos llastimosos subhumanos que'l facismu traxo pa conquistar la tierra que primero los esconxuró. Subhumanos porque, ami-seriaos pola colonia y les creencies, (tampoco sabíen aú los mandaben) nun fueron muncho más que'l componente prescindible d'un arma de destrucción masivo. El tiempo piñera los odios y los amores. Unos enrancien y los otros endulcen, pero dambes emociones dexen esi posu de lo incompleto. Aquéllos porque nun atopen xusto fin y éstos porque'l so fin nun pon xusticia. Polo menos eso ye lo que dicía Colasu de les Bories cuando, esbillando alcordan-ces, acababa cuntando lo del chamizu de la Peña'l Gatu. «50 años y paez que nun pasó un minutu tovía». Esto dizlo énte un vasu sidra vacío. Espera que daquién-y entrugue polo del guah.e, el nenu Sisebutu de Xenra, el más arre-chu de los nenos qu'empozaben na «Gatera», qu'asina nomaben a aquella furaca del infiernu de la que sacaben más pizarra que carbón.

Nun convién dexar l'alma apinada d'alcol y señardá. Eses coses son comburentes que, neto que'l sodiu y l'agua s'amen en muerte ingriento y destructivo, tienen de mantenesese a cierta distancia. Colasu nun debe llevar más de seis botelles de mazana pa poder ser remanable. Y convién que la xente faiga por oyilu sinon se tien gana de mala candanga.

«Los facistes entraren en Blimea matando a toudiós. Los moros nun respetaben a naide y, creyéime, esi naide yera muncha xente. Y ellí taba Sisebutu de Xenra, piquiñu y gayasperu, nenu ensin niñez pero con tolanos como pa regalar. ¡Qué cabrón!» Esti yera l'intre afayaízu en que colar. Si ún nun safaba aína, yá nun diba poder facelo fasta l'entierru del mocín.

«El nenu enfiló pa La Gatera, a pola dinamita que teníen oculto, y abasando pel islán del regatu minó les vías que pasen pel túnel La Fontica. Los facistes taben obligaos a tomar la cotariella de la Peña'l Gatu pa seguir pa Llaviana. Dende'l chamizu, los pocos armaos que quedaben con fuercies pa peliar víen que diben ganalos pela espalda'l monte: taben bien frayaos. Pero los moros, qu'abríen la ofensiva, teníen primero de tomar la rimada que miraba a la vía'l tren. Y los mandos facistes sabíen que si garraaben el túnel aforraaben bones hores de llucha y camín d'arrodiada asina qu'empobinaron p'allá, pa la trampa de Sisebutu...»

«...Y cuando salíen los cabrones del furacu, el mozu prendió la mecha maestro y sólo vimos una bocarada de fumu y piedra fino pelos extremos del túnel. Lo menos un batallón de moros palmaron en pastia de sangre y güesu. Paezme velo tovía: Sisebutu, col cascu guerra, la cara prieto de carbonizu y una sonrisa d'oreya a oreya que dexaba ver unos dientes blancos ta doler. ¡Vaya artista!»

«Enterráronlos na Peña'l Gatu. Y pa que nun pasaren fame de la que diben pal cielu de los moros, los d'ellos metiéron-yos llates de sardines y dalgo más de xintar. Pero de xuru que pasaron fame porque nun quedó una llata conserves en monte: pela nueche les muyeres lleváronles toes, que nun taba la cosa pa marafundiar».

Sisebutu morriere nel chamizu «La Gatera». Blincó toa pelos aires cuando, arrodiaos, fixeron España munición y dinamita. Los de dientru sabíen que yá nun diben conquistar más carbón a la Tierra. Agora teníen de conquistar un combustible muncho más valioso: la llibertá personal.

ACCÉSIT ASTURIANU 2009

JOSÉ LUIS RENDUELES

EL RELÓ N'HORA

Coles sábanes ruines facíamos pañales, y mio ma tenía una guerra cola ropa de mio pá. Garrábala de sábadu y tenía que tenelo llavao, remendao y seco pal llunes. De xemes en cuando yo quedaba ayudándola hasta les tantes de la mañana, cosiendo con lluz de carburu, pa que pudiere llevar la ropa curioso y llimpio. Dalguna vegada nos pilló tovía trabayando a tou meter cuando esconsoñaba y entós, de la que garraba'l bocado de miga de gatu, siempre nos daba un besu y colaba sonriendo.

Teníamos de vecín a un paisanu mayor que falaba mui suavino y sabía de munches coses. A mio pá prestaba-y muncho falar con él. Esi branu, toles nueches se poníen na esquina la güerta, xunto a la pescal grande, y miraben pal espaciu ente dos montes, una engurria nel traxe del mundu, y esperaben hasta ver una lluz que degolaba. Tolos díes d'esi branu igual, y el vecín dicía siempre con voz grave: son les diez y cinco minutos, y daba cuerda al reló pa ponelu n'hora.

Una vez llevé-yos el reló del güelu, pero naide-y diera cuerda dende que morriera y de xuru que dalgo dientro engarrotara, porque por más que lu sotriqué nun fui quien a echalu a andar. El vecín díxome que diba mirar a ver si lu podía iguar. Al otru día, tres el pasu de la lluz, púnxolu n'hora y devolvímelu. Yo yera mui cría y nun sabía qué facer con él, asina qu'apurri-yu a mio pá.

—Guardalu. Dalgún día marcaráte les hores de manera distinto.

Más o menos daquella, mio ma garró una tos malo, d'esos que mordigañen les coraes, quemen la tráquea y te dexen abarquinando, col pechu doloríu y les vidayes valtando a tou meter. Nun yera agullu, pero paecía-se muncho, y l'alendar ronco col qu'acababa poníanos a toos el corazón nun puñu. Traxéron-y augua de la fonte Los Fontanones, que dicíen que yera bono pa esos dolencies, pero nun valió pa nada, dalguién dicía qu'había que la llevar pa

qu'aspirare'l sarriu onde la estación de tren, pero la mayor parte de la xente bilordíaba qu'eso nun valía pa nada. A la fin, pasaba'l día na cama, con toles mantes de la casa enriba, porque dicíen que tenía que lo sudar.

Entós foi cuando yo tamién me punxi mala, cola mesma tos gafa.

Mio ma acabó morriendo, como cuando s'escosa una vela foi perdiendo puxu hasta quedar en nada, namás una tos ronco, y mio pá yera como un moñecu al que-y frayare dalgo dientro.

El día qu'enterraben a mio ma, malapenes salieron toos de casa, el nuestru vecín garróme nun brazáu, con mantes y too, mangóme nun de los camiones Fiat que llevaben el carbón de la mina y baxamos a la ciudá. Na estación de tren fízome alendar tol sarriu que pudi. Dempués compróme un pastel de nata y llevóme a casa nun coche alquiláu que de xuru-y costó lo que nun tenía. Entós xuxurióme que la lluz que vía toles nueches y cola que punxera'l reló n' hora yera del Sputnik, un satélite que fabricaren los rusos pa dar vueltas a la Tierra. Dixo que dalgún día nosotros tamién podríamos enchipanos colos sos llogros, que mientes tanto teníamos que guardar el secretu.

A los dos díes taba sana como una rosa. Al vecín nunca lu volví a ver. Foi a buscalu a casa una pareya del cuartel xunto a la mina, y dempués dicen qu'acabó nun penal cerca Madrid, y la xente bilordió que morrió al poco picando piedra.

Al poco foi cuando entamó la güelgona y yo yera feliz porque mio pá pasaba más tiempu en casa. Duró tres meses, y hubo xente que lo pasó permal. Nós aguantamos porque los mios güelos apurriénnos lleche y farina. Y dempués, res a res fui avezando a pasar les nueches de los fines de selmana iguando la ropa de mio pá, col reló de mio güelu dándome la hora exauta.

Andando'l tiempu tuvimos una perra y llaméla Laika.

VII EDICIÓN

2010



Vista de la barriada minera y del castillete del Pozo María Luisa.
Langreo. Asturias. 1992

GANADORA 2010

PALOMA HIDALGO DÍEZ

LA ÚLTIMA PUERTA ABIERTA

Cuando llegó al pueblo esperaba encontrar una vida un poco más fácil. Separarse de su familia fue un amargo trance, pero albergaba la esperanza de empezar de nuevo. El tiempo transcurría y una tras otra las puertas en las que conseguir un trabajo se cerraban ante sus problemas. Sólo permanecía abierta una, tan negra y oscura como el carbón que procedía de sus entrañas. Ante el temor a una nueva negativa, decidió esta vez hacer las cosas de manera diferente. Una buena imagen sería de gran ayuda, así que, frente al espejo del baño de la pensión, cortó uno tras otro aquellos mechones rebeldes que caían sobre su frente. Necesitaría un traje de pana, uno de segunda o tercera mano que estuviera en buen uso, un calzado y una boina que cubriese el miedo de sus ojos. Cuando lo tuvo todo, se armó de valor y se presentó a pedir un puesto en la mina.

Quizá fue la suerte, quizá el destino, el caso es que en su primer día de trabajo nadie se percató de su presencia, una sombra más entre los que acudían a arrancar carbón. La oscuridad sólo rota por la lámpara acoplada a su casco, y el polvo que impregnaba su piel, sus pulmones y su ánimo, se convirtieron pronto en sus únicos amigos. El miedo a un derrumbe, a perder un brazo en un desprendimiento se paseaba por su mente mientras recorría de rodillas la distancia que se le antojaba enorme hasta la veta. Su escasa fuerza física quedaba compensada con las ganas de sacar adelante a su hijo. Tras una jornada extenuante, al sentirle entre sus brazos de nuevo, pensó que su sacrificio valía la pena y decidió continuar, curó las ampollas de sus manos y las cicatrices de su alma y puntual cada mañana se presentó al tajo.

Más de un mes, ya habían pasado cuarenta días cuando sus compañeros decidieron apodarlo «el mudo», quizá si hubieran buscado en su mirada de cielo de verano, habrían encontrado todas las palabras que por miedo a ser descubierta no pronunciaba. Pero los tiznajos del carbón sobre su rostro aún

añado le proporcionaban un maquillaje perfecto, el pecho comprimido tras una venda y los trasquilones que dejaron los bucles de su hermosa melena tirados en el suelo, completaban el camuflaje necesario para que una madre soltera como ella pudiera sacar adelante a su hijo.

ACCÉSIT JOVEN 2010

LAURA GONZÁLEZ TIRADOR

EL GATO DEL ASTRONAUTA

Mi gato ha desaparecido. O mejor dicho me ha abandonado. Quizás ya no me quería, o quizás, haya muerto en alguna esquina. Intenté buscarlo durante semanas pero no apareció por ninguna parte. Ese gato había vivido 17 años conmigo y me costaba asimilar que no fuese a volver. Mientras cenaba ahora solo en mi apartamento intentaba recordar el nombre que le había puesto cuando me lo regalaron. Aunque no conseguía dar con el dichoso nombre sí recordaba perfectamente las dos cosas más importantes que quería por aquel entonces: la primera, un gato; la segunda, ser astronauta. Ahora, soy minero. Bien visto no hay tanta diferencia. Mi amigo Perico quería ser marinero y ahora también trabaja en la mina conmigo. ¿Saben lo que tienen en común los astronautas, marineros y mineros? Si lo piensan bien todos pierden el contacto con la realidad y esto les hace profundamente supersticiosos. A unos les amenaza el cielo a otros el océano y a nosotros la tierra. Todos pueden llegar a ser devorados si se descuidan. A este tipo de hombres les cuesta mantener la sanidad mental y corren el riesgo de perder la razón alejados de su mundo. Un minero como yo debería aclarar que hay una enorme diferencia entre tener los pies sobre la tierra y tener la cabeza debajo de ella. La oscuridad, el aire, el silencio y tu propia respiración pueden confundirte los cables en más de una ocasión. Pero ¿qué sería nuestra vida de mineros sin los buenos compañeros? Ellos siempre están ahí para recordarte en los descansos quién ganó el partido de ayer o lo buena que está la nueva novia del ingeniero. A la hora del almuerzo subo de nivel a recoger a Perico, con quien siempre comparto mi comida porque su mujer lo dejó y el no sabe cocinar. A veces hablamos, a veces no.

Un buen día trabajando en mi mina de turquesas a 157 metros de profundidad lo vi. Estaba allí mirándome trabajar desde la manta donde posaba mis herramientas de trabajo. Yo sabía que era totalmente imposible que estuviera ahí. ¿Cómo había entrado en la mina? No, no y no. Tenía que ser un producto de mi imaginación. No puedo negar que en un principio me turbó bastante

la situación. Pero el animal actuaba igual que mi gato. Ahora su pelaje blanco contrastaba con la negrura de las paredes y su ronroneo era suavemente audible también a través de su eco. El gato ya no era real ni no real. Simplemente estaba allí. Comía de mi comida, dormía entre mi ropa y se enroscaba caprichosamente en mis piernas en busca de algo de atención. Un buen día me entró tanto sueño que tuve que recostarme. Me apoye contra una viga y dejé que mi gato se subiera con agilidad a mi regazo. Le acariciaba ahora detrás de las orejas mientras se me iban cerrando los ojos. Sólo serían algunos minutos. Escuché ruido de pisadas. Alguien venía y tenía que despertar rápido. Entonces recordé el nombre de mi gato. ¡Sí! ¡Eso es! ¡Cómo pude olvidarlo!

—¿Perico, qué haces aquí? ¿Me olvidé la fiambra?

—¡Hijo de la grandísima puta! ¡Quita ahora mismo tus cochinas manos de mi mujer!

ACCÉSIT TESTIMONIO HISTÓRICO 2010

DAVID FERNÁNDEZ TAMAYO

OCTUBRE

La tierra como una fracción de su alma. Las palabras del patrón fueron la barrena que hizo explosión en todos. La reducción del salario. Luego la huelga y todos nos acordamos cómo acabaron las demás, o nada, o promesas que nunca se concretaron. Pero esta vez se han tomado las armas. El Comité Ejecutivo de la Alianza Obrera ha decretado la República Socialista Asturiana. Gerardo no ambiciona más que una mejor vida para los suyos. Gerardo no sabe leer pero conoce las letras de las proclamas. Y conoce su historia. Y la de sus compañeros. Las profundas entrañas de la tierra como paradigma sombrío del resto de su existencia. Él mismo conoce a Graciano Antuña, un hombre de ideas. Solo sabe que dice verdades como puños y por ello lo ha seguido, pero ahora no está allí, sino con un puñado de compañeros, observando las púas de un tenebroso animal al otro lado de la colina, mientras, en la propia entrada de la mina, él y sus camaradas se atrincheran.

—Estáis rodeados —brama la voz de un capitán—. Si antes de que se ponga el sol no habéis depuesto las armas y os habéis rendido, iremos contra vosotros sin tregua, ni perdón.

Algún compañero duda. Otro, más valentón, cita sin conocimiento a los espartanos en las Termópilas: «Si queréis las armas, venid a por ellas». Tras las voces se produce un tiroteo, como una breve tormenta en la que gotea sangre, en lugar de lluvia. Santa Bárbara bendita ha caído al lado suyo, el que los ha desafiado. Imprudente, las voces se dan tras la barricada, no se sube uno a exponerse inútilmente. La mirada del joven Arturín, como de que hacemos está de más, pues aguantar coño, que nadie ha dicho que la revolución sea un paseo de domingo. Pero son las tropas regulares de Marruecos, a esos les da lo mismo matar moros que paisanos.

Octubre, negro como el carbón y salpicado de sangre. La otra gran revolución. Los soldados cada vez son más y cada vez están más cerca. Y ellos son

sólo mineros y cada vez tienen menos munición. En realidad, prácticamente ninguna.

—Yo les espero con la dinamita y cuando llegue me exploto con ellos —
suena una voz, esta vez tras la barricada.

La desesperación. La suerte no será muy benévola con los que se dejen coger, aunque se rindan antes de la caída del sol. Quién me mandaría meterme en esto teniendo mujer e hijos. Ahora lo pienso. Qué ingenuos. Habían hasta ovacionado a Pichalatu cuando mandó fusilar a ocho por traidores de la revolución. Qué inútiles las muertes. Igual que la suya. Cierra los ojos. Tiene demasiados recuerdos para tan escaso tiempo. Le parece escuchar los jadeos de un marroquí que corre hacia él. A la bayoneta. Ni siquiera gasta una bala. La luz se va, como una nube densa de carbón, y le parece escupir los silicatos mientras se encuentra de rodillas. La entrada a la mina es a las ocho. Gerardo no volverá a bajar.

ACCÉSIT ASTURIANU 2010

ALBERTO CARRIO SAMPEDRO

TEXEDORA DE SUAÑOS

Faltáben-y unes puntaes por dar pero nun hebo tiempu. Fízose de nueche mui ceo. Magar que tenía los güeyos avezaos a la escuridá yá nun-y daben pa menudencies. Posó la colcha en cestu y levantóse a mirar pel ventanu la cocina. Taba'l cielu rasu. Nel prau temblaba'l xelu reflexando'l brillu les estre-lles. Facía frío, munchu frío. El creciente de payares taba yá casi enteru y les solombres de les castañales pelaes truxéron-y al recuerdu pantasmes d'otros tiempos.

Punxo a calecer un cacín con vinu y figos pasos na chapa. Xorrascó un pocoñín el fuéu y sentóse nel escañu a lleer el papel. Les lluces azulaes de les camionetes que xubíen y baxaben pel caleyón metíense dacuandu pente los visillos cafiando dientro la cocina. Echó'l vinu nun concu y dexó los figos en cazu. Punxo más a calecer. Volvió a asomase al ventanu. Había dos camiones de los guardies aparaes delante l'horro. Andaríen atapecíos pela mata, a la gueta de los que vinieren del pozu per Sarabia.

Xubiere a L'Arquera a media mañana, namás enterase de lo del castillete. Diez años, pensó mentres escuchaba a Tino Chimenea contar que los figareos se negaren en reondo a negociar el pieslle y Ino perdiere la pacencia. Garró a don José María pela pechera y ente elli y los otros tres xubiérenlu castillete arriba como a un rachu.

Diez años que nun pisaba la plaza la maera. Diba una década que tirare pela caña'l pozu la llave de la ilusión dempués de qu'aquel derrabe que mató a Salva-y trancare pa siempres la puerta. Diéron-y tierra polo civil, como a la responsabilidá de La Empresa. Vieno dempués el tiempu del vinu, de la soledá y el silenciu. Llamárenla a les oficines. Diéron-y primero el pésame, dempués, como davezu, los conseys. Magar que siempres fuere una muyer difícil teníen-y apreciu. El mayor confundió a Dios col sufrimiento y a la muerte cola redención de les penes. Fizo con ella memoria del primer home que perdió

nel monte, de la nena que-y llevó la colitis, del probe Salva, tan neciu políticamente como bon mineru. El pequeñu faló d'una dómina azul qu'a ella siempre-y abultó un pretéritu imperfectu. Pidiéron-y que-yos pidiere; daqué podríen facer por ella. Toles muyeres que nella había: la ñeta'l gocheru sordu, la fía ensin padre del ama de cría d'aquellos inxenieros, la madre escosa de vida; punxérense en pie con María, la obrera qu'echare la vida separtando ñates nos lavaeros de carbón. Mirolos a los güeyos y pidió-yos que-y ficieren la cuenta.

La plaza taba yá tremada de grises. Nun pudo falar colos del castillete. Mandó-yos recáu por Chimenea de que lu baxaren, qu'aquello nun pagaba la pena. De xuru que'l señoritu ya deprendiere qu'entá había un pasu ente la llamuerga na que vive y el cielo que lu espera. Dio media vuelta y empobinó pa casa.

Arimada a la cocina bebió'l vinu que quedaba en cazu, sentóse nel escañu y tapóse cola colchina. Sintió'l motor de les camionetes. Tenía los güeyos tan avezaos a la escuridá que-y chocó aquella lluz tan blanco qu'inundaba la cocina. Faltáben-y unes puntaes por dar pero nun hebo tiempu. ¡Mama! Sintió del otru llau de la lluz. Llamábala la nena.

VIII EDICIÓN

2011



Visita al interior del Pozo Nicolasa. Mieres. Asturias. 2020

GANADORA 2011

ELIA DEMBILIO MEZQUITA

LA LUZ DE EMERGENCIA

Mientras mi hija me daba un último vistazo antes de bajar del coche para verificar que estaba impecable, un relámpago serpenteó el cielo color plomizo. A pesar del infame día, el pequeño comedor estaba casi lleno: varias parejas, algunos hombres de negocios (o al menos con traje) y otra familia que, como nosotros, celebraba algo.

Estábamos saboreando los primeros entrantes, de largo nombre y escueta apariencia, cuando un estrepitoso trueno hizo enmudecer la sala. En el silencio, la luz parpadeó un segundo antes de esfumarse y dejarnos sumidos en una negrura tan sólo aderezada por las tenues lucecitas de emergencia. Y así, de repente, en esa semioscuridad accidental, descubrí unos ojos que me miraban fijamente y que no me resultaban en absoluto ajenos.

Antes de que mi hija hubiera podido protestar, me había levantado hacia la mesa vecina en busca de esos ojos nonagenarios. Y allí estábamos los dos, frente a frente, en una iluminación tenue, casi olvidada, que antaño había guiado durante mucho tiempo nuestro mundo de sombras. Muchas más arrugas y menos pelo, pero en definitiva, el mismo rostro en claroscuro que tantas veces había visto a la luz del candil, los mismos ojos vivaces... Ismael.

Mi mente empezó a volar muy lejos en el tiempo, en el espacio. Durante un instante volví a sentir el peso de la penumbra, el aire viciado, el tiempo ralentizado... Recordé a la perfección el día que, juntos y siendo unos chavales, entramos a trabajar en la mina. El orgullo de sentirnos hombres nos duró lo que el viaje en la jaula hasta las entrañas de la tierra. Pero era lo que había, el trabajo de la región, lo que tocaba.

Todos empezábamos jóvenes, repartiendo agua a los mineros para familiarizarnos con ese submundo y, al tiempo, cada uno se dedicaba a una cosa. Ismael y yo estuvimos mucho tiempo en la misma cuadrilla, trabajando a des-

tajo en la extracción de lignito para que el salario del día cundiera, y encomendándonos a Santa Bárbara para que no nos pasara nada.

Un sinfín de rostros perdidos y casi olvidados, tiznados y con boina, desfilaron ante mis ojos: Agustín “el Calzones”, un buenazo que vivía a la sombra de su tiránica mujer y que trabajaba codo con codo con nosotros en el tajo; Isidoro “Maldeamores”, entibador, tan feo que hasta costaba mirarlo, y soltero muy a su pesar; Miguelito “el Frentes”, que iba siempre con la vagoneta arriba y abajo; Cosme y Rafael, un par de gemelos que iban al estéril... En definitiva, una familia de afanosas hormigas en sus túneles, perforando y triturando los entresijos de la tierra.

Tal y como se fue, la luz volvió de repente. Ensimismado en mis añejos pensamientos, no supe cuánto tiempo habíamos estado así. Miré de nuevo el rostro de Ismael para descubrir que, a plena luz, tenía ante mí a un perfecto y plisado desconocido.

Creo que ambos pensábamos lo mismo, aunque ya no importaba.

ACCÉSIT JOVEN 2011

ANA RODRÍGUEZ SUÁREZ

UNA ILUSIÓN, UN DESALIENTO

Cada vez que yo lo veía sentía que quería ser como él, que yo también quería estar los días enteros buscando la negra piedra, que yo también quería vivir de ello, que quería formar una familia y trabajar en la mina para poder alimentarla, que yo también me haría un hombre. Sí, pronto me haría mayor, en poco tiempo podría ser como él. Mi padre era la persona que más admiraba en el mundo, y tras él su trabajo. Yo también quería demostrarle al mundo que valía, que yo era útil y que mi trabajo servía de mucho. Cada día que pasaba me sentía más cerca de la meta. Cada vez que miraba mis manos en mi mente las transformaba en unas manos sucias, llenas de callos y heridas y con uñas descuidadas. Por mucho que se rieran de mí, de lo que quería ser, por mucho que me dijeran que pronto me cambiarían por una máquina, que la electricidad y el petróleo se abrirían paso ante mí, nunca me importó. Yo sabía que había nacido para ello, que este era mi oficio, que mis manos eran mi herramienta y la mina mi casa. Todos los días, nada más levantarme me asomaba a la ventana y tras cruzar con la vista el Nalón podía ver la mina, podía palpar mi realidad y pensar, *sí pronto seré como él, ya queda menos.*

Y después de tanto tiempo no he conseguido ser minero, solo soy guía, pero lo que más me duele de todo es pensar que mis crueles compañeros de clase tenían razón; el petróleo y la electricidad se han abierto paso ante mí, ya no hay apenas cocinas de carbón, mi mina ya no existe y la escombrera donde yo iba a buscar a mi padre para el almuerzo ha sido reemplazada por un museo, del que ahora soy guía.

I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII
XIV
XV
XVI
XVII
XVIII
XIX
XX

IX
VIII
VII
VI
V
IV
III
II
I



ACCÉSIT ASTURIANU 2011

GABINO BUSTO HEVIA

CHAMICERUCA

*a Lola Hevia, mio ma, que de moza toco-y
facer de carbonera en Llangréu*

Eso ye lo que saqué de la Guerra: quedar viuda y con tres fíes. Y como'l mio home yera de los roxos, nun me daben trabayu en nengún sitiú. Aquelles neñes pidiéndome un cuernín de pan y yo: "Prendines, si nun tengo ná que davos...". Y nestes, un día que taba a la gueta nel monte, topo un furacu bien fondu, y allá voi de culu, que nun sé cómo nun me maté. El casu ye que lleigo a casa acoxando y les mis fíes, namás veme: "Á ma, ¿ónde tuvisti, que vienes toa manchada?". Y yera verdá: la cara, les manes, la saya... toes prietes, prietes de carbón.

Aquello del furacu calentóme la cabeza. ¡Un güecu nel monte enllenu carbón y les mis fíes y yo con fame! Viénoseme a la memoria tolo que me contaben mio pá y el mio home, picadores: que si dieren tira na sesta, que si aquella veta dábase bien, que si esto, que si aquello... La cosa ye que voi yo, llamo a Reme y Elvi, dígo-yos que m'esperen a l'escurecer y sin esplica-yos ná, metémonos nel monte y plantámonos na boca'l furacu. Elles que me ven quitar el vistíu y quedame cola camiseta y los pantalones del mio home, qu'en paz descansen; elles que me ven prender el candil, meter un sacu en bolsu, amarrar una cuerda a la castañal, enganchar la regadera y la pala, y baxar pel boquete... Nun yeren a creelo. Y al pocu, ya taba yo dientro'l furacu y col candil al llau, zis-zas, zis-zas, en menos que canta un gallu, tenía'l sacu enllenu carbón, y yo: "¡Reme, Elvi, tirái fuerte, que sal el sacu!". Y detrás, esguilando, prieta como un zapatu, la que salía yera yo.

Lo qu'había qu'andar yera con munchu güeyu. Polos guardes xuraos. Y tamién polos tricornios, que patrullaben pel monte de nueche, a la gueta los fugaos. ¿Picadora? ¡Picaba tanto como un home o más! Si hasta empezaron a llamame Chamiceruca. Y nun sé si yera pola fame de les mis fiyines o ye

qu'había que trabayar rápido por si les mosques, que lo de picar y pañar carbón dábaseme de maraviya. Tenía arte pa ello. Y brazu tamién. Que sin brazu, col carbón, nun faes ná. ¡Ai, muncho piqué!

Y al pocu de too esto, toi nel llavaderu, y siento voces y glayíos, y venga pasar xente asustao corriendo pa la bocamina. “¿Qué ye lo que pasa, rapaz?”, entrúgo-y a ún. Y él: “Un derrabe nel chamizu; tán atrapaos tres”. Entós quedé cavilando. Y pasó una selmana y aquéllos sin salir, y sin sacalos. Y yo venga cavar, que claro, nun les tenía toes conmigo, nun fuera pal chamizu y acabara metiéndome nun trafullu. Pero nun aguanté más. Enantes que dieran les diez yá taba yo xunto al furacu. Ato la cuerda y p'abaxo como un tiru col candil na mano y la regadera y la pala nel cintu. Y doi zapatu y sí, lo que me figuraba, nel octavu, ellí taba'l fregáu, pero entrando pel boquete'l monte, muncho más afayadizu de furar que per otros llaos. Y púnxime a trabayar con arte. Darréu. ¡Igual que si picara pa matar la fame! Y furo y furo; y tiro de pala; y doi pataes a les piedras, y quito mampostes coles manes, ¡mecagonallechiquemamé!, ¡hostiesenvinagre!, ¡mecagonaputamuerte!, y venga; y a les cuatro o cinco hores, sal d'ente'l polvu'l primer mineru, un guah.e asustáu; y llueu, ente tusíos, medio afogáu, l'otru, y dempués, l'otru. Y agora canto-yos a los mios nietos: “Si tán vivos ye / gracias a la fame que pasé / y a un furacu que atopé”.

IX EDICIÓN

2012



Manifestación del 1 de mayo en Langreo. Asturias. 2018

GANADORA 2012

MARA MERONI

¡MADRID OBRERO, SALUDA A LOS MINEROS!

La multitud se agita, se mueve después de horas de espera, se respira un a alegría profunda y hay algo mágico en la atmósfera. Hace una noche de verano preciosa, de esas noches madrileñas que no se pueden explicar si no se ha tenido la suerte de verlas, con esta luna llena que broncea de plata todo lo que toca. A lo lejos, el faro de Moncloa, con su luz blanca y su extraña forma, parece el casco de un minero con la linterna encendida en la oscuridad. Desde su altura y acostumbrado a vigilar el cansino movimiento del tráfico, seguramente disfruta de una imagen única esta noche, una imagen que parece sacada de otra época. Banderas rojas, himnos y consignas revolucionarias, gente que se agolpa bajo un Arco del Triunfo que nos devuelve a la memoria nuestra derrota. La histeria nos invade. «¡Que vienen!», se oye pasar de boca en boca. Otra vez el movimiento balanceante; somos olas de una mar humana. De repente llega alguien que nos hace retroceder. Se ha creado un pasillo por donde pasan coches, y más coches... todo es confusión. Me siento emocionada, parece que de golpe estoy dentro de estas fotos míticas, Fausto Coppi en el medio de una mancha humana subiendo el Alpe d'Huez, que mi abuelo conserva con cariño y le hace cerrar los ojos y sonreír a pesar de todos sus males. Pero no es la caravana del Tour de France lo que está llegando, ni es un concierto de los Beatles, tampoco el desfile de la Selección Española. Como el milagro bíblico, la marea humana se abre, se divide, deja un espacio libre, pero en vez de Moisés y los hebreos, aparecen ellos: han llegado los mineros. Pasan en medio del mar de gente dividido y les queremos mirar de cerca, tocarles, darles nuestro apoyo. Gritamos, exultamos, con el puño en alto y sonriéndoles, llorando, queremos que sepan que agradecemos su marcha, necesitamos su lucha, para despertarnos y desperezarnos de nuestras precarias, pero cómodas vidas. Al final el grisú ha afectado a todos los trabajadores, drogándonos y haciéndonos creer en la ilusión de formar parte de una clase distinta a la clase obrera, este simulacro que llaman clase media. Por eso

necesitamos esta vuelta a la realidad, esta valentía de luchar por un porvenir mejor, este cubo de agua gélida en la cara que nos despierte de nuestro coma posmoderno. Los mineros son nuestra vanguardia, pero todos somos del mismo ejército. No nos importa que nos digan que las ideologías han muerto, que ya no hay clases, y que la minería es un trabajo de un mundo que ya no existe. Aquí estamos reunidos, fraternamente abrazados con desconocidos de todas las edades, todos cantando al unísono con un nudo en la garganta *La Internacional*. La gente se dispersa y yo regreso a casa tarareando en voz baja *Santa Bárbara Bendita, tranlaralará...* Los mineros siguen su curso, bajan por Princesa, dirección a Sol. Ya en la cama fantaseo imaginando la escena que se habrá vivido en el salón del Palacio de Liria. Los burgueses, entretenidos en su sobremesa, se sorprenderán del ruido que llega de la calle y, como recién salidos de una novela de Zola, decidirán temblando correr sus lujosas cortinas y apagar las luces para que los huelguistas no noten su presencia. De repente, son ellos los que quisieran estar bajo tierra. La luz de una linterna o tal vez la de la justicia, tarde o temprano los descubrirán. Esta noche no todo el mundo va a dormir tranquilo.

ACCÉSIT JOVEN 2012

ALICIA CALVO PANERA

LOS DÍAS DEL CARBÓN

Olga sube al desván. Allí empieza todo: carruseles, vagones, risas, estrellas y otros mundos. Un lobo muy negro, de lomo azabache carbón, la lleva a paisajes soñados y reales. Hoy papá no viene, está malo: tiene escamas en los pulmones y a veces tose mucho, y aunque Olga se pone triste, sabe que papá es fuerte. Juntos han viajado tan lejos como han podido, sin salir siquiera del pueblo. Papá ha bajado a la mina durante veinte años ya. Cuando llegó Olga, casi por sorpresa, se sentía viejo y miedoso: ¿cómo un tipo como él, tan llano, a veces tan áspero, con las manos entregadas a los martillos y a las máquinas, iba a poder sujetar un bebé, alimentarlo, cuidarlo y divertirlo? Pero Olga le enseñó sin querer a querer. Excavar pozos le había parecido siempre una de las tareas más duras, pero también de las más gratificantes; picar por picar puede hacerlo cualquiera, pero rastrear una veta, reventar la roca, son la magia de la minería. Olga le enseñó que ser padre es casi tan duro como picar a mano. Paciencia y tesón no bastan, la niña no se duerme, es como una veta peleona, sólo que no entiende de voces ni se puede pedir ayuda.

Olga aprovecha que papá no está para ponerse su casco e iluminar con el bulbo ocre la noche cerrada. Se han inventado un país de animales, donde cada uno se camufla con la naturaleza: el lobo, su preferido, con la roca oscura de la hondura de la montaña. Sapos, jabalíes, tordos, se transforman en nueces, en nidos, en hojas. También hay animales exóticos e inventados, pero a Olga le gustan los que la rodean. Cuando va a clase, ve a los feos sapos saltar al río con un sonido sordo y cómico; cuando va a buscar a papá al bar, mira al jabalí a los vidriosos ojos, se asusta un poco y tira de la manga a su padre para salir cuanto antes. Los tordos son los pájaros que rodean a veces la mina, pero ella no puede ir allí; cuando se escaquea, disfruta de su aventura en compañía de los más discretos de los pájaros, esos tordos felices. Pero el lobo es el más fascinante, decía, porque su papá se ha empeñado en ello; quemando a temperatura constante, según la dureza de la madera, permite obtener un car-

boncillo, la golosa y engorrosa herramienta del dibujante iniciado. Papá no es un maestro, pero se las ha apañado para convertir los primeros manchurrones en lobos con ojos color cereza. El lobo es el coraje: aleja el miedo cuando nieva fuerte, cuando Olga tiene catarro, cuando papá tiene sus catarros fuertes, como él los llama. El lobo es un abrazo cálido cuando un *nenó* le ha sacado la lengua en la escuela, cuando pasan días y semanas y papá no tiene trabajo y no sabe si volverán a llamarlo a la mina, y entonces se va al bar y de allí no lo arranca nadie.

Baja las escaleras con tiento y recorre el pasillo en el que tantas veces han jugado. Con una manta negra deshilachada han creado un pasadizo, y sólo sus manos entrelazadas garantizan que todo irá bien. Pasan miedo, emoción, un hormigueo que es la segunda infancia de papá junto a la primera de Olga. Bienaventurados los niños, que curarán las heridas de los padres. Otro de sus cabos de unión son los reyes magos, porque papá es Baltasar, tiznado de negro. Al principio, no literalmente, pero verlo subir de las galerías como un deshollinador dio la idea a algunas madres del pueblo. Además, con lo robusto que era, tenía planta de sobra.

Hoy papá no se encuentra muy bien, así que Olga le llevará al hospital un dibujo, un trozo de carbón dulce y una gran sonrisa. Y todo estará bien, y las escamas en los pulmones se irán, y subirán al desván mañana, y no se irán nunca de allí, porque el mundo brilla más así. Y sobre todo, Olga no se olvidará de que la realidad, a veces con su crueldad incomprensible, jamás le partirá el corazón, porque todo lo bueno lo ha soñado despierta, junto a su padre y los días del carbón.

ACCÉSIT TESTIMONIO HISTÓRICO 2012

CHARO CUBA PENABAD

EXILIOS

Manuel persiguió al enemigo sin respiro, batalla tras batalla, hasta obligarle a cruzar los Pirineos, exhausto y desarmado.

La victoria fue amarga. Volvió a casa con más de una abolladura en el alma y se afanó en el trabajo para conjurar las sombras de la memoria.

Veinte años después, metió en una maleta de castaño todas sus frustraciones y sus anhelos y caminó por el mapa dos mil kilómetros cara al norte.

Martín ya estaba allí. Había llegado desde Mieres, veinte años atrás, extenuado e inerme. A él, que había luchado en la Revolución de Asturias, bregado duramente en el pozo de El Barredo, que había cruzado España a pie y había formado parte de la División Leclerc, aquel trabajo de construir casitas para los burgueses gabachos le dejaba un poso de amargura.

Vio que al recién llegado tampoco le lucía mucho el pelo. Le echó una mano, para trasladarle las órdenes del patrón, que Manuel aun no podía entender. Hablaron, mientras manejaban la garlopa y el esparavel. Con el tiempo, fueron viendo que habían coincidido en fechas y lugares:

—¿Asturias?

—¡Sí!

—¿El Ebro?

—¡Sí!

—¿Belchite?

—¡También!

Martín era generoso. Comprendía que la vida, que les había colocado en bandos enemigos, les había vuelto a juntar en la necesidad. Invitó a Manuel a ver la película *Mourir à Madrid* y ese día le presentó a muchos de sus ca-

maradas. Incluso a Cipriano Mera, que había venido al estreno desde París. Manuel estaba fascinado y a pesar de estar lejos de casa, se encontraba a gusto entre aquella gente solidaria y cordial.

Aquel día, emprendieron otra guerra, dialéctica y fraterna, que duraría cuarenta años más.

—Te perseguí hasta la madriguera.

—Pues para ser vencedor, te veo bien jodido.

—Mira que llamarle Floreal a un hijo; eso no es cristiano.

—Pues anda que tú ¡la alegría de la huerta! ¡Ponerle a tu hija Dolores!

A veces, durante el trabajo, Martín canturreaba por lo bajo, mirando de reojo hacia su compañero:

uhp murieron muchos mineros

bajo las balas traidoras

de esos canallas del tercio.

Manuel sonreía, imperturbable.

El día que Floreal y Lolita se casaron, los dos amigos sintieron que le habían ganado un pulso al destino.

ACCÉSIT ASTURIANU 2012

RUBÉN REY MENÉNDEZ

L'ESBARRUMBU

Lo peor según me dixo nun foi ver morrer a tres compañeros aplastaos polos morrillos y los maderos. Entós tovía tenía dalgo polo que lluchar. Un cuartu home, Xuan el de Sama, quedó malferíu y él, que salió cási que ilesu, tuvo qu'arrastralu un bon pedazu hasta que-y parció taben seguros. Lo peor, confesóme cola tiesta baxa, tampoco foi el sentir los llamentos seliquinos pero continuaos d'aquel homón qu'enxamás se quexaba por nada. «*Tuvieron a pique d'alloríame, eso sí*». Dexólu un pocu solu mentes buscaba dalguna manera de comunicase colos de fuera; mentes s'averaba a ver si sentía picar al otru llau l'esbarrumbu; mentes, tamién, descansaba d'aquel ruíu que facía Xuan y que se metía polos oyíos hasta'l celebru pa quedase ellí sonando ensin parar un momentu. De sópitu, asina mesmo lo dixo él, sintió un ruíu mui grande. Diz que tardó lo menos diez minutos en dase cuenta, y eso ye lo que más-y pesa non tanto como habelu dexáu solu, de que'l ruíu nun yera tal. Yera la so ausencia lo que taba sintiendo. Cuando foi allá corriendo Xuan ya taba muertu. De poco me valió dicí-y que nada pudiera facer anque tuviera ellí. «Acompañalu» dixo y ante eso nun pude más que callar y dexar que rumiara aquel esmolecimientu enantes de seguir falando.

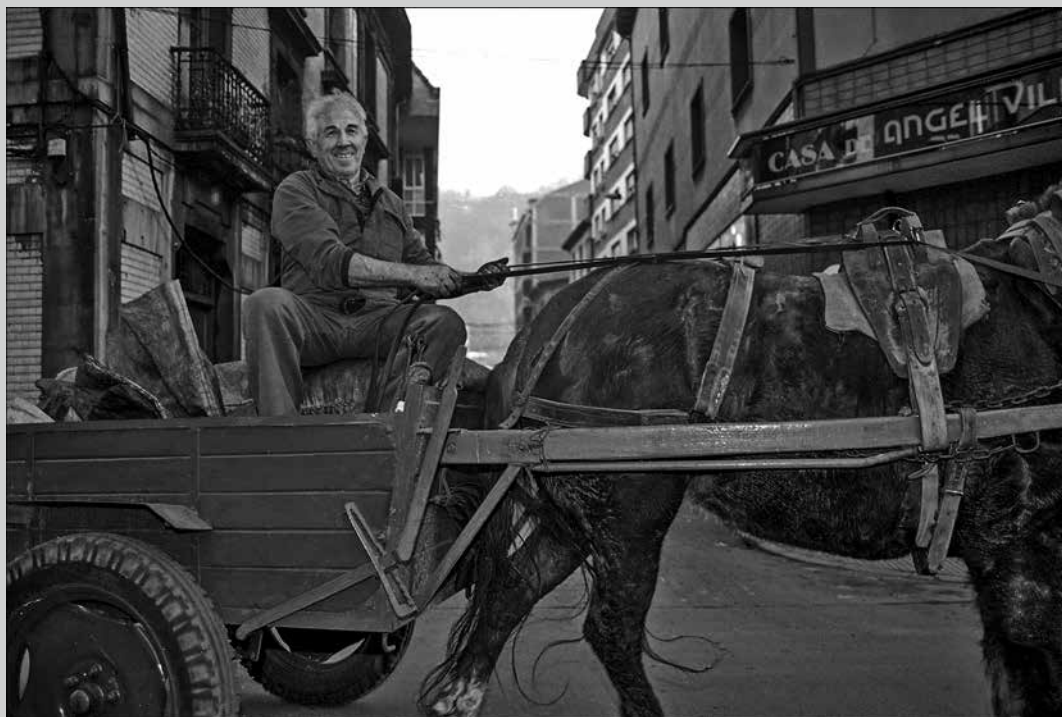
Lo peor camentó entós que ya pasara. «*¿Qué podía haber peor que se te morriera un compañeru a la vera y que nin siquieru tuvieras con él nel so caberu aliendu?*» Pero, como pudo pescanciar, había coses peores. Como pasar la nueche solu con un calabre. Yo nun entendía que tenía que ver que fuera de nueche o de día ellí abaxu, no más fondu de la civilización onde enxamás entraba la lluz del sol. Nun supo esplicame bien, «*dalgo psicolóxicu*». El reló tenía muncho que ver, y non solo pa distinguir el día de la nueche; según pasaben les hores la posibilidá de la muerte propia diba garrando cuerpu. Sabía que cuanto más tiempu pasara menos oportunidaes tendría. Empezó entós a falta-y l'aire y, anque hasta esi momentu nel que foi consciente de la so posible falta nada notara, entamó a respirar despaciu como si asina pudiera dir dosifi-

cándolu. «*Ehí perdí la cabeza*». Enseñóme los deos: tenía toles uñes esfarrapaes y prietes como les piedras que quixera arrancar con elles. Por embargu, esa lloriada que bastaría pa dexar tresvoláu a cualquiera nun pudo con él. «*Quedé tan mayáu que tumbeme en suelu y escomencié a lloramicar como un nenu hasta que quedé dormíu*». Cuando a la fin esconsonó parció-y sentir un ruíu mui cerca y esos minutos fueron de los peores. Dempués de lo de Xuan nun s'enfotaba un res de los sos sentíos. Nun sabía si sería verdá o sería too cosa del so maxín. Hasta que nun vio la lluz de la llámpara d'un compañeru asomar nun foi quien a aposentase. Abrazólu entós como'l náufragu al made-ru que lu fai flotar; son pallabres d'él.

Fueron sacando a los cuatro calabres mientres él comía y bebía dalgo y el mélicu diba tomando-y la tensión. Cuando taben metiendo a Xuan na xaula mandó-yos esperar; quería xubir con él pa «*nun dexalu solu otra vuelta*». Pero al llegar arriba, ehí sí que foi lo peor. Camentaba que ya pasara tolo malu que tenía que pasar. «*¡Qué equivocáu taba! Enxamás no que me queda de vida escaeceré la mirada de la muyer de Xuan mientres la mio familia corría a besame y abrazame*».

X EDICIÓN

2013



Venta ambulante de carbón. Langreo. Asturias. 1995

GANADORA 2013

MARÍA JOSÉ REGALADO BLANCO

LA BURRA

A mi hermano Tito

El tramo estaba siendo especialmente duro. Con una pierna apoyada en alto, Avelino siguió picando, agarrando el madero con fuerza, mientras intentaba encontrar la postura adecuada para mitigar el dolor cada vez más punzante que llamaba insistentemente en la parte baja de su espalda y que, como un eco indeseado, descendía por su extremidad izquierda, adormeciéndola un poco. Acabó y cargaron la hulla en el vagón. Pudo ver a la burra Hermosa alejarse cansinamente con la pesada carga en medio de la luz aceitosa de los candiles diseminados por el pozo y de una calígne persistente de carbón. Cada vez se le marcaban más los huesos al pobre animal y llevaba una semana mirándole lastimeramente la comida a la hora del almuerzo. Un día, en un descuido, incluso había conseguido darle un desesperado lametazo a la boroña que le había preparado su mujer, Tina. Sonriendo, Avelino pensó en Tina esa misma mañana, haciéndole el bocadillo, en la cocina, de espaldas, la fresca y blanca mejilla asomando entre su pelo de fuego (que ella decía airadamente que era rubio, cuando él fingía mofarse de su color y que, en realidad, tanto le gustaba). Después, arriba, mientras estaba fumando un poco de picadura cerca del castillete, la había visto pasar de camino al economato, los andares ligeros y el pálido rostro arrebolado, y tocando con el codo a su compañero, tan cubierto de negrura como él, le había vociferado una picardía cualquiera. Ella se había girado indignada y había acelerado el paso. No lo había reconocido y ya saboreaba por anticipado su sorpresa cuando llegara a la aldea y le dijera que había sido él. No se lo contaría enseguida, así se reiría un poco a su costa. Luego ella se acabaría riendo también y seguramente le azotaría en el trasero con el paño de cocinar.

Llegó el momento de la comida, en el que el ruido de los picos y del metal chirriante sobre los raíles era sustituido por el sonido quedo de decenas de bocas masticando y bebiendo. Ni siquiera se dio cuenta de que la burra estaba

cerca y, casi en un segundo, su bocadillo desapareció entre las enormes mandíbulas de Hermosa. Por un instante, se le pasó por la cabeza descargar su ira sobre el lomo del animal, pero su larga y vidriosa mirada lo disuadió. En un arranque, dejando atrás las risas de sus compañeros rebotando en la galería, subió al despacho del ingeniero con el semblante ardiendo de vergüenza disfrazada de enojo, y avanzando directo hacia su mesa, clavó de un golpe su puño entre un montón de papeles. Un tintero cayó y cubrió parcialmente un plano, dejándolo completamente ilegible. «¡Dadle de comer a la burra, ostia!» —exigió—. El jefe pudo ver dos ojos blancos amenazadores en una cara completamente negra y se echó hacia atrás en la silla, instintivamente. Avelino se giró y atravesó la puerta con aparente decisión, aunque un reguero de sudor que le cruzaba el mentón delataba su temor a haberse excedido.

Le bajaron heno a la burra esa misma tarde. Finalizada la jornada los extenuados mineros subieron en la jaula apretados como de costumbre, con el animal en el medio. Avelino, satisfecho, tocó amorosamente la cálida y pardusca quijada de Hermosa. Fuera ya era noche cerrada y rosaba intensamente. Se quitó el casco para dejar que el cielo le calara la cabeza y deseó más que nunca llegar a casa y hundir su cara en la rojiza melena de Tina junto a la cocina de leña.

SELENA CRESPO GAREA

ACCÉSIT JOVEN 2013

SELENA CRESPO GAREA

COMO NOCHE NEGRA

La noche llama a la puerta, se le abre y entra, y la noche negra se sienta y cena. Se acuesta, y descansa.

La noche negra se va a la fuente, se lava. Y de nuevo llama, se le abre y entra. La noche negra quedó en la fuente en el agua clara, y tras la puerta un minero canta.

I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII
XIV
XV
XVI
XVII
XVIII
XIX
XX

IX
VIII
VII
VI
V
IV
III
II
I



ACCÉSIT TESTIMONIO HISTÓRICO 2013

HELENA TREXU FOMBELLA

LLOSA

A tolos homes y muyeres que pagaron cola so vida la llucha pola llibertá, la xusticia, la cultura, la verdá.

Mino percorría'l camín empobinando pa la mina como davezu tolos alborreceres denantes que'l sol separtare los visillos de la nueche. Dacuando acompañábalu l'orbayu o unes xelaes bíbliques pero qu'el aguantaba perbien. La mina La Rebaldana esperábalu a él y tamién el hermanu Armando ya entrambos, charrando, comentando coses, aportaben llueu andar quilómetros, porqu'l pozu taba en Turón y non precisamente xunto casa, n'aldeína d'Urbiés.

Nos años venti y trenta, trabayar na mina yera xugase la vida tolos díes. El probe páxaru «deteutor de grisú» interpretaba'l papel de víctima inocente nuna situación que... daquella nun había otu mediu pa controlar el gas ya asina diben les coses.

Mino yera vixilante ya Armando de primeres foi picador y dempués por méritos ascendió a capataz. Yera un home cenciellu, casáu con una muyer curiosa que davezu diba de lo más afatada, la tía Rosa.

Mino cazaba dalgo pero non como facien y faen los fartones burgueses para divertise —nun entiendo la muerte como diversión— sinón pa variar la dieta y tamién pa regalar a xente necesitao. Anque lo de so tamién yera la música y la lliteratura.

Tocaba gaita y curdión y formaba una mena bandina coles hermanes que canciaben y una d'elles tocaba pandereta. Plumiaba n'asturianu devezu y consérvase un llibru en castellán... por compromiso col mayestru: si lu tornes al castellán, va a ver la lluz.

Cuando'l 14 d'Abril de 1931 la República rescamplare enllena xusticia y fermosura, Mino sintió un respingu de felicidá. Diba finar la explotación del

fuerte sobro'l débil, medraría la cultura, l'arte, votu pa la muyer y terminaríen los abusos.

Casáu con María, una vilba xoven de la mina, foi alcalde d'Urbiés y dellos años la felicidá biltare dafechu. Masque como diz el refrán que lo bono dura poco, cuando los fascistes celebraron el branu del 36 asesinando la llibertá, los falanxistes apaecieron na casa la pareya obligándolu a quitar la bandera encarnada puesta na llosa.

Minu nun volviere pa la mina. Na aldea tenía munches simpatíes pero tamién enemigos y sabía que denantes o dempués diben a por él. Entos decidire, d'alcuertu cola familia, colar pa la Pola Siero au paez que tenía un abellugu seguru. Paecía...

Armando cayere n'Uvieu defendiendo la República y poco dempués los falanxistes, mui enfadaos porque nun llograben alcontrar a Mino, sacaron de casa al home d'una hermana, Castora, cuando ella namái facía dellos díes que pariere a Tinina. De resultes, como Rufo nun abriere boca pa dicir u taba'l cuñáu, llváronlu pa contra la muria'l cementariu ya ellí fusiláronlu. Dexare una vilba y 5 güerfanos.

Llueu d'un añu, un chivatazu empobinó a Mino pa la Modelo. Entá tuvo humor pa componer, cola música de l'habanera *La bella Lola* esti cantar: Na Modelo tienenme presu por comunista y lluchador... el testu sacólu escondíu la hermana Encarna cuando foi a velu.

A Belarmino González Álvarez rampuño-y la vida un tiru na nuca el 28 de Setiembre de 1938. Y darréu pal pozu.

ACCÉSIT ASTURIANU 2013

SERGIO MANUEL BUELGA CASAS

LA SONRISA LA GÜELA

Toles güeles tienen la zuna de conta-yos los deos de les manes a los nietos recién ñacios, p'asegurase de que nun-yos falta dengún. Ella, por embargu, punxo les gafes de ver de cerca p'acolumbrar bien daquello que-y interesaba na neña.

Había tar segura de que fuera quien pa seguir los sos pasos de muyer de la Cuenca: caltener los nervios seles cuando les nueches yeren más prietes que l'interior del pozu; gachar la tiesta al recoyer al home nel chigre, dempués de que gastara les perres la selmana en bebedizos mareantes, que-y tornarónl'aliendu frescu de cuando solteru en llamuerga de mazana, y algamar les fuercies necesaries pa poder caltener la mirada bien arriba al día siguiente; surniar les llárimes delante los críos en tardes interminables de derrabes; tragar los gritos d'impotencia énte'l políticu que-yos prometía tres años más de tayu solo si lu votaben y delante'l palmeru'l sindicatu que-yos obligaba a faelo o, si non, yá s'enteraríen...

Había ser fuerte por si'l padre nun llegaba al finar el turnu.

Había ser fuerte por si'l home nun yera quien a garrar la xaula.

Y había ser fuerte p'aguantar les ganes d'abrir la tierra pela metá pa pidi-y cuentos, cuando los fíos-y dixerén qu'el día de pagar tributu a la montaña llegare yá, por fin.

Ella miró pa la nieta y alcontró la manina zarrada nun puñu. «Va ser fuerte», pensó con arguyu. Col deu índiz, afalagó-y la piel sequino y tresllúcido de la manina. La neña abríola de secute y garró-y'l deu con tantu ciñu como fuercia. Ella supo, entós, que, amás, diba ser quien p'aquella vida.

Y sorrió.

I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII
XIV
XV
XVI
XVII
XVIII
XIX
XX

IX
VIII
VII
VI
V
IV
III
II
I



EL POZU
QUE NON
VA A
PESLLAR

XI EDICIÓN

2014



Monumento minero. Lievin. Francia. 1995

GANADORA 2014

LOURDES ASO TORRALBA

EL JUEGO DEL AHORCADO

Papá no para de repetir que esto es el fin. Apenas tiene ganas de jugar. Habla con mamá de cierres, reajustes y expedientes de regulación. Después mira la cazuela de patatas que hierven en la cocina económica (del carbón que saca de la mina) y se le hunden los hombros tanto que no sé si preguntarle si quiere echar una partida de cartas. Igual prefiere dibujar uno de esos leones que le salen tan bien. Lleva los dedos tan negros que no necesita lapiceros. Y menos mal, porque yo reutilizo las sobras y la señorita me regalo material porque no hay euros para comprar en las tiendas. Pruebo con una hoja de periódico, de las que recoge mamá alrededor de los contenedores y extiende en el suelo después de fregar. Me extraña mucho que papá coja un bolígrafo. «¿Sabes cómo se juega al ahorcado?» —pregunta. Mamá se enfada con él. «¡Pero qué cosas le enseñas al niño!». Papá dice que ya es hora de que aprenda. Coloca palabras como capataz, desempleo, desahucio y conforme no acierto con las vocales y consonantes, va desmembrando mi cuerpo bajo la soga, hasta que se me quedan los pies en el aire. Pierdo no sé cuantas veces seguidas antes de que me pase la mano por la cabeza y diga algo así como que lo siente mucho. Todavía falta tiempo para la cena. Marcha a tomar aire para que no lo vea llorar. Lo hace todos los días así que mamá no dice nada. Yo sé que mientras está picando carbón los pulmones se le llenan de polvo envenenado, nos lo cuenta la señorita en clase. Recojo las hojas de periódico para que mamá las reutilice para encender el carbón por la mañana. Ella pasa las patatas por el pasapurés. Suena el timbre y corro a abrir la puerta. Un señor le dice a mamá algo de papá. Dice abajo, en el árbol. Corro a mi habitación y, desde la ventana veo a papá colgado, con los pies en el aire. ¡Qué idiota! Si tenía ganas de probar la horca no debía haber hecho trampas con las partidas. Mamá no opina lo mismo. Dice que qué va a ser de nosotros ahora, sin mina, sin papá, sin dinero. Repite que es el fin. Le paso los dedos por el cuello y le digo que mejor jugamos a otra cosa.

I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII
XIV
XV
XVI
XVII
XVIII
XIX
XX

IX
VIII
VII
VI
V
IV
III
II
I



ACCÉSIT JOVEN 2014

ALICIA CALVO PANERA

LOS SURCOS EN SABERO

El sol de julio caía implacable sobre las espaldas. El bermejo círculo de ladrillo de la antigua ferrería sobresalía en el paisaje como una rueda dentada y los piornos, sin apenas rastro de sus flores azafranadas, permitían atisbar las calvas del monte desmochado. Los vecinos del pueblo se apiñaban en grupos a las puertas del museo. A un francés le había dado por venirse hace unos meses al norte a fotografiar mineros. No eran de aquí de Sabero, en la cuenca oriental, sino de la occidental, de Ponferrada y de Villablino. Tanto da; la curiosidad, mezclada con un recelo atávico, embargaba a los vecinos y sus murmullos excitados se confundían en el patio lleno de guijarros.

El fotógrafo se había comprometido a inaugurar la exposición. No llegaba. No llega: al cabo de una hora abrieron las puertas los guías y con una sonrisa amable se disculparon en nombre del francés, que finalmente no podría asistir. Redoblado el enfado, los vecinos fueron avanzando hacia la entrada, desperdigándose por la arcada de luz y ladrillo.

El aire fresco les golpeó como una mano invisible. Se acercaron indecisos a las vitrinas que custodiaban las lámparas de petróleo, mil veces vistas, mil veces encendidas en el pasado, antes de detenerse en los paneles de la exposición. Los retratos colgaban del techo como murciélagos, prendidos de un fino hilo de metal. Reconocen las miradas duras como fundidos en negro. Cada rostro allí clavado como un puñetazo arranca sonrisas en ellos y provoca respingos en ellas. No es historia, no es memoria, aquello es la vida misma, se dicen maravillados. Todo parecía magnificado: los surcos de la edad de Segundino, el peso de la juventud en Lackowski, la mirada cansada de Armando, sugerente a su pesar por el arcilloso hollín, el marcado rictus en la sonrisa solo a medias esbozada de Luis. Todos tenían nombre, por fin el minero superaba su propio estereotipo y contaba su vida en primera persona. Estas intuiciones bullían en la cabeza de los vecinos, que no sabían enunciarlas por serles tan cercanas,

tan palpables. Ya la tarde renunciaba a su tiempo para dejar paso a la noche estrellada del norte.

En septiembre, aprovechando la vuelta ciclista a España, Gonnord pudo acercarse al fin a Sabero. El verdor empieza a declinar en el valle, embargado de tibios amarillos.

—Qué alegría, compañeros del metal, compañeros del carbón —chapurreó en un castellano inevitablemente nasal mientras estrechaba la mano a algunos conocidos.

Uno de los mayores avanzó renqueante y tomó la palabra:

«Por nuestros muertos más recientes, los de la Pola. Por el cabrón de la cámara de comercio, que despidió a uno de los nuestros, a Luisito, cuando estaba en coma. Por la sentencia de muerte en este septiembre negro que huele muy mal, a cerdo concretamente, y que nos quita la última oportunidad de seguir en esto y cualquier otra oportunidad de quedarnos en la tierra. No conocemos al polaco ni al gallego, pero ya son nuestros porque son como nosotros. Somos nosotros, un pueblo poco dado a sentimentalismos, sufrido y luchador. Yo en esta exposición no encuentro paz, pero es que ya no sé con quién hacer la guerra. Antes había un patrono y los suyos a pie de mina; ahora se esconde en su chalet de la capital, detrás de las subcontratas, de los pactos, de las deudas del gobierno... Nosotros estamos donde siempre, plantando cara como siempre. He de decir que me ha sorprendido encontrarnos tan bien y que este francés nos ha retratado de miedo. Solo me queda decir que ojalá, ojalá pervivan el orgullo de la lucha y que no nos entierre la memoria. Porque aún estamos vivos.»

ACCÉSIT TESTIMONIO HISTÓRICO 2014

MIGUEL ÁNGEL COLLADO AGUILAR

EMPEZABA A REFRESCAR. UNA HISTORIA REAL

Ya empezaba a refrescar, era el 3 octubre de 1938 y el calor que castigaba a aquel pueblo minero durante los meses de verano iba arreciando. Eran las nueve de la noche y la oscuridad era dueña de las calles de Nerva; de unas calles que seguían llorando en silencio a los 1.500 muertos que habían dejado tras de sí quienes, el 26 de agosto de 1936, entraron en el pueblo gritando ¿Dónde están los mineros marxistas de Nerva? y despachando a tiros a cualquiera que se encontrara en la calle...

Dos años habían pasado ya, dos años de llantos a puerta cerrada; dos años de mutismo, de cruces, de pólvora; dos años negros de desesperanza y miedo...

Un niño y su hermana, Manuel y María, pasaban por un decrepito llano que, en tiempos mejores, había servido para la proyección de unas películas que llenaban de color las calurosas noches de agosto del castigado poblado minero. Todavía podían verse, en aquel llano, las consecuencias de las bombas que los aviones de Queipo habían lanzado sobre la gente de Nerva, como precediendo el desastre...

Una mano interrumpió la marcha de Manuel, era el cabo de la Guardia municipal, que había conseguido su trabajo después de que los mineros fracasaran en su huelga revolucionaria de 1934 y de que el alcalde y los concejales fueran encarcelados y sustituidos por los mismos de antes... por los mismos de siempre...

Allí mismo los registró; llevaban kilo y medio de pan, doce sardinas embarricás, café y azúcar. Una mujer se acerca y, cuando ve al guardia, se da la vuelta e intenta huir; pero era tarde y el funcionario municipal la detiene también a ella; Rosario llevaba un mono color caqui, como de minero, y dos kilos de pan. La tragedia estaba servida... Rosario dijo que el mono y el pan los llevaba a casa del padre de los niños para que el menor lo entregara a su

marido que, como otro hermano de Manuel y María, se encontraba huido en las sierras que cercaban al pueblo minero.

Manuel, María y Rosario fueron acusados por el cabo de la guardia municipal de convivencia con los del monte y llevados a la cárcel municipal. Inmediatamente, dos municipales se dirigieron a casa del padre de los menores, Domingo, para ser también detenido.

Domingo Belmonte, enfermo en cama, no pudo levantarse para abrir la puerta a los municipales que golpeaban con insistencia. No hubo problemas, las patadas y los culatazos hicieron el resto; echar una puerta abajo es trabajo fácil para quien suele hacerlo...

Cuando los asaltantes entraron en la casa y vieron al hombre, de cincuenta años y muchos de mina, tendido en la cama decidieron no detenerlo, pero sí registrar su casa, como era costumbre en aquellos días.

Una vieja escopeta de caza fue lo que encontraron los guardias en casa de Belmonte; una escopeta que su hijo menor había encontrado en el monte, llevado a su casa y escondido de espaldas al padre para no preocuparle.

Algo después fueron todos juzgados en Minas de Riotinto. Manuel y María fueron absueltos y el caso de Rosario fue sobreseído... por esta vez, empezaba a refrescar...

ACCÉSIT ASTURIANU 2014

FRANCISCO ÁLVAREZ GONZÁLEZ

IDENTIDÁ

Hai pallabres que mio güelu Andrew nunca nun quixo pronunciar n'inglés. Pallabres como llar, lluvia, llingua o lloredal. Sí, of course, él entendía'l significáu cuando sentía o lleía home, rain, language or laurel forest, pero nunca nun quixo tornar al inglés aquellos vocablos especiales del so pallabreru d'emigrante. Nunca, never at all. Cuntóme, cuando yo yera un neñu de malpenes diez años, qu'aquelles pallabres y dalguna más —toes empezaben por 'll', ye como si hubiere tragao una porción de diccionariu enantes de desembarcar n'Ellis Island— perdieran el so frescor en 1917, l'añu en que dexó'l condáu de Castrillón, cuando abandonó Asturias, al marchar d'España, al cruciar l'Atlantic Ocean, pero que sicasí nun quería renunciar a elles. Y yo daquela nun lo entendiera. Ye dicir, entendilo nel casu de lluvia y de lloredal, pero non en llar nin en llingua, que nun son pallabres qu'un neñu puea asociar col frescor. But él falaba d'otru frescor, referíase a otres coses. Mio güelu Andrés pasó a ser Andrew el mesmu día que llegó a West Virginia. Renunció al so nome ensin nenguna resistencia, pero nunca nun quixo renunciar al so little linguistic treasure, a aquella ayalga de pallabres, rellumantes y enfilas como una cuenta d'azabache, que namás podíen entender y amar los pocos homes de la mina asturiana d'Arnáu qu'emigraran con él a Fayette County.

My grandfather Andrew solo regresó a España una vez y foi pa él una tragic experience. En 1936, na Spanish Civil War, pa lluchar col Abraham Lincoln Battalion, aquel batallón que los españoles llamaron brigada. Allistóse polos sos ideales, porque a mio güelu Andrew siempre-y golió l'aliendu a llibertá, that's true, pero fízolo tamién cola esperanza de volver pisar la tierra onde teníen sentíu pa él pallabres como llar, lluvia, llingua y lloredal. Nun pudo cumplir el so suau. Recibió instrucción militar en Cataluña y batalló en Teruel y Belchite; nunca nun llegó a tar más cerca d'Asturies de lo que ta West Virginia de Tennessee, you know.

Al entrar los United States na Segunda Guerra Mundial mio güelu Andrew nun quixo combatir. Dixo que prefería seguir guerreando cola mina que tener qu'enfrentase again a la mirada d'odiu y dolor d'un home al qu'has de llamar enemigu. El carbón yera un recursu estratéxicu p'alimentar la guerra y l'american press dicía que los mineros tamién yeren soldiers, «soldaos de picu y llámpara», they said, asina qu'a mio güelu naide nun lu echó de menos nel frente. Tampoco nun lu echaron de menos el día que la mina esbarrumbó enriba d'él y d'un mineru galés, una mañana de seronda de 1942. Naide nun lloró la so muerte, solo his relatives, la familia y dellos amigos. L'accidente coincidió cola Batalla de Guadalcanal. Aquellos díes la guerra y la mar sepultaben every day cientos de vides d'homes de la US Navy y a nadie nun-y importó que la mina Brody 1 de Boone County sepulture a dos obreros inmigrantes.

Cuando dexé la política viaxé con my wife Sharon a Europa, at last. Visitamos España, Asturias, Castrillón. Llegué al llugar en que creciera mio güelu Andrew. Vi lo que foi'l so llar, moyóme aquella lluvia, sentí falar la so llingua, golí les fueyes del lloredal que seguía ellí. Y asina descubrí una parte de la mio identidá, llatente, que siempre tuvo aguardando esi futuru pendiente. Y foi entós cuando me decaté de que, dende dalguna galería fonda y escura d'esa mina que ye'l subconsciente, el recuerdu de mio güelu Andrew fuera aquella lluz de llampisteru qu'inspiró'l slogan que creé col mio political campaign staff nes elecciones que me convirtieron en gobernador de West Virginia. Aquel que dicía: Our identity is our future, la nuesa identidá ye'l nuesu futuru.

XII EDICIÓN

2015



Huelga General en las Cuencas Mineras. 18 de junio. Manifestación en Langreo.
Asturias, 2013

GANADORA 2015

NOEMÍ GONZÁLEZ GONZÁLEZ

MANOS, BOCAS, MAÍZ

Hacía ya demasiado tiempo que el 7 de abril había llegado a sus vidas, manchándolas aún más de negro. Esa mañana no le costó abrir los ojos, lo difícil era cerrarlos por las noches, donde las verdades hacían que se le secara la garganta de preocupación. Empezaba a helar de madrugada. Ató un pañuelo al cuello y se puso el abrigo. Sus pensamientos escaparon por la ventana, para unirse un segundo a Ana. Miedo le daba lo que aquellos salvajes podrían hacer con dos mujeres. Pero ahora no podía pensar en eso. Esperó a que llegara su hermana de pie, junto a la puerta, con la mirada perdida y los puños cerrados. Hacía ya tiempo que vivía con los puños cerrados, en un intento de controlar todo el miedo, la ira y las lágrimas que a diario amenazaban con salir en cualquier momento. Y eso no, los niños no tenían que saber más de lo necesario; bastante tenían ya con un padre en huelga, una casa fría y una cocina sin galletas.

Abrió la puerta a su hermana y le secó la cara antes de dejarla entrar. Ella le dio su bolsa de maíz, que traía religiosamente, para poder aportar a su manera.

—Vete colos nenos a casa Xuana. Dixome qu'entovía tien carbón, que los llevaras, que ya fae ella la comida.

Después le dio un beso en el papo y marchó. No hacían falta más palabras. Los pasos firmes, la mano en el bolsillo del abrigo, jugando con el maíz, y la mirada perdida, siempre perdida en los momentos de soledad. Los zapatos crujían en los pequeños cristales de la alborada de setiembre. Fue llamando en algunas casas. En muchas otras ya la esperaban fuera. Algunas de ellas miraban al cielo antes de seguirla, quizás para comprobar si llovería, quizás para susurrar una rápida plegaria a santa Bárbara. En cuanto las hojas embarradas aparecieron bajo sus pies, ya cercanos a la mina, sus manos empezaron a sem-

brar el maíz. Y sus bocas, como en un extraño conjuro, con sordo sonido, empezaron a llamar a las «pitas». Y no hacían falta más palabras.

ACCÉSIT JOVEN 2015

ALICIA CALVO PANERA

UN HILO ROJO

Con sangre de compañeros moyábase el carbón.

Desakato

Ojos de tierra. La garganta de tierra. Nadie sabe lo que es morir en dos días. La vida adquiere un sabor, una grisura de metal. Pesan la montaña y el campo donde se vivió siempre. Dante debería haber escrito «en la boca de la mina abandonada toda esperanza». «En Degaña, la mina engaña», dicen. Y dónde no, contestan sus compañeros lacianiegos. Son las seis y no amanece. Todos callan en Cerredo. Zarréu, darréu, solo salimos para lo malo. Quien tiene la negra no se libra.

Se impone el rumor en sordina de los helicópteros que sobrevuelan la zona como tabarros. Tras dos días con sus noches de espanto sale un hombre del derrabe. Lleva el peso de todos los muertos. Se acabó. Roberto vuelve sin vida, pero ha luchado, pero se ha ido el tiempo, pero ellos tienen que defenderse y aplauden. La familia, los compañeros, los amigos, los desconocidos aplauden. Es un mecanismo de defensa: da rabia contarlo, que esa es la vida suya, él se ha quedado y nosotros no, bueno, mejor dicho, nos hemos quedado a este lado de la vida. Nos sentimos culpables sin perdón posible; por eso aplaudimos.

Qué ha pasado, no se sabe muy bien. Se cegó un túnel, pero cuál, no sé, uno de esos nuevos. Preguntad a las autoridades. Silencio sepulcral, qué ironía, una losa más sobre los mineros: no salir en la tele es la segunda muerte en este siglo maldito, ellos lo saben bien.

Doblan las campanas. Una imponente procesión de ojos ya secos y abrigos pardos aguanta bajo el sol plomizo de julio. La tarde pesa. Una fi la de artilleros custodia el luto de la familia. Vecinos, tenderos, compañeros varios se arraciman en el corazón del lugar. Palistas y transportistas al fondo... Una salva de silencio acompaña a Calviño hasta el final. De pronto, alguien comienza a silbar. Un hilo rojo se extiende entre la gente. Un segundo silbido se

une al primero y ya no estamos solos, piensan. Puño arriba. Silban la *Internacional*. Ya no hay quien pare, no hay tregua, que truene Bárbara bendita, pero no santa, hoy no, y menos para un compañero rojo como la sangre. Las voces destempladas rompen el cielo de Laciana como tarabillas libres. Esto no es un hasta siempre; nos vemos en las venas de la mina, en el pozo de Cerredo, luchando como nos enseñaste. Que descanses y hasta pronto.

ACCÉSIT TESTIMONIO HISTÓRICO 2015

JOSÉ ANTONIO GARCÍA RODRÍGUEZ

ENTIBAR DE SALÓN

Permítanme dar un salto atrás en el tiempo para rememorar un acontecimiento que me fascinaba en mi infancia cada 25 de julio: los concursos de entibadores de Sama de Langreo, de los que fui testigo cuando avanzaba la década de los 50.

Para mí, el evento daba comienzo ya antes de la fi esta de Santiago asistiendo a los entrenos que mi padre, —vigilante de plantilla— programaba para las parejas —oficial y ayudante— de Hulleras de Sabero, que acudirían en representación de la empresa. A mi corta edad, yo empezaba a coger confianza con los trabajadores elegidos.

Varias veces me llevó mi padre a ese maravilloso espectáculo. La víspera partíamos hacia Asturias en una furgoneta dkw de la empresa, bien por el puerto de Tarna o por el Pontón, mientras mis ojos se extasiaban ante aquellos paisajes frondosos. Aún hoy, cuando cruzo el Pontón, hago parada obligada en la Fuente del Infierno a beber en sus frescas aguas.

Ese alto en el camino lo aprovechábamos entonces para cortar varas de avellano y marcar con navaja las medidas de los costales y el travesaño, ya que en el concurso estaba prohibido cualquier sistema convencional de medir. Trucos de oficio. A mediodía recalábamos en la pensión habitual de Sama, muy cerca de la sidrería El Polesu, que confío siga existiendo. La dueña de la pensión nos recibía con su típica frase: «¡Cómo ha crecido el rapaz desde el año pasado!».

El día del acontecimiento arrancaba con un peregrinaje hasta el parque de Sama a fin de examinar bien el cuadro y valorar la calidad de la madera que había en cada puesto. Este detalle era importante de cara a la ejecución del concurso, pues los nudos resultaban un serio hándicap. Posteriormente, nos encaminábamos hasta el Ayuntamiento para asistir al sorteo de puestos. Cada número que salía provocaba de inmediato caras de aprobación o de fas-

tidio. A continuación, las parejas concursantes, provistas de las adecuadas herramientas y ropa de trabajo, protagonizaban un desfile informal hasta orillas del Nalón, donde les esperaba el cuadro. Allí se agolpaba un público entregado a una celebración que, al menos para mí, resultaba una auténtica fiesta.

Aunque llegué a familiarizarme con el proceso de entibar no dedicaré tiempo a describirlo —son recuerdos del guaje que fui— y los lectores expertos en el tema podrían corregirme con total seguridad. Las evocaciones son vagas y quedan lejanas, así que prosigo con las sensaciones, menos técnicas y más emocionales.

Llegaba el momento culminante de la decisión del jurado y se pasaba a la entrega de los trofeos a las parejas ganadoras entre ovaciones. Estallaban muestras de alegría de los galardonados y surgían algunas caras de desencanto. Permanecían un rato los corrillos de gente valorando lo acertado, o no, del veredicto.

El premio al trabajo más rápido casi siempre iba a parar a Puertollano, pues trabajaban con sierra, en vez de hacha, aunque jamás optaban a los premios de honor. La calidad de los manchegos no era su mejor cualidad. Exhaustos y felices, padre e hijo tomábamos el rumbo de vuelta a Sabero con la firme voluntad de volver al año siguiente y lograr o, incluso, repetir premio.

ACCÉSIT ASTURIANU 2015

MONTSERRAT GARNACHO ESCAYO

TOLOS CAMINOS DEL ORBE

...Bueh, éstos díes, así, así, yá sabes cómo ye'l Párkinson. Esta temporada, sí, la verdá ye qu'anda algo revueltu... Y por culpa la *tele*, tamién, con esi aforfugu de refuxaos tol día d'acá p'alla, los probinos, Camín de nenguna parte... Probe... Y dizme él ésti día *¿qué van, pa Rusia, güela?* Acelérase muncho, él cree que va apaecer *el Cervera*... ¿Vosotros cuándo dices que llegáis? ¿...? ¡Coime, porque azárase tou, al velos, el piensa que ta volviendo el 37! ¿Nun te digo que ta como un rapacín, que delles veces llámame *güela?* ... Non, a mamá non, nun la confunde. ¡Pero'l bocadillu pídemelu a mí! Que-y envuelva'l bocadillu que tien que dir pa La Riquela... ¡Como pa Rusia marchó en sin bocadillu! ¿...? ¡Á...! ¡Pero bueh...! ¡Pero entós papá nun tuvo que marchar pa Rusia de nenu, que nosotros nun somos rusos de milagru? Cui, nel 37, cuando güelito trabayaba en Llamas, que vivíen n'Ablaña tovía... ¡Ai, tú sabrás, fiyín, qu'a mí contómelo una fargatada veces! ...Non, si ye que nun llegó a embarcar... En setiembre del 37, cuando la cosa se punxo yá tan negra pa los mineros. Y qu'entós que xuntaron les families nes escuelines y qu'a ver quién quería mandar dalgún fiu pa Rusia, pa escapar de los aviones y la que se taba preparando... *La Lexón Cóndor*, debía ser, sí... ¡Ai, qué sabe él! Nun lo sabe. Él sólo diz *ellos*. O que *sería cosa de Ramón*. Ramón ye González Peña, que yá sabes que yeren vecinos... Y qu'entós güelita Nieves, como la primera yera Lluisa, que yera muyer, y llueu diba Lolo, que taba coxu y penriba taba ganándolo yá de zapateru, pues apuntólo a él, que Fonso y Mauricio y Mariano yeren tovía mui pequeños... Y p'allá foi'l mio Pepín. Colo puesto. Y en sin bocadillu. Que yá-yos daríen ellí pitu y merluza y de too. N'alpargates. Con unos zapatos de tacón de Lluisa baxo'l brazu, que dixéran-yos qu'en Rusia facía muncho fríu y entós güelita mandó- y p'allá l'únicu calzáu con suela qu'habría per casa... ¿Sabes quien diba tamién? José Fernández, Pepín Cabezón... Ye qu'al paecer, na escuela, papá yera Pepín *Güüpu* y l'otru Pepín *Cabezón*... ¡Coime, el de *Cuando el mundo era Ablaña*, esi llibru que sal papá...

Probinos... Non, ye qu'ellos diben los tres hermanos... Ye qu'ellos yeren d'una familia mui señalada, la ma taba viuda, de cuando-yos esplotó aquel camión de bombes que taben cargando a pala nel 34, en Fábrica de Mieres... Josefina *la del Correo*... Y resulta qu'al llegar a El Musel separáronlos en files. Y cuando taben subiendo, de sópitu apaeció de p'Avilés un barcu de guerra y, *pim, pam, pum*, empezó a cañonazos, que papá diz qu'*El Cervera*, pero non... ¡Qué sabía él, si echó a correr! Lo que pasa ye qu'*El Cervera* yera'l famosu, *El Chulo del Cantábrico*, yá desficiara Xixón nel 34 y nel 36 y Santander y tol Norte y... Yá... ¿Y que foi'l que bombardeó nel 39 a los últimos neños de la República ehí nel puertu de Barcelona, sabíeslo tamién? Ente ellos, por cierto, una hermana César, el pá de Mari Luz. Arsenia... ¡Coime, Mari Luz Fernández, la hermana Amaro...! ¿Nun ves que la ma, Encarna, ta en Santuyanu con papá, na Residencia? Contómelo ella... Y la cosa ye qu'empezaron a llove-yos los cañonazos y entós el barcu inglés escapó echando fumo y los que quedaben tuvieron que correr esmanaos pa la estación, p'Ablaña otra vez... Y Francisco, el pequeñu, volvió tamién, pero Pepe y Joaquín yá embarcaren y resulta que llueu en Rusia a Joaquín nun se sabe qué-y pasó, desapaeció, nunca más naide volvió saber d'él una palabra, pero Pepe siguió escribiendo-y a la ma les cartes polos dos, como que taba vivu... Probina... Y claro, ponse nerviosísimu, cuando ve pela *tele* a los refuxaos, toos esos carrapiellos de xente dexao de la mano de dios *pa detrás de sufrir tantos trabayos*, como diz l'otru, que nun paez más que toles guerres son la mesma guerra, nin... ¿...? Coño, Virxiliu, cuando fala de los troyanos en *La Eneida*... ¿*Cuál ye'l so crimen? Depués de sufrir tantos trabayos, ¿ye xusto que-yos tengáis cerraos tolos caminos del orbe, pa que nun puean llegar a Italia?* Y volvió p'Ablaña. Y como nun había escuela, yá empezó a trabayar nuno y otro. Pisando l'islán, peles nueches, nes bales d'El Vasco. Y llevando maletes. Y no que podía, hasta qu'entró de *guaje* en *La Riquela*... Pregúnta-ylo, verás como d'eso tovía s'alcuerta, de cuando marchó pa Rusia en sin bocadillu... Probe... Y qu'él nunca primero viera'l mar...

A mi padre...

XIII EDICIÓN

2016



Homenaje a los socialistas asesinados en la Mina La Bornaína.
San Martín del Rey Aurelio. Asturias. 1990

GANADOR 2016

PABLO RODRÍGUEZ MEDINA

ARDOR

...ardían y ardían, en la oscura noche del alma, aquellos bultos, apilados como cuerpos, en el crepitar ronco, ardían y ardían y aquel ardor era hedor nauseabundo a chamusquina y cierto regusto a carne quemada que avivaba el olfato y las papilas gustativas ardían y ardían, incendiando los recuerdos, las sonrisas en sepia florecidas de las viejas fotografías, ardía la bocamina y con ella aquella instantánea, el cuadro del relevo, semblantes serios, otros puño en alto, ardían ahora, ardían, entre aquellas palabras bisbiseadas apenas como un rezo, cierra la ventana que no se nos meta tanta ceniza y tanta desolación en el alma que ardía y ardía, cierra que nos hunde tanta luz, que nos humilla este silencio, espeso, pastoso que se había formado tras las detonaciones nublando el cielo de la boca que ardía y ardía en un ardor de fiebre y de injusticia, elevándose arriba, a los ojos, que apagados ardían y ardían, los rostros, los nombres de aquellos compañeros, que murieron gritando, en el eco de la salva, uhp, uhp, ardían y ardían, ardían sus cuerpos apilados como bultos, como sacas de tanto carbón arrancado, ardían y ardían a la intemperie, por mandato de sus verdugos, quién quiere cavar el agujero tan grande, quiá, que así aprenda tanto cabrón rojo, pues que rojo era el fuego de aquella hoguera que ardía y ardía, y continuaría ardiendo más allá de los límites de la combustión del querosén y el aceite de las máquinas, ardían con la determinación con la que se reafirmasen en su credo, uhp, uhp, ululaban famélicas las llamas, ardían y ardían rebasando los límites de la noche, no siempre animados por la misma constancia, no siempre fueron fulgor que a veces ardían y ardían y su ardor era apenas titilar de estrella tímida y lejana, un susurro de luz que solo alcanzaba quien estaba alerta, capaz de escucharlo, y otras, otras era deslumbrante astro de fuego alimentándose de soledad y de silencio, y de tanto olvido que ardía y ardía, y estuvo ardiendo, aquel montón de cuerpos desmembrados y retorcidos más incluso de lo que a sus verdugos les hubiese gustado ardían, ardían y ardían, ¿qué no dicen en Madrid que son demonios, que les buscaban cuernos

y rabo?, pues a gusto se han de quedar en el fuego, se mofaban, y quizás por eso los cuerpos ardían y ardían, y seguirían ardiendo, que a veces el viento de la historia soplabla recio y portaban el nombre de alguno resquemando en labio ajeno, ardía y ardía, ardían y ardían, claro, los cuerpos de los once de La Baragaña, los del relevo entero, hasta un guaje que se acercó a llevar la comida al padre y al tío, ardían y ardían, que ni las madreñas les habían quitado y también ardía el haya noble en el noble cuerpo de los once, y que no se preocupen camaradas, que en esta vida es tan importante saber vivir como saber morir, resonó la voz de Lauro el del sindicato, con aquella serenidad con la que había aprendido a hablar por los papeles, que ardían y ardían plegados en sus bolsillos, con los que en el descanso hablaba del mundo por venir que entonces ardía y ardía, que de él había sido la idea de la fotografía, miren como miramos al retratista, miren como miramos al futuro, y se despezaron de los miedos, les miraron recio, severo, y alguien hubo que alzó el puño, y otros que entonaron, como aquel día, frente al retratista, uhp, uhp, y se acordaron de las palabras con que vinieron puestos en los papeles, camaradas mineros, son ustedes semiente de esperanza, se buscaban el ánimo, uhp, uhp, porque sabían de aquellas palabras que ardían y ardían como el fogonazo de magnesio con el que los habían retratado, aquellas palabras que solo apagó la detonación de los fusiles, cuyas bocas ardían y ardían, como entonces avivó etérea la esperanza de la nube de magnesio, enviaremos la foto, para que contemplase el mundo y se supiese de su pobreza digna, brazo en alto, mirada severa y al frente, ardían y ardían quien tanto tiempo ha vivido bajo tierra tiene derecho a aspirar al cielo, aquellos cuerpos ahora ardían y ardían, ardían en un ahora eterno, en un adverbio infinito, ardían liberados, a la intemperie, siguieron ardiendo mañana, arderán ayer, y hubo y habrá quién se pregunte cómo es posible tanto ardor, habrá quien se pregunte a qué esa luz ardiendo ciega en la noche, habrá quien ignore el secreto de aquellos cuerpos que ardían y ardían y eran puro ardor, porque venían de una vida en que se respiraba carbón y silencio, carbón en la sangre, carbón en la comida, en los ojos, en las negras fosas de sus fosas negras, respiraban, sudaban, trasegaban, masticaban carbón que ardía y ardía, tanto carbón que nada más hizo falta una llama, una excusa para que prendiese en ellos, y por eso sus cuerpos, tibios, húmedos de sangre negra como el carbón, se abrían a una aurora de rosados dedos que ardía y ardía, por eso sus cuerpos ardían y ardían...

ACCÉSIT JOVEN 2016

STEFANIA SCHAMUELLS

MARMATO

Rescatar la historia es menester de aquellos que poseen cierto interés en desvelar los secretos de lo olvidado. Soy geóloga, no historiadora como los historiadores comunes, pero historiadora, al fin y al cabo. Recojo esas muestras del pasado que nos narran las rocas, leo en los estratos y las capas, intuyo medios de deposición y génesis de minerales, elucubro lo que hace millones de años aconteció en la tierra y luego observo el futuro con cierto terror.

«Marmato» es un relato verídico con pinceladas de gracia que narra las peripecias de mis antepasados amantes de la tierra y sus misterios, aún ahora intento seguir sus pasos, pero más allá de ellos, yo —con las charlas de mi padre— he conseguido rescatar esta historia leyendo en los estratos de nuestra errante familia.

A mi padre por despertar el ansia de preguntas.

A mi madre por darme un lápiz y un papel.

S. Schamuells

Con rostro anguloso, barba de *Gadanlfy* y nariz judía, me mira el Patriarca desde el pasado. Esa foto ajada y deteriorada, único legado del pasado minero de mi familia, dio pie a concederle unas líneas a este relato verídico en el que no ocurre nada extraordinario.

Mis antepasados judíos aprendieron el oficio en la antigua escuela de minas de Freiberg, en la baja Sajonia. Allí adoptaron un apellido alemán, tal y como había dictado el reino de Prusia en el siglo XVIII. Los *Ben Samuel* o hijos de Samuel pasaron a ser los *Schmuel* y pronto fueron a parar a Colombia, donde se convirtieron en los Samuels. En un mes olvidado de 1834, el Patriarca llegó a Marmato arrastrado por la *Colombia Mining Assosiation*.

Podríaís pensar que alguien que marcha desde Sajonia a Colombia viviría en unas condiciones ostentosas, fruto del oro filoniano; pero nada más lejos

de la realidad, la vida en la mina de Marmato era un acto diario de supervivencia. Y por supuesto no cambió cuando los hermanos Degenhardt fundaron San Juan de Marmato, cuna de vástagos ingleses y alemanes, inicio de la mayor colonia europea del siglo XIX en Colombia. Como nota curiosa añado que, en su intento de no mezclarse con los autóctonos, consiguieron todo lo contrario, y el Patriarca cayó indefenso en los hechizos de alguna mujer colombiana que le hizo abrazar el cristianismo.

La compañía pronto enfocó todos sus esfuerzos en potenciar el trabajo en la mina, y en toda la región: hombres, mujeres y adolescentes sacrificaron su vida al oro. Se dejó de lado la agricultura y la escasez de alimentos estaba a la orden del día, la gente moría de hambre, aunque durmieran en camas de oro. Puedo explicarme y lo haré: las chabolas de Marmato eran curiosamente pobres; techos de paja y guadua rebosadas con cagajón, lo que se denomina «casa de bahareque». Lo más interesante estaba en el interior de la chabola Samuels, donde los camastros guardaban un secreto... Estaban hechos de juncos sostenidos por cubos grandes repletos de pepitas de oro. En cuanto escuché esa historia mis ojos brillaron con la misma sorpresa que vosotros habéis adoptado, y pregunté a mi padre ¿ellos dormían en oro y yo a penas me puedo pagar la universidad? Con otra sonrisa y como si no fuera una barbaridad, él me contestó que un cubo entero equivalía a la compra de un mes.

Esos filones de oro que volvieron locos a los primeros conquistadores del siglo XVI, y luego a mi familia, dieron inicio al camino bañado en oro, platino, esmeraldas y sangre que ostenta la historia de los indígenas colombianos. Así es la vida, con sabores dulces y amargos, aprovechar el momento es cuestión de supervivencia, si no que se lo pregunten a los bribones hijos de *Ben Samuel*, que bajaban a los riachuelos con palas o bateas para recoger el oro en polvo que bajaba en la juagada de la mina para llenar los cubos de sus colchones de oro.

ACCÉSIT TESTIMONIO HISTÓRICO 2016

SERGIO C. FANJUL

HISTORIAS DE UNA LUZ

Podría contaros la historia de Pedro, que bajaba cada día a trabajar a más de 700 metros. O la de Xuan, que se echó al monte y vivió más de tres años durmiendo entre carbayos. O la de Fruela, que quería ser poeta y tuvo que emigrar a otro país. Podría contaros la historia de Anita que fue un enlace clandestino del Partido Comunista. La de Pablo que fue guardia civil y le hicieron que pegase a más de uno. La de mi primo Juan Manuel que murió tras cinco años rendido a la heroína. Podría contaros la historia de Marisa, cuyo padre hacía los chorizos del economato, o la de Tina que arrojaba maíz al esquírol. La de Jean Pierre que vino de ingeniero cuando empezaron a horadar toda la tierra y pronto tuvo hijos que hablaban asturiano. Podría hablar de Belarmino que dirigió una revuelta destinada a derrocar a aquel gobierno. Contar lo de Manuel, que vino de Zamora y acabó poniendo un chigre. A Ramiro en el pueblo le llamaban maricón solo porque vestía raro. Había uno que se llamaba Navarro-Vallehermoso y, sin embargo, era un indigente que iba a mendigar al cementerio. Podría contaros la historia de Juanín, que lideró la lucha sindical y murió en la carretera cuando aún era demasiado pronto. O la de Ramos que persiguió a los que se oponían al tirano, como Horacio. Podría contaros la historia de Remigia: un rayo le mató una vaca y estuvo llorando cuatro días. O la de Bárbara, patrona de los mineros, que fue encerrada y torturada, igual que muchos de ellos. O la de Pavel que vive en lo profundo, muy lejos de su hogar. Podría contaros de pueblos abandonados, de castilletes muertos, de fábricas con las ventanas rotas, de glorietas y piscinas públicas. Podría contaros la historia de Antonio, que quiso crear el paraíso cerca de Mieres, la de Fede que fue caminado a Madrid a tocar en la puerta del ministro. María quedó viuda y tuvo que tirar hacia delante con tres guajes. A Laureano se le convirtieron en piedra los pulmones y dejó de respirar. Podría contaros la historia del plomo y del orbayu, la del verde oscuro y el carbón, la del óxido de hierro y el futuro inexistente. La de Francisco, que

quiso exterminarnos con un ejército de moros. Peleas a garrote en las fiestas de los pueblos. Sudor, sangre y dinamita. Alcohol y cocaína. Dureza y heroísmo. Corruptos, ladrones, fascistas, silicosis. Átomos de carbono hundidos en lo más hondo del planeta, árboles sumergidos hace millones de años. Podría contaros la historia del Adolfo, que murió en la planta cuarta, la de Xuacu al que sacaron con la cabeza aplastada, la de Toni, al que el grisú le reventó la cara. Podría contaros todo y aún así no entenderíais qué fue esto. La mina cerró ya hace tiempo y ya nada ha vuelto a ser igual. Sin embargo, al fondo de la galería, en lo más oscuro, sigue brillando una luz.

ACCÉSIT ASTURIANU 2016

LLUÍS AIQUE IGLESIAS FERNÁNDEZ

1962

Ye fácil ver el puxu d'unes persones como Ana, que'n metá de la dictadura tuvieron el valor de defender la so dignidá. Lo que me prestaría tresmitir con esti cuentín ye que magar fueren individuos (eso respunde la mocina al sarxentu: Soi Ana) la so fuerza alimentábase de la comunidá. Naguo porque un día los asturianos vuelvan ser un grupu humanu xuníu (una comunidá, con un destín compartíu) que sepa aú quier dir como talu grupu formáu por individuos braeramente llibres.

—¿Cómo te llares?

El sarxentu Pérez de la Guardia Civil nun esperó rempuesta de la muyer que taba sentá enfrente. Nun la necesitaba. Nun la quería. Namás quería frañer el so cuerpu pocuñín a poco, hasta ver el so espíritu esbarrumbar. La hostia que siguió, cola man abierta, torció la cara la muyer.

—¿Cómo te llares, comunistona de mierda?

Una, dos, tres... Mocada tres mocada restallaba más y más fuerte escontra les parés puerques d'aquel cuartucu triste.

—¿Quién son les tos compañeros? ¿Ú ta la emprenta?

Una, dos, tres... El sarxentu Pérez ya nun siente la so man. Asela. Quier ver la so obra. Quier escuchar los llores, oír les súplices. Amira ellí onde teníen de vese los güeyos, onde tenía de tar la boca.

Una llárima sola resbaria pela mexella la muyer. La cara esfi gurá, un fi lín de sangre asoma pela oreya. Nun siente gota ya. Los sos güeyos nun ven el suelu puercu, les manches de sangre, del so sangre.

Nun ta sola. El quartu enllénenlu les sos compañeros, charrando na cocina pa ver cómo ayudar a los sos homes de fuelga, estrando de maizos les entraes a les mines, escribiendo cartes d'aliendu a otres muyeres... pa caltener la dig-

nidá. Y con esa dignidá de milenta homes y muyeres, de milenta mineros, allevanta la tiesta, amira pal sarxentu Pérez de la Guardia Civil a los güeyos y cuspi tres pallabres namás.

—Ana... Soi Ana.

XIV EDICIÓN

2017



Escolares pintando un mural minero en Langreo. Asturias. 1995

GANADOR 2017

FRANCISCO ÁLVAREZ GONZÁLEZ

LOS COLORES Y LOS TRAZOS

El pintor arrimó sus ojos al cristal del ventanal para refrescar las pupilas con la luz tibia de la Costa Azul que el otoño estaba espolvoreando sobre la mansión de Notre Dame de Vie.

—¿Puedo saber en qué está trabajando en este momento? —le preguntó de improviso el periodista.

El artista español lanzó al reportero francés una mirada tiesa y áspera, como un pincel que alguien hubiera dejado sin limpiar el día anterior, antes de responderle: La entrevista ya ha acabado, monsieur. Soy hombre de palabra, le he concedido los treinta minutos prometidos y ahora debo seguir pintando. Tengo ochenta y dos años, no me sobra el tiempo...

—Me hago cargo. Verá, no es por interés informativo, es sólo curiosidad personal...

—Yo creía que la curiosidad personal y el interés informativo eran una sola cosa para ustedes, los periodistas, dijo el artista intoxicando la frase con los efluvios del aguarrás que floraban en la sala.

—Tenga usted la gentileza, le aseguro que no le incordiaré más. Yo también soy hombre de palabra — insistió el reportero señalando con la cabeza al caballete sobre el que se veía el reverso de un cuadro. —¡Olvídese! —contestó el artista—. Olvídese del caballete, no hay nada de provecho en él ahora.

Contrariado y resignado ante el intruso que seguía reclamando su atención, el pintor recorrió los cuatro o cinco metros que había entre el ventanal y la mesa, en la que reposaba un objeto plano oculto bajo una fina tela aterciopelada. Tiró de dos de las puntas del paño con delicadeza, como si fueran las frágiles alas de una mariposa exótica, y dejó al descubierto una lámina. El periodista la observó con urgencia, casi con ansiedad. A simple vista le pareció

una obra inmadura, pueril, el diseño inacabado de un niño. Aunque aquello, razonó a continuación, no debía de ser un Picasso.

—De niño yo pintaba como Rafael, pero me ha llevado una vida entera aprender a dibujar como un niño — afirmó el pintor en ese preciso instante.

El comentario descompuso al periodista. Tuvo la sensación de que Pablo Ruiz Picasso acababa de leerle la mente. Y miró al artista malagueño como lo miraban los personajes cubistas que habitaban en sus cuadros: con ojos saltones, inquietos e inquietantes, oscuros y fríos como una bocamina.

—«Asturias, 1963» —leyó el reportero tratando de superar aquel trance incómodo—. ¿No es allí donde los mineros organizaron hace unos meses una huelga contra Franco? ¿Está dedicada a ellos? ¿Usted qué cree? —preguntó Picasso— ¿No los ve ahí? ¿No ve usted ahí a los mineros y su tierra?

El periodista cercó con su mirada el dibujo, pero no vio nada más que lo ya visto: el trazo irregular de un brazo hercúleo y una mano, firme aferrando una lámpara que salpicaba destellos de luz en todas las direcciones, la inscripción con el año y el nombre de aquella tierra que él mismo acababa de pronunciar en voz alta, y la afamada firma del autor de la obra. Pero nada de colores, negro sobre blanco sin más. Sí, tal vez... Se intuye lo que el autor... —divagó el entrevistador reconvertido en entrevistado, —No es necesario que mienta —le dijo Picasso—. Basta con que mienta el pintor, es parte de nuestro oficio. El arte es la mentira que nos ayuda a ver la verdad. Yo no pinto lo que veo, pinto lo que pienso.

El artista despidió al periodista con pocas palabras. Ya a solas, acercó la lámina al ventanal para repensar los colores invisibles de aquella obra. Vio el verde esperanza del paisaje asturiano, el negro profundo del carbón, el rojo alarmante de la sangre, el amarillo empobrecido del sudor obrero, el gris férreo de las vagonetas, el gris plomizo del cielo norteamericano y el color óxido del régimen de Franco. Luego recorrió los trazos. Vio en las curvas los montes de las cuencas, los labios de mujeres recitando la libertad en nombre de sus hombres. Y vio en las rectas la inflexible rectitud de aquellos mineros.

ACCÉSIT JOVEN 2017

MARÍA FERNÁNDEZ ABRIL

NUN SABÍA NADA

*A mio güelu Antonio, a quien-y cuerre carbón peles venes
y quien me deprendió, ensin él sabelo,
la nuesa llingua.*

«Nun ves que yo nun sé nada, que nun toi estudiáu». Y ye verdá: por saber, nun sabía nin el día del so cumpleaños. «Una prima díxome que toi bautizáu en marzu, pero a mí afitáronme en mayu», cuéntame dalgún qu'otru domingu demientes-y echa café a les gotes.

Y ye verdá: nun sabía nada. Nun sabía la desemeyanza ente les mazanes de reineta o de perón nin que nun se podíen semar les patates, nin cortar el pelo, en creciente, Tampoco sabía que tenía que llendar la era con cascarielles de güevu p'asina espantayar a los limiagos o que'l camín del ríu —«cuidáu si vas, ellí topéme una vegada col xabalín»— yera'l meyor pa pañar castaños.

Non, nun sabía nada. Nun sabía cargar, pala a mano, les tonelaes d'escombriu de la xornada anterior nin postiar llueu'l cuadru madera colos los bastones enriba. Tampoco sabía furar, con esi martiellu que-y entá pesa nel so costazu, aquella piedra negro que se metió pa siempre nel so aliendu. Non, nun sabía que mio güela nun diba dormir tranquila fasta que colgó'l monu nin que los sos dos fíos diben seguir el mesmu rumbu, pa quita-yos el sueñu a ambos. Tampoco sabía qu'una raxolina diba machaca-y los deos, caraputín y moñín, colos que-y presta afalagame la mano.

Non, nun sabía nada. Nun sabía qu'aquel día del 59, en San José, él y tres collacios diben terminar el turnu un cachu enantes al nun ponese d'alcuertu en cómo facer un cruce pa la vía nin que'l grisú diba explotar nel área 5, onde taben trabayando esos colos que nun diba volver a falar, namás salir ellos del pozu. Tampoco sabía que, cuando vio al capataz entrar tou azoráu nel vestua-

EL POZU QUE NON VA A PESLLAR

riu y parase enfrente colos güeyos ensangrentaos, diba correr contra él, metese baxo la ducha y, ente llárimas y abarbuyos, abrazalu.

Non, nun sabía nada.

ACCÉSIT TESTIMONIO HISTÓRICO 2017

FÉLIX FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ

DIAÑOS DE LA MINA

Güei, falar del Cuélebre suena a pequeña mitoloxía pa cuntar y entretener a los nenos, minucies y simpleces quen 1833, cuando abría la mina d'Arnáu, nun yeren tal así, pues fue real y ta recoyú que'l miéu xeneráu pola llegada de la mina aconteció de verdá.

Arnáu dexó de ser lo que yera. Llegó la Real Compañía de Mines a esti llugarín del conceyu de Castrillón y revolucionó los xeitos de vida de tola contorna. N'aquella, p'Asturies, el mundu rural llegaba hasta los mesmos pies del centru de poder na capital, Uviéu. Nun había radios, diarios, televisiones, nin malpenes escuelas. La educación dábase en casa y les histories cuentaes d'una xeneración a otra yera la forma de tresmitir saberes, creencies, cultura y conocimientu. Á los neños entreteníase-yos con vieyes lleendes d'ayalgues de los moros, les ancianes horrorizaben cola Güestia, les muyeres culpaben al Trasgu de lo qu'en casa pasaba, los homes tremaben porque'l Busgosu nun baxara del monte, y na creencia popular también taba'l Cuélebre, un monstruu que vivía dientro la tierra y que facía tremar a les persones del llugar colos sos malfaceres. Tan presente taba nesta zona en concretu que güei tovía hai un lugar a pocos quilómetros d'Arnáu, n'Avilés, llamáu El Cuélebre. Y esto yera así, aunque güei nun nos los pareza.

La noticia de la llegada de la mina nun sentó bien ente la población de la zona. Les oportunidaes de trabayu nun yeren a convencer a unes xentes que tovía calteníen nel maxín les alvertencies de los antiguos sobre adientrase en cueves o furacos na tierra. Y esto yera así. Creencies, supersticiones. Y los responsables de la inxenería, los políticos de la capital y los representantes de la empresa nun yeren a creelo, cuando intentaben organizar grupos de trabayu ente los vecinos de la collación y nadie nun aparecía pa la manu d'obra.

Hasta dende Uviéu intentóse pa que fuera'l cura de la zona'l que mediara. Llegó a semar la dubia colos sos discursos, pero a la fin a nadie fue a con-

vencer. Les xentes falaben nes cases, nos ruxideros, a la salida de misa, nos chigre-tienda, y el miéu xorrecía, Facer grandes furacos na tierra solo tenía un valir, facer l'abellugu pal Cuélebre, y con ello solo miserias y desgracies llegaríen detrás. Les xentes de la zona llamaron a conceyu. Nun faltaba naide. Xentes fines d' Avilés acercáronse a convencelos de que disparate talu como que del furacu de la mina diba salir el Cuélebre nun yera verdá. Pero de nada valía. La xente calecióse, echaron bruscamente a los señoritos avilesinos, con intereses económicos na mina. Y glayaben, y enfadábense, y punxéronse en pie, y armaos coles ferramientes de la llabranza baxaron hacia la playa d'Arnau onde taba empezando a abrise la mina. Y ellí enfrentáronse a guardies, obreros, mineros y quien tuviera'l valor d'intentar paralos. Y la mina paró, de la mina tola xente que trabayaba nella marchó. Y ocupáronla ellos. Esi día, polo menos, nun s'abría'l furacu per onde saldría'l Cuélebre. Cellebráronlo como si la mina nun fuera a facese. Esi día, polo menos, ganaron.

ACCÉSIT ASTURIANU 2017

LLUÍS AIQUE IGLESIAS FERNÁNDEZ

AÑOS DE SILENCIU

Padre ta na cama. Madre diz que ta malu, que tien que descansar. Yo entrúgo-y si padre va tar bien. Madre mírame en tientes y enfocícase toa. Nun sé por qué, pero grítame que tengo que medrar, que ya tengo ocho años y si eses son traces de tener pol mio hermanu.

A veces nun entiendo a madre. ¡Si soi mui altu! Soi más altu que Tomasín de Cuesta y eso que Tomasín de Cuesta tien diez años. Y ye verdá que l'Oreyu ye pequeñu, pero cuantísimagüei que lu cargo en cuellu. Cárgolu en cuellu dende que llegara padre y madre mandare a les mios hermanes a calentar agua y traer trapos limpios pa curalu.

Pero nun m'enfadé porque madre miróme dempués y abultóme que quería llorar. Ye como col Pesadiellu nun soi p'alendar bien si madre llora. Vila llorar va cuantisimayá, hai tres branos. Alcuérdome bien porque fundiere'l teyáu de la corte y un morriyu mancó a la Pinta. Padre fuere a la griesca colos malos igual qu'agora y tuvo que venir tíu Ánxel dende La Vallina. Madre dicía que lo del teyáu yera por cuenta de la ñeve que cayere esi iviernu. Tíu reñóla y too: que qué ñeve nin qué gaites, que sí l'home tuviere en casa envede pegando tiros allalantrones, na capital, que nun taría asina de descuidada la corte. Yo quería pegá-y a tíu por facela llorar. Nun lo fixi. Tíu ye mui grande y tien manes como maces.

Ya ye de nueche y vinieron tolos tíos. Tíu Ánxel ta seriu, pero nun reñe a madre. Á min posóme la manona na tiesta y espelurcióme tou. Los ximielgos y l'Oreyu tan durmiendo ya. Les mios hermanes y yo non, que somos grandes. Tíu Lin apúrre-y una bolsa con café a madre. De la que pon l'agua a ferver, mándanos a min y a les mios hermanes tamién pa la cama. Quiero protestar pero madre mándame callar y que tenga cuidiáu de nun espertar a los pequeños. Tengo qu'obedecer. Les mios hermanes son mayores y nin gorgutaron. Enxamás nun gorguten. ¡Dame una rabia!

Cuando llevento, padre ta col traxe de los domingos. Nun se mueve. Madre mándame a pola ropa de los ximielgos, que van dir unos díes con tíu Antón. Al Oreyu va llevalu tíu Ánxel. Les hermanes y yo non, vamos quedanos a ayudar a madre, Tíu Ánxel diz-y a madre que ya faló col capataz y que padre morrió na mina. Miro pa padre. Nun entiendo muncho de morrer. Sé que ya nun ves más a les persones que muerren. A los animales tampoco. Asina que padre nun ta muertu. Si tuviere muertu nun sedría pa velu más. Ta durmiendo. Madre y les hermanes ya lu curaron y va alicar ceo. Como la otra vez. Amás, el día que muerra padre nun va ser na mina. Eso díxomelo él. Y que lluchaba pa que yo nun tuviere que morrer na mina. Nun sé por qué tenemos qu'andar con mentires. Padre tuvo a palos colos malos. Eso ta bien. Y amás, ¿pa qué? Si los malos pierden siempre. Dígo-ylo al tíu. El tíu sorríe. Tien una sonrisa guapa, el tíu. Nun sé por qué nun sorríe más. Enclícase y dízme que non siempre. Ye la primera vez que lo oigo y dame munchu miéu.

Si me pregunten, voi contestar qu'a padre matolu un derrabe en chami-zu. Igual tien que tirar pal monte hasta que colen los malos. Dame pena pol Oreyu. Tien un añín y ye l'únicu que nun sabe que padre engarrióse colos malos pa que nun muerra na mina de grande. Y yo nun voi poder cuntá-y la verdá hasta que marchen los malos.

XV EDICIÓN

2018



Reunión de desterrados de Asturias durante la huelgona de 1962. Asturias. 1997

GANADOR 2018

ARMANDO GUTIÉRREZ RODRÍGUEZ

ROCEANU

Punxo'l cigarru na oreya y subió les solapes del gabardu, y non por fría, que nun lu facía naquella nueche, sinon pa fundise daqué más cola escuridá d'aquel requexu. Roceó y miró otra vuelta pal vehículu p'asegurase que taben nos sos puestos.

De sópitu sintió pasos y un riseríu perriba del baruyu llonxanu de la fiestall pueblu. Apertó la pistola en bolsu y quedó sollerte.

Alarma falsa. Namás yera una pareya que de xuru baxaba pa la verbena.

Volvió a rocear de la que sintió xiblar el cuete y metióse entá más na solombra, En cuantes el resplandiu qu'allumare'l castillete esapaeció, daquién surdió del portal. Yera elli.

— Ya iba siendo hora, ¡cojones! —dixo pa sigu.

Punxo'l pitu nos llabios y arimó'l chisqueru. Yera la señal convenida. Abriéronse les puertes del vehículu y tres homes llantáronse delante del militante clandestín. Mientres lu esposaben, ellí averóse pistola en mano; miró la documentación y asintió con un galbaniegu

¡Adentro con él!

L'españíu del volador detúvolu. —¡Putu fiesta! —reburdió. Miró al revisgu enantes de salir del portal. Naide. Coló pa la cai de la que subía les solapes de la chaqueta, y non pol fríu, sinon pa confundise daque más na escuridá. Sintió'l ruxerrux llonxanu de les tómbales. ¿Qué hora yera? Nun daba cuenta del tiempu que tenía durao l'aconceyamientu, abondo pa lo poco que ficieron, pero tuvo roceanu. ¡Qué tuviesen sollertes! Más, nun te h.ode. Dende «la güelgona» la cosa pintaba mal. Tiénennos munches ganes, dicía Jose Ángel.

Nun van namás a fadianos, nun van parar hasta metenos na trena. Acabáronse les xuntes y les octavielles por una temporada.

Al degolar la esquina aceleró'l pasu al recordar les pallabres d'Antón retumbando:

—Y cuidadín cola sidra, que-y pon pates a la llingua.

Llegó a l'altura del Seat 1500 y les puertes abriéronse de sópitu. Miró amoríáu.

Xelóse-y el sangre al notar al home del gabardu gris encañonándolu pela espalda. Esti asintió cuando-y entregaron la documentación. Plasmáu, Manuel nun yera a creyelo.

Garráronlu y afrelláronlu pa dientro'l coche. Taba de focicos pa contra l'asientu cuando daquién-y sacó'l papel del bolsu la chaqueta.

—Cagondiós. El pasquín. Suputamadre!

Nun pudo pensar más. La patada enllenó-y los güeyos de noxu y d'agua...

¡A LA HUELGA, COMPAÑEROS!

Guardó'l panfletu, volvió a rocear, ronquielló un será hijo de puta y sintió rinchar les costielles de la so víctima escontra la punteral zapatu. Una... dos... delles vegaes. Con saña.

Les pataes pararon cuando se decató que'l tipu baboriaba sangre.

Iguó'l gabardu, prendió otru pitu y tentó de nun pisar el mexu d'aquel castrón al sentase nel asientu incómodu d'escái...

ACCÉSIT JOVEN 2018

ANDRÉS NAVAJAS ORTEGA

RUIDO DEL 34

Entre la tranquilidad de tiempos añorados y la vanguardia del estallido de una revolución, muchas personas vivieron momentos convulsos de la historia y sufrieron pérdidas en sus propias carnes. No era de extrañar que el viento rugiera con fuerza aquella mañana en Mieres. En esa madrugada de 5 de octubre las calles rugieron con energía. Las columnas mineras avanzaban con paso firme y gritando consignas de libertad. Solo recuerdo pequeños instantes de aquellos momentos. Mi madre cerró las puertas y ventanas de casa y preparaba los bártulos para mandarnos con nuestros abuelos que vivían en un pueblo cercano. Mi padre trabajaba en Oviedo y temíamos que se quedara atrapado en un fuego cruzado.

—Se avecina algo grande —dijo mi tío mientras cargaba con algunos trastos.

Allí o eras parte del problema o eras parte de la solución. Fui a un puesto cercano a comprar víveres para el camino. Los dueños permanecían callados, mirando por la ventana con incertidumbre. El cuartel de la Guardia Civil había caído y los revolucionarios ondeaban su bandera. Muchos iban a refugiarse a la iglesia, a la casa de sus padres, en cualquier sitio donde encontraran cobijo. A lo lejos se escucharon disparos desde azoteas, no se veían enemigos cerca, a no ser que el enemigo lo tuviéramos dentro sin darnos cuenta. Poco podía entender un niño el porqué de aquel caos. Solo veía a obreros con puño en alto tomando el pueblo y organizándose para seguir adelante.

—Luchan por sus derechos —me decía mi madre.

Luchar por derechos con tanta violencia. No lo comprendía. Me fascinaba todo aquel movimiento, todas aquellas banderas rojas y negras, pero no entendía aquella agresividad sin sentido. Cuando me peleaba con mi hermano y nos dábamos empujones mi madre nos decía que eso estaba mal.

De camino a casa de mis abuelos veía humo salir de varias casas y algunos cuerpos sin vida asomaban por los cruces. Las tropas gubernamentales estaban reaccionando y luchando en una auténtica contienda. Soldados contra mineros armados con ideales y picos.

Una vez, llegamos a casa de mis abuelos, vimos a mi abuela llorando desconsolada. Mi abuelo había salido a llevar comida a su hermana y se vio envuelto en un ataque de la Guardia de Asalto con la mala fortuna de recibir una bala perdida. El resto lo recuerdo borroso, como si hubiera sido todo un mal sueño. “Tanta oscuridad, tanto malestar. El ser humano no cambiará, le gusta demasiado hacer ruido”.

ACCÉSIT TESTIMONIO HISTÓRICO 2018

MAYTE BLASCO BERMEJO

IQUIQUE, 1907

Se sorprende cuando ve la ciudad emergiendo como un espejismo tras la gigantesca duna dorada. Nunca ha visto una ciudad, ni esta ni ninguna otra. Durante sus ocho años de vida solo ha conocido la pampa y el recinto vallado de la salitrera, correteando como un animal del desierto entre las inmensas tortas de ripio mientras su madre permanece en el barracón, siempre con un bebé agonizante agarrado a sus pechos flacos. «Quiero ir contigo a la calichera», le pide a su padre a menudo. «No sabes lo que dices», le contesta él.

Se sorprende también al ver el mar. «¿Todo eso de color azul es agua?», pregunta. Pero nadie responde. Él y sus padres —junto al nuevo bebé agonizante— forman parte de la masa humana que camina en bloque como en un éxodo bíblico. Hombres, niños y mujeres sin rostro ni nombre, tan solo mano de obra a precio de saldo. «¿Qué les vais a decir a esos señores?», le pregunta a su padre. El niño es listo y curioso. Tal vez habría sido médico o arquitecto de haber nacido en otro tiempo, en otro lugar. «Queremos que nos paguen con pesos y no con fichas», responde el padre. Sus dedos infantiles palpan el tesoro oculto dentro de su bolsillo. La encontró un día en el suelo, junto al barracón, y sueña con que algún día se atreverá a comprar algo con su preciada moneda. Pero el analfabeto hijo del desierto —que no lee ni escribe, aunque habría aprendido rápido si alguien le hubiera enseñado— no sabe que ese tosco pedazo de metal no es en realidad una auténtica moneda. The London Nitrate Co, Ltd. Eso es lo que dicen las letras grabadas sobre la pieza de níquel. De todos modos, aunque hubiese sabido leer, no habría entendido su significado. Nunca sabrá lo lejos que está London de Atacama. Nunca sabrá que muchos de los que ganan dinero auténtico con la extracción del salitre jamás han pisado una salitrera. Es posible que incluso nunca hayan estado en Chile.

La masa obrera llega al centro de la ciudad y se atrinchera en la Escuela Domingo Santa María, donde mineros procedentes de otras oficinas salitre-ras aguardan a que el gobierno actúe de mediador para que los patronos atiendan sus demandas. El ejército está por todas partes, y la masa humana hacinada en el edificio cuchichea nerviosa. El niño escucha muchas cosas, pero solo entiende algunas. «¿Por qué dicen que si no nos vamos abrirán fuego?», pregunta. Su madre llora y le acaricia la cabeza. Tal vez el bebé agonizante haya muerto ya, arrasado por la misma bacteria —u otra parecida— que acabó con los anteriores. Los primeros disparos se escuchan, puntuales, a la hora estipulada.

ACCÉSIT ASTURIANU 2018

JUAN TRENOR ÁLLEN

EL PAGU

Siéntolos venir. La columna de xente xube pela lladera con un compás nos sos pasos sonce, triste, como si nun quixeren dexar buelgues nel so camín. Les antorches resguen la nueche coles sos llaparaes, abellugando a les prietes figures de la escuridá qu'intenta taramialos dende los llaos, y el silenci u ye total, namás rotu dacuando polos sollutos de les plañideres y el glayíu fonderu que sal de les xiblades feches col tueru del castañal y que faen lo que yo yá sé, anunciar la so venida.

Güei traen a Ambatos. Va metanes la procesión, echáu nuna tabla qu'aplasta los llombos los sos compañeros, tapáu por una manta de llana prieta, y acompañáu pola cuerna que-y servía de martiellu y el mazu de piedra colos que sacaba les mios entrañes. Ye'l so pagu. L'intercambiu de siempres, la so vida poles migayes de mio en forma de cobre que-yos servirán pa facer les ferramientes que necesiten pa vivir, pero tamién pa matar. Magar que nun lu llevé yo, acéutolu. Medró dientro de mí. De neñu vilu esguilar peles galeríes más estreches, de guah.e cargar colos capachos enllenos de piedra que sacaba pa fuera pa frañila darréu, golpiándola sistemáticamente pa buscar el malditu cobre y, de vieyu, cola cara escondida tres el sarru del fumu, quemándome les coraes pa fender la roca. Y, con too y con eso, nun lu llevé. Dexé que morriera de vieyu, echáu nuna cama, afogándose, buscando desesperáu l'aire col que llenar unos pulmones yá secos, esconxurándome por nun llevalu como correspondía, con un guelpe na cabeza metanes la galería como fici la selmana pasada con Pintaíos, que namás tenía selce años.

Güei dexen a Ambatos na cabera galería na que trabayó. Zarraránla, y asina quedará hasta que dientro d'unos miles d'años tópe la colos sos güesos daquién que m'estudie. Pero enantes de que eso pase, otros vendrán. Llamaránlos romanos. Estrozarán, ensin respetu dalu, el mio pelleyu a la gueta del

otu, dexándo repuelgos que depués llamarán cárcayes. Ellos nun me pagarán con nada. Namás quitarán.

Pero eso yá ye otra historia. El pagu finó. La procesión baxa silenciosa de vuelta pela lladera. Yá nun faen falta les antorches, l'amanecer protéxelos de les creatures de la nueche. Naide nun fala. Naide nun llora yá. Esti día descansarán, Sicasí, yo siguiré esperando el próximu pagu.

XVI EDICIÓN

2019



Bar Casa Arias. Sama de Langreo. Asturias. 1987

GANADOR 2019

DENIS SORIA FERNÁNDEZ

CALIENTE

Yo nun sé si lo que cuenten ye verdá. A Segundino de Rozaes espéralu tolos díes la muyer a la puerta del chigre pa que se nun se beba la paga:

—Mira Segundino, nun te me pongas neciu y tira pa casa.

Y tiraba, claro. Porque “bocanegra”, como lu conocíen na mina, yera un home de certeces. De dos namás: que yera meyor tropezar coles paredes que cola muyer, y que l’aguardiente nun-y diba devolver aquel fíu que perdiera na fuelgona del diecisiete. D’esto último acordábase siempre, de lo primero... A veces. Pero nesta ocasión “bocanegra” chumaba pol so arguyu. Caliente, un güe casín col que trabayaba de treneru tirando poles vagonetes de llunes a sábadu. L’empresariu quería trayer mules de Castiella y yá nun-y diben arrendar más l’animal. Muncho-y caltriaba vender aquel güe, anque ¿quién diba compra-y aquella bestia ruina, rebaxuela y con un cuernu solu? Tampoco nun quería llevalu al mataderu, si bien Segundino tenía menos soluciones que perres na faltriquera.

Aquella tarde terminaba’l turnu cuando-y salió al pasu’l sarxentu del cuartel de Santuyano, un cazurru de bigote recortadín y sonrisa de cabrón que tenía’l vezu de presentase cada tanto nel pozu y escoyer al azar.

—¡Bocanegra!

Segundino allargó un cariciu a la frente moyada de Caliente, viendo’l so reflexu derrangáu nos güeyos de la bestia, como dos espeyos. Nada fixo sospechar la reacción del güe dempués d’aquel culatazu na cara de “bocanegra”. D’esporión, Caliente pegó una sapada y ensamó nel beneméritu con tan terrible furia que lu espetó col únicu cuernu que tenía pela peor de les partes. Y apañáu d’esta manera, arremellando los güeyos ensin poder mirar a nenyuri, dibuxó un xestu que xeló’l rostru de los dos guardies que lu acompañaben.

—¡Caliente! ¡Caliente! Berraba Segundino ensin fuelgu.

Ente esparabanes y allaríos, escorrieron al güe vocexando hasta que lu desenganchó nuna escombrera, tiñendo'l carbón d'un regueru de sangre y mierda tan desagradable qu'ún de los guardies aflaquéció mientras partoriaba pel superior. Un mes entardó en poder echase boca arriba, y otros dos más en salir del sanatoriu. Nun volvería al pozu, a nengún otru.

—Yo te lu compro, Segundino.

Hai quien diz qu'enxamás lu vendió.

ACCÉSIT JOVEN 2019

ELISA PALACIOS MORETA

MATEO

A veces creo que me falta respirar.

Es entonces cuando pienso en Mateo.

Ahora, que solo conservo una vieja fotografía de mi hermano con los bordes gastados y de color diluido por el tiempo, pienso en él más que nunca.

Hoy, vivo en la blanquecina habitación de un hospital tan luminoso, que duele ver. Y en los últimos días de vida, solo contemplo la imagen de Mateo.

Tengo pocos recuerdos suyos, todos relacionados con el pueblo. Era un lugar salvaje y caluroso. Un paraíso de casas para nada uniformes y de colores arenosos. Las piedras que adornaban los muros y resguardaban las casas en invierno parecía que jamás abandonarían sus firmes puestos de trabajo.

Era entonces un niño, y como tal, creía que todo lo que me rodeaba se veía envuelto de una fascinante eternidad natural. El mundo era para mí, lo que siempre sería, por muchos años que pasasen.

Así lo eran también para mí mi padre y Mateo. Siempre tan grandes y tan seguros de lo que hacían. Mateo era diez años, tres meses y un día mayor que yo. Mi padre siempre lo decía, exactamente así, cuando yo fruncía el ceño a causa de algún privilegio que mi hermano tenía sobre mí.

Pero sobre todo, el recuerdo que se repite en mi cabeza es el de ellos dos, cargados de picos, palas, cuerdas, cascos, trajes y un pequeño canario enjaulado; entrando en la boca repleta de dientes afilados del lobo.

Cada día, les oía trastabillar en la cocina muy temprano. Ambos eran torpes y ruidosos, y hablaban a gritos. Incapaz de quedarme en la cama durante horas hasta que empezase la escuela, me escabullía por la ventana de atrás, la del cuarto de baño. Los seguía hasta la entrada de la mina, sin que me viesen, porque papá pensaba que era demasiado pronto para que un niño de mi edad

estuviese despierto. Y observaba como los tres, papá, Mateo y el canario, se adentraban en la penumbra de la mina.

La mina. Era una palabra temblorosa, una de esas que vuelan demasiado rápido de los labios, como si fuesen frágiles y cristalinas.

Frágiles como el ruido de Mateo por las mañanas, o como los piales del canario. Frágiles, como los días en los que puedo inhalar tranquilamente, sin la penumbra de la mina acechando.

La última vez que vi a Mateo y al canario, fue en una de esas tempranas escapadas. Le vi hablar con mi padre, balancear suavemente la jaula del canario, y sumirse en la oscuridad del polvo, la grava y el humo. No volvió. El pájaro tampoco.

Años después, camino por los pasillos limpios con los pies manchados de carbón y piedrecitas que se me han ido quedando dentro del zapato a lo largo de los años.

Años después, cuando a este viejo le fallan los pulmones y cree, con razón, que no puede respirar, es entonces cuando piensa en Mateo, su hermano.

Y lo mucho que le echa de menos.

Y el poco tiempo que le queda, y las palabras que ya no...

ACCÉSIT TESTIMONIO HISTÓRICO 2019

DAVID VILLAR CEMPELLÍN

A.P.

Un objeto destaca sobre los demás en el Museo de la Minería de Gallarta. Entre picos, mallas, vagonetas, cascos, genéfonos, candiles y uniformes, confundido entre decenas de herramientas y fotografías antiguas, se puede ver el *Acta de defunción* de un niño de nueve años. Alonso Palacios, el nombre de aquel niño. Alonso Palacios, rescato su nombre para salvarlo de esa segunda muerte que supone el olvido.

Nada sabemos de aquel niño y nada queremos inventar. Que era natural de Soria y falleció en la mina son los datos que facilita el museo. Acompañan su Acta de defunción con una cita al pie de Dolores Ibarruri, que también conoció lo que era el trabajo infantil en torno a la mina de Concha II.

Pero como no queremos fantasear con su vida, como no queremos realizar conjeturas en blanco y negro con aquello que resulta sencillo de imaginar — miseria, humedad y enfermedades respiratorias motivaban una tasa de mortalidad infantil del 250 por 1000, así acontecía la vida en la zona minera de Bizkaia durante aquella época—, prestemos pues atención al objeto. Fijemos nuestra mirada en el documento colgado sobre la pared: se trata de un sencillo papel escrito con trazo rápido, torcido, con letra de médico. Un sello ilegible certifica el fallecimiento, como dando validez a lo descrito en él. El tiempo lo ha amarilleado poniendo distancia entre nosotros y aquello que narra, pese a que apenas ha transcurrido un siglo. Resulta aterrador por su sencillez, por la cotidianidad, por el formalismo burocrático.

Es inevitable detenerse ante el *Acta de defunción* de Alonso Palacios, un impreso que obliga a detenerse al visitante del museo. Provoca la reflexión. ¿Fue Alonso uno de tantos niños barrileros transportando vino y agua? ¿Vivió en un barracón comunal? ¿Conoció algún tipo de educación? ¿Supo lo que era jugar? ¿Su madre tuvo tiempo para llorarlo desde el lavadero de mineral? Las preguntas asetan nuestra conciencia, pero nada interrumpe la

continuidad de su muerte. Alonso murió hace un siglo y, como si la realidad se filtrara a través de una gasa, nuestra moralidad es contraria a admitir ese hecho. Ahuecamos las palmas en señal de oración, nos llevamos las manos a la boca con gesto de horror, la pátina ambarina de ese papel representando una escenografía cruel que nos negamos a aceptar. Alonso tenía nueve años, ¿cómo pudo morir en una mina? ¿Cuándo abandonó la infancia para convertirse en estadística? ¿En testimonio?

Son conocidas las causas que desembocaron en el fuerte movimiento obrero que, a principios del siglo XX, floreció en La Arboleda, Gallarta, Galdames, Trapaga, Sestao: los salarios infrahumanos, la obligatoriedad de comprar en las cantinas, la alta accidentalidad, la insalubridad que convergía en silicosis y polio. Médicos como el Doctor Areilza, sindicalistas como Facundo Perezagua y políticas como La Pasionaria concentran los grandes nombres y daguerrotipos de una época semiolvidada, pero a mí me gusta añadir el de Alonso Palacios, niño de nueve años que murió en una mina. El pasado restituye lo que fuimos. No estamos muertos si sabemos hacer de aquella nuestra rabia.

ACCÉSIT ASTURIANU 2019

ROBERTO XOSÉ FERNÁNDEZ

AVIENTU-18

A Yovana, a Darío, sangre minero de varies xeneraciones cuerre peles sos coraes.

Por ser, por tar, por too.

¡Por fin la lluz del día!, orbaya, upo la persiana metálica que rincha como quexándose y sofítola na colgadiella, la embarcadora baxa les pontes y sube la barrera, arreblago per debaxo. Llibertá.

El orpín destiñe los cascós, ye trentaiún, hai gayola y folixa nel ambiente, glayíos, ixuxús, chancies, mañana nun se trabaya, ye fiesta. Los pasos entainen, ya nun son tan curtíos como cuando van en direición contraria. Fai frío, mucho cutu o quiciabes non, pero'l contraste col sudu, col mugor asina me lo fai sentir. Nun m'importa.

Dexo'l Fenzy nel so furacu, escolingo la chapa. Pongo'l focu a cargar, prendese dos vegaes como chisgándome un güeyu, como despidiéndose, escolingo la chapa. Merco un agua na llampistería pa baxar el polvu del gargüelu, el llitru y mediu que baxé nun foi abondo. Empobinome pa la casa baños, prendo un pitu, tuso, carpio, surnio, ferviello, cuspio. Cuspio derrota, deceición, mocos prietos... rabies. Escolíngome dafechu.

Empeno'l cascu nel colgaderu, en sintíu lliteral, sí, pero tamién metafóricu, como los bosiadores ecolinguen los guantes o los fubolistes les botes al retirase. El mio retiru ye forciau, políticu, ¿ambiental?

El agua puerco amiya piernes abaxo faciendo un champán prietu alreduer de les chancles. El mio compañeru frotame'l llombu con más fuercia de la avezada. Ye igual, reláxame, yo ensin decatame faigo lo mesmo cola espalda del "vagón" d'altre nesi tren improvisau que se forma tolos díes nes duches. Arrincar el carbón del pelleyu entemeció col aceite del martiellu de barrenar, cuesta cuasi tanto como arrincalo abaxo. Fino la esfriega delantre'l espeyu dexando la piel nidia, rellumante, la raya los güeyos queda sollerte, como pintada col meyor llapiceru eyeliner del mercau. Llistu.

Camudome n'ayén, despacín, saborguiando'l intre, talantando en finca-y el diente al pitu caleya con patatinos, que de xuru tendrá iguau mio má pa la cena, como toles nuechevieyes. Préstame a esgaya, les renumbrances aloyeres, afayadices, danme un respiru.

Piesllo la taquiella, toi cansu, galdíu, siéntome abangáu nel bancu, nun quiero colar, güei non, miro al rodiu mio, pero miro colos güeyos zarraos, como pa guardalo nel caxón d'esos alcordances que nun quies que se pierdan nel desiertu'l escaezu. Naide diz nada, ya nun hai niciu de la gayola, de les chancies, solo ruxerus, solo un tudeburde atristayáu. Xingo los costazos, resígnome.

Morrió'l día, l'añu, el romanticismu, la llucha, la brenga, el puxu, la resistencia, les fuelgues, los dos siglos d'hestoria, el futuru...Asturies.

Esti añu portémonos endemasiao bien, fuimos mui blandios. Si mio güelu o cualesquier d'aquellos homes de los d'enantes, de mirada seca, de boina calada, de madreñes ensin ferrar, de llámpara al costín, llevareren la tiesta... Queden seis díes pa que vengan los reis y como a tolos neños bonos, nun mos van a traer el mineral pol que naguamos ¡CARBÓN!

XVII EDICIÓN

2020



Lavadero de carbón de Sovilla. Mieres. Asturias. 1997

GANADOR 2020

DENIS SORIA FERNÁNDEZ

LA PICADORA

—Ca la boca, Manuel, que nun tengo la castaña p'amagüestus. —espetó Tomasa, la picadora de Caraviés, quien yá tenía abondo con gastar les últimos pesetes de la selmana, como pa encima aguantar les marranaes del carniceru o les miraes al revisgu de les paisanes de la fila. Lo que poques sabíen ye que Manuel, "El Ranchu", yera un confidente bien agradecedín de la Guardia Civil, un golfazu que mataba'l tiempu sacando ceruyu de les oreyes col mesmu deu col que señalaba a los vecinos.

—¡La mina nun ye llugar pa una muyer!

—Tampoco pa un home —contestaba clavando la mirada, pos el picu nun-y sacaba angüeñes desque suplicara cubrir el puestu del maríu, postráu pa siempre por mor d'un accidente. Y asina, pel día picaba nel socavón y pela nueche entibaba so casa. Pero a pesar d'abrir con remangu más metros que naide, la soberbia de los faltosos qu'entraben cada mañana cola camisa planchada mancába-y más que'l dolor de regla.

La fía, Celina, trabayaba na escombrera coles otres muyeres, enllenando vagones a palaes. Abellugaes d'aquella lluvia necia por un sacu mangáu pela cabeza, nun asperaben muncho de la vida, namás que'l turullu y el xabón-yos llimpiara la negrura y el fedor de los homes que teníen qu'apartar como quien quitaba'l sudu de la frente.

Cuando avientu enfrió'l llume de la revolución, malpenes la metá de los doscientos mineros de Santufirme pudo tornar al tayu. El restu, señalaos por un deu puercu, rucaben los dientes aguardando l'aprobación de "Esteve", el capitán del cuartel de Posada.

—Nun me trayas más almóndrigues, ma, si me les zampen toes los guardies... —dixo Celina, quien falaba un poco más alto de lo normal dempués de quedar mediu xorda d'una hostia.

—Tate tranquila, neña. Yá lo sé... —marmulló Tomasa dende'l otro llau de los barrotes.

Polo visto, El Ranchu siguía aporfiando día sí y día tamién coles sos insinuaciones, pero esa mañana punxo la pesllera a la puerte del local y soltó la bomba:

—Ye mui fácil, Tomasa, mui fácil. Si quies que fale bien de la to fía a Esteve has poner de la to parte...

Al poco, ensin testigu que denunciare, dexaron marchar a Celina y al restu de compañeros, conscientes d'a quién debíen la llibertá. Al carniceru, pela cueta, topáronlu delles selmanes más tarde nuna campera d'El Santufirme. Nun daba cuenta d'elli mesmu. Esbabayáu y temblorosu, enxamás volvería sacar ceruyu, nin señalar a naide...

ACCÉSIT JOVEN 2020

ELIA ZAPICO FERNÁNDEZ

TESOROS

Praona

Cuando mi güelu murió me dejó una nota, decía así: Agora que ya no estoy hay cosas que deberías saber. Busca en la cocinona, en el horno, allí te escondí un tesoro. Búscalos con ganas, hace muchos años que lo escondí y lo escondí para que nadie lo encontrara. Pero ahora quiero que ya lo encuentres.

Yo de aquella era un crío. Me lo creí y crecí buscando un tesoro en el que solo yo creía, me esperaba un cofre lleno de monedas antiguas de oro y plata tipo tesoro pirata. Hasta que cumplí los diez años, harto de que mis hermanos se rieran de mí por buscar el tesoro del abuelo y de no encontrar más que telarañas en aquella cocina desistí. No volví a pensar más en el tesoro hasta el año pasado. Mi padre se había aficionado a la cocina y quería arreglar la vieja cocina. Como ahora estoy prejubilado me ofrecí a hacer yo la obra. ¡Qué susto que me llevé! Estaba echando el horno abajo y de repente sentí un golpe metálico. A mis pies apareció una caja de latón desgastada y vieja. Allí estaba el tesoro que llevaba cuarenta años esperando. Mis sueños infantiles se vieron completamente frustrados, en lugar de un cofre de una madera exótica repleto de oro y plata hallé una caja vieja de latón que contenía fotos antiguas y cartas. No supe valorar lo que tenía entre manos hasta que hube leído todas y cada una de las cartas. Todas eran de la misma persona y dirigidas al abuelo. Eran de una tal Bárbara, fue la novia del abuelo hasta que tuvo que marchar a Francia. Su padre era minero, republicano, sindicalista y comunista, no tuvieron otra opción. Se estuvo escribiendo cartas con él hasta que murió. Lo increíble es que mi abuelo y ella se escribían mensualmente y la abuela nunca lo supo.

Biarritz, 22 de octubre de 1940

Querido David,

Leo tu última carta con mucha pena. No te sigas atormentando por lo sucedido. Cumpliste tu deber, mataste hombres buenos, sí, pero era lo que tenías que hacer y no dudes ni por un instante que ellos no te hubieran hecho lo mismo.

No debes preocuparte por mí, sí, ya ha pasado un año desde el fin de la guerra, pero volver sigue siendo muy peligroso. Además, mi tuberculosis no mejora, el médico me ha dicho que si sigue así no llegaré al año que viene. Cásate con Rosa, ella es buena, te tratará muy bien y te querrá, quíerela tú también como un día me quisiste a mí.

Cuídate, te espero en otra vida, en otra donde ni las fronteras ni las ideologías nos separen.

Siempre tuya, Bárbara.

Esta fue la última carta que el abuelo recibió de ella, venía acompañada de una foto, en ella se veía a la mujer más hermosa que he visto nunca. El abuelo cumplió las ordenes de Bárbara, se casó con la abuela y se quisieron mucho, pero ahora todos sabemos que su mayor tesoro siempre fue Bárbara.

ACCÉSIT ASTURIANU 2020

FRANCISCO ÁLVAREZ GONZÁLEZ

POZU CANTÁBRICU

*A l'alcordanza de Lezo Urreiztieta (1907-1981),
marinu vascu.*

Aquel día d'ochobre de 1934 paecía que la galerna del Cantábricu formara alianza coles tropes de Franco, Goded, Yagüe y compañía pa neganos la salvación. Dende'l momentu en que zarpamos d'El Musel, cola derrota pisándonos los calcaños y los buques de guerra Almirante Cervera y Jaime I acechando nes agües que tenemos per delante, el barcu nun dexó de dar bandazos como un trubiecu azotáu pola mano violenta del diañu. Les foles estrellábense nel cascu como vagonetes escarrilaes, el vientu ruxía como un derrabe de carbón ensin fin, la mar atronaba como una esplosión de grisú. Munchos tábemos vomitando pela borda o garraos unos a otros pa nun resbalar pela cubierta, mientras el capitán Lezo andaba ente nosotros repartiendo palmaes nel llombu y sorrisos d'ánimu. Vilu venir hacia mi col pasu rectu d'un equilibrista avezáu a caminar sobre l'alambre.

—¡Aúpa, asturianu! —soltó'l glayíu sobre'l mio cogote mientras yo soltaba sobre la mar lo poco que comiera esi día—. Nun me digas qu'unes poques foles van arrugar a unos mineros revolucionarios...

—Esto ye peor qu'andar a tiros colos lexonarios —bromié—. Y ye la primer vez que subo en barcu.

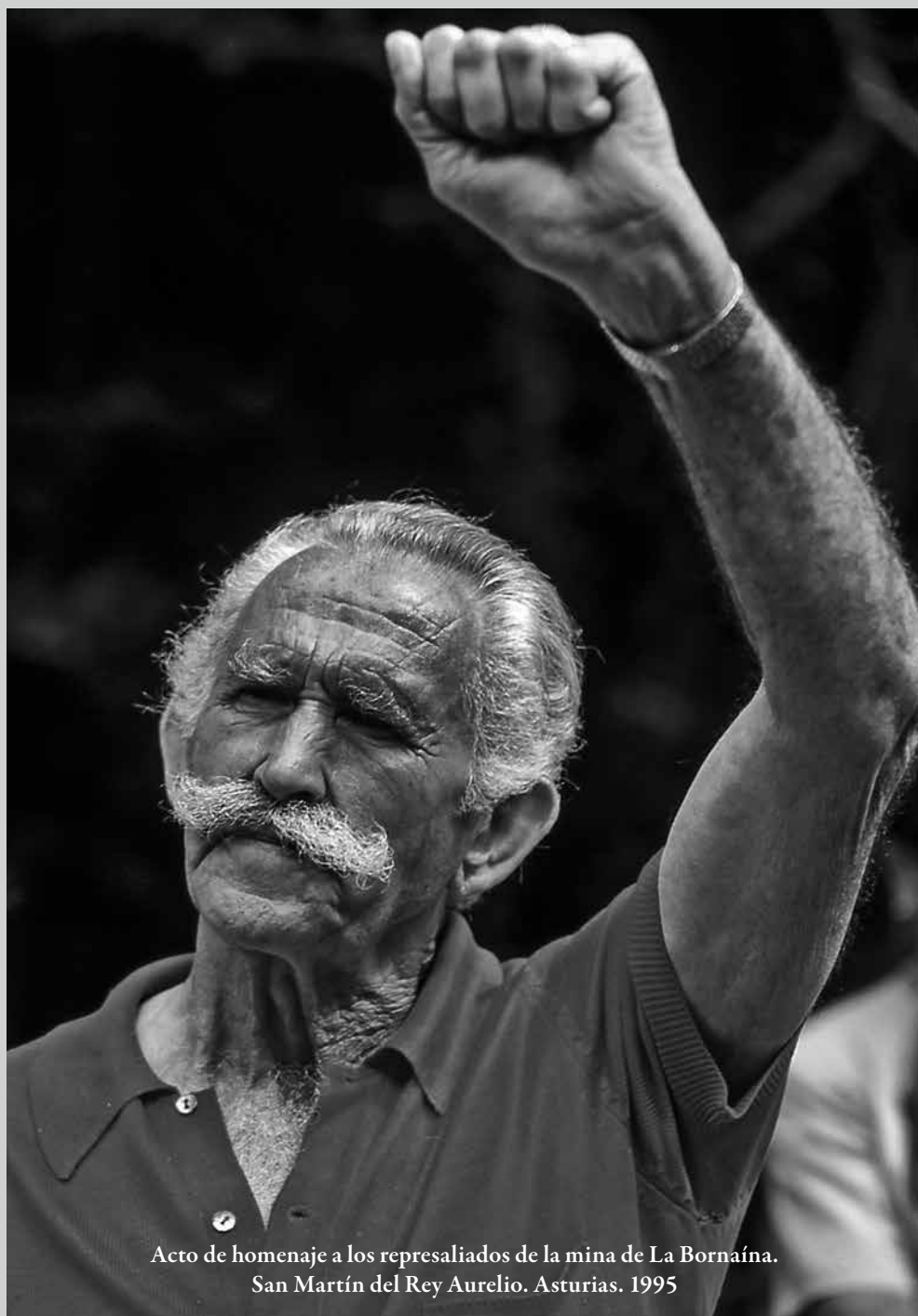
—Nun pasa nada. Echa tolo que tengas qu'echar pela borda, ye abonu pa los pexes —dixo botando una risotada mientras marchaba arrechu hacia la ponte de mandu. Nun volví falar con él hasta la segunda y última travesía que compartimos, n'otru mes d'ochobre, catorce años más tarde, cuando yá perdiéramos la revolución, la guerra y la guerrilla. La situación yera insostenible pa los que siguimos fugaos y tres de la masacre del pozu Funeres la dirección del partíu fletó dende Francia un boniteru, capitaniáu por Lezo (quién si non) pa sacanos d'Asturies. Al embarcar a escures nel puertu de Lluanco,

reconocí la boina negra, les ceyes grueses, el cuerpu trabáu y el xestu risón de Lezo. Di con él la parpayuela mientres el pesqueru, con un maquinista y un marineru francés como única tripulación, ponía proba al Golfu de Vizcaya. Lezo añadía una risotada en cada capítulu que diba cuntando de les sos vivencies en dos guerres, la española y la francesa: falóme de la flota qu'armó pa llevar fusiles al bandu republicanu en Bilbao regatiando'l campu de mines que semara la marina franquista, del barcu col que sacó de la Francia ocupada a decenes de families xudíes burllando a la Gestapo y al réxime de Vichy... Revelóme tamién el pequeñu secretu de que nesos años bautizara dos de los sos pesqueros colos nomes de Santa Bárbara y San Mamés non pola so condición de católicu y aficionáu del Athletic, sinon por almiración a los mineros. Fízoseme curtia aquella travesía d'una trentena d'hores que ficimos una trentena de fugaos y enllaces. Atracamos nel puertu de Sant-Jean-de-Luz cuando se cumplíen once años y once díes de la caída d'Asturies. El marinu vascu despidióse de nosotros abrazándonos, ún a ún, a tolos homes y a la única muyer de la espedición.

Dalgunos baxamos de nueves a la mina nel esiliu, yo ganéme'l pan pican-do carbón en pozos d'Occitania. Volví a la mio tierra siendo tovía mineru y retireme equí. Cuando llegó la noticia de la muerte de Lezo en Francia, los que regresáramos a Asturies y tovía vivíemos reunímonos na bocamina d'un pozu del Nalón pa tributa-y un homenaxe discretu, íntimu. Yo propunxi comprar una corona de flores, pero un compañeru tuvo una idea meyor: adornamos el castillete col dotador d'un pesqueru nel qu'escribimos, con pintura negra como la pez, el so nome: Lezo Urreiztieta Rekalde. Tamién colgamos un pedazu de madera nel qu'escribimos, con pintura negra como'l carbón, el nome col que rebautizamos el pozu per unes hores: Pozu Cantábricu. Y sumóse al actu una visitante inesperada que posó les pates sobre'l castillete... Aquella gavilueta volara treinta y cinco kilómetros tierra adientro, quiciás dende El Musel o dende Lluanco, quiciás emburriada pol vientu xenerosu y poderosu de la llibertá.

XVIII EDICIÓN

2021



Acto de homenaje a los represaliados de la mina de La Bornaína.
San Martín del Rey Aurelio, Asturias. 1995

GANADOR 2021

LUIS PACHÓN GÓMEZ

LA SOTA DE BASTOS

En un pozo. Así morían los varones de su familia. Y él, estaba convencido, no iba a ser la excepción. Para capear el terror que esta idea le producía, todas las mañanas, el más bien bruto pero bonachón Dolfo desempolvaba el contrato que, unilateralmente, hacía treinta años, había rubricado con Dios: barajaba la baraja de su padre y robaba una carta. La única cláusula del contrato establecía que solo el día en que sacase la sota de bastos habría de morir. Así, se concedía treinta y nueve contra una posibilidades de conocer un día más, y al Altísimo la suya de llevárselo cuando le placiera. Puede resultar increíble, pero en tres décadas nunca había extraído dicha sota.

La confianza que Dolfo depositaba en ese arreglo era absoluta y obtenía calma de él, pero esta no duraba más que un día, hasta el siguiente robo de carta. Por eso, ahora, pese a los dolores, estaba tan exultante, recibida la noticia de que, a causa de la grave lesión de su pierna, se le sacaba de la mina. Tal fue su euforia que, por primera vez en meses, astroso y barbudo, echó mano al cayado y salió de casa, a dar una vuelta por el bosque cercano. Un breve paseo que debía ser glorioso, pero que terminó de forma abrupta. No supo el motivo hasta que lo plantaron, bajo el abrigo de un árbol, ante el sargento Aza. Corrían aquellos tiempos de rescoldos de resistencia, y el más célebre de los «persistentes» del contorno no era otro que Xuan García «*Pin*». Aza le profesaba un odio cervical a dicho guerrillero, por muchas razones pero, principalmente, porque al escurrírsele cuando ya casi lo tenía cazado, con un ingenioso ardid, este había demostrado ser más listo que él. Dolfo, por su parte, no tenía nada que ver con *Pin*... Salvo que, al parecer, con su desaliño actual, resultaba fatalmente idéntico a él.

Atenazado por un pavor superior al de cualquier mañana, Dolfo trató atropelladamente de explicar que él no era *Pin*, pero el sargento no atendía a razones: la semejanza era demasiado grande. Incluso, y sobre todo, por la

cojera del reo, pues cuando *Pin* huía Aza había abierto fuego y él y sus hombres habían alcanzado a ver cómo este echaba mano a una pierna, aunque, de pronto, no coincidían entre ellos a determinar a cual. Esta laguna en su recuerdo llevó a una discusión, en medio de cuya virulencia a Dolfo, zaran-deado, fue a escurrírsele la baraja del bolsillo.

Incapaz la compañía de ponerse de acuerdo, a Aza se le ocurrió entonces una curiosa forma de esclarecer la cuestión. Le preguntó a Dolfo si juraba ante Dios no ser *Pin*. Dolfo asintió, pero Aza también dijo jurar que sí lo era. «Aclárelo Dios» proclamó a continuación. Jugador de cartas empedernido, Aza retó a Dolfo a una partida de siete y media, de cuyo resultado habría de extraerse la verdad. El azar, o el destino, concedió a Dolfo un dos en la primera carta y un cinco en la segunda: siete. «¡Me planto!» pensó al instante. Pero, por causa de los nervios, de su boca no salió sino el pedir otra carta. Una... que no resultó ser otra que la sota de bastos: media. Victoria. Según las bases establecidas, la verdadera identidad de Dolfo quedaba refrendada ante los ojos de Dios. Por desgracia, sin embargo, tan afortunado lance solo hizo que avivar los complejos y despertar la ira de Aza, quien acusó a Dolfo de haber hecho trampas para intentar engañarle de nuevo, como hiciera en su anterior encuentro. Y así, sin perder un instante, desenfundó la pistola y disparó al falso *Pin*, que se precipitó a la sima que se abría a los pies del árbol, donde agonizó hasta encontrar la muerte.

ACCÉSIT TESTIMONIO HISTÓRICO 2021

ALEJANDRO MARTÍNEZ RODRÍGUEZ

MARÍA, LA MADRE DE TODAS LAS HUELGAS

El maíz es el alimento de las gallinas y yo no soy un gallina, pensó cuando vio la plaza del pozo llena de maíz y le espetó a su compañero. ¡Hay que parar! ¿O qué somos pitas?

—¡Calla, oh! Que paren otros, que nos van a moler a palos en el cuartel de Villablino.

Hace días que las vagonetas salen pintadas con tiza: “O nos aumentan los salarios, o nos unimos a los asturianos”. Al norte de la cordillera cantábrica llevan casi un mes en huelga, y en Laciana la situación se vive entre el miedo y la expectación, todos quieren parar, pero nadie quiere ser el primero.

La noche del 4 al 5 de mayo de 1962 fue larga para los militantes comunistas del Pozo María. Una mezcla de miedo y emoción, a partes iguales, recorre su cuerpo. Una arriesgada acción con la que estaban a punto de hacer historia. *Con esta preparamos la madre que la parió*, dice Aníbal a Tomás y Belarmino mientras siembran cereal entre escombros y estériles.

El maíz brilla con los primeros rayos de sol, es un piquete informativo mudo pero tremendamente ruidoso. En el cuarto de aseó nadie habla pero todo el mundo entiende. Las miradas son *penetrantes*, no matan, pero paralizan. *Cago en dios, que nos muelen, que nos muelen a palos*, murmura el minero entre dientes, como masticando las palabras. *Calla la boca y tira la lámpara al montón, que no somos pitas*, balbucea insistente su compañero.

La sirena suena, pero ningún minero la escucha. Las lámparas se apagan sin haberse encendido. El eco de las voces de los obreros resuena a pesar de su silencio. La tensión contenida estalla, el tiempo detenido se acelera. La percha no baja, el carbón no sube, la jaula no baja. La adrenalina recorre el cuerpo de los huelguistas. Un respiro de alivio el de los sembradores, que ven su cosecha crecer. La radio local anuncia el Estado de Excepción en un país en el que

ya era la norma. “En la cuenca minera de Villablino se respira un ambiente extraordinario”, anuncia una carta con destino a otra radio, *La Pirenaica*. La fuerza pública se mueve para evitar el paro. Los mineros han decidido parar y, sin embargo, algo se mueve. Los esquirolles quieren trabajar, los de las *chaquetas vagas* les quieren ayudar, las mujeres se lo quieren impedir. Cada contracción acerca el parto.

El 2 de mayo el Real Madrid pierde la final de la Copa de Europa contra el Benfica. El 5 los mineros de María paren una nueva huelga. El 7, para todo el valle de Laciana. Una explosión por simpatía que, en Franco y su dictadura, produce una enorme antipatía.

Mayo es el mes de María. El mes de la luz. El mes de las flores. El mes del deshielo. El mes en que la vida brota. En mayo María baja de los cielos. Sin embargo, ese año en la España nacional católica, María no bajó de los cielos, subió de la mina. La madre de todos, con pecado original y con dolor, parió a aquella criatura tan hermosa. *La madre de todas las huelgas*. En ocasiones, de lo más oscuro sale lo más brillante y de lo más silencioso, un grito atronador. Ese mayo dio a la luz una huelga silenciosa que hacía florecer las esperanzas de una España mejor. *Tienes razón compañero, no somos pitas*.

XIX EDICIÓN

2022

EL POZU QUE NON VA A PESLLAR



Pozo Nicolasa. Mieres. Asturias. 2020

GANADORA 2022

CHIARA BERTOLA

MARCINELLE

El día de su muerte, Giuseppe se despertó de buen humor. Después de todo un año de trabajos forzados, por fin faltaban sólo unos días para regresar a casa, a Italia. Abrió la puerta chirriante de la cabaña antes de que el sol empezara a iluminar el cielo, y se fue por el camino de tierra oscura, ennegrecida por las huellas de las vagonetas de carbón de las minas. El perfil de los cuarteles dormitorio se esbozó en las nubes, sus líneas de pobreza recordaban con excesiva claridad el destino anterior de esos edificios, almacenes para inocentes en un antiguo campo de prisioneros de la Segunda Guerra Mundial. Se dirigió hacia las torres de acceso a los pozos. Junto a la puerta de la entrada, vio una bicicleta oxidada y vino a su memoria la excursión que hizo un año antes con su hija. Habían descendido la colina hacia el puerto, para el desayuno del domingo cerca del mar. Ella estaba sentada en equilibrio sobre la barra y en su rostro estaba pintada una expresión de serenidad. Él pensó que esto sería lo primero que querría hacer una vez llegado a casa. Cargaría a Teresa en la bici y recorriendo la ruta hasta el muelle, iría a tomar un café en el bar de Toni. Cuando llegó a la jaula, se encontró con sus compañeros de trabajo y juntos salieron de la noche momentánea para sumergirse en la oscuridad sin fin de la mina. Un ejército de sombras dóciles en procesión hacia el centro de la tierra. Mientras descendían hacia el vacío, Giuseppe se hundió como es habitual en la capa de aire húmedo y pesado, mientras que las fosas nasales se llenaron del olor agrio del subsuelo.

—Acabamos de llegar a mil treinta y cinco metros bajo tierra, aquí está nuestra oficina. Abrid las ventanas para ventilarla, regad las plantas y preparad los tinteros, porque hoy tenemos que escribir mucho -dijo irónicamente con actitud autoritaria, entre las risas amargas de sus compañeros.

Se metieron en el túnel oscuro, que iluminaron con las linternas colgadas en las paredes, y tomaron posiciones para empezar a excavar. Después de los

primeros disparos de martillo neumático, un bloque similar a un pequeño balón de fútbol se separó de la pared, y Giuseppe recordó el patio trasero de su casa, la portería dibujada en la pared y la pelota que regaló a su hijo cuando le enseñó a chutar. Parecía una mañana como cualquiera otra, marcada por los golpes rítmicos de los instrumentos y por el rechinar de las ruedas sobre las vías. Pero, de repente, se oyó un fuerte ruido seco entre las paredes oscuras, un sonido diferente de los que otros que bajó rápidamente desde la parte superior del pozo. No fue tanto el ruido sino la vibración lo que les alarmó. Pronto se dieron cuenta de que algo grave había sucedido, porque la mina se sumió en un silencio ensordecedor, roto solamente por algunas voces excitadas provenientes de los pisos superiores, y la primera reacción fue volver al pozo para oír lo que decían. También trataron de activar el ascensor, pero estaba bloqueado. Desde la chimenea el humo espeso estaba bajando rápido y amenazante, y como un pulpo se introducía en las galerías laterales. No se puede huir cuando estás en el fondo de un agujero de un kilómetro de ancho. Sólo te puedes arrodillar y rezar, aunque no tengas ni idea de las oraciones. Desesperarse o confiar en que alguien pueda llegar. Se movieron en grupo desde el túnel principal y se deslizaron en profundidad, buscando un refugio donde el humo no pudiese llegar, pero todos eran muy conscientes de lo que iba a suceder. En una atmósfera de extraña compostura, Giuseppe se sentó, cerró los ojos y se refugió en sus pensamientos. Pensó en la desesperación de morir lejos de su casa, en Bélgica, vendido por su propio gobierno por unos pocos kilos de carbón. Pensó en su bicicleta llena de polvo en un garaje, en una pelota abandonada en medio de un patio. Y una lágrima trazó una línea clara en el polvo negro de su cara.

ACCÉSIT TESTIMONIO HISTÓRICO 2022

MARÍA JOSÉ LOMBRAÑA DE LOS RÍOS

AMARGADO EN ANÍS

Insúa era toda una celebridad, hombre claramente carismático, en una pequeña localidad de las estribaciones de la sierra del Brezo. Nadie recuerda su nombre de pila, pues todo el mundo le llamaba por el apellido. Cada noche, puntualmente, se cogía una monumental cogorza dándole con ahínco al anís. Las raras ocasiones en las que estaba sobrio era precisamente cuando muchos bebían una copa de más. Es más, sabía, a su antojo, comportarse con dignidad en días señalados de fiestas familiares: comuniones, bodas o bautizos. Recuerdo que iba siempre pulcro, con su camisa blanca recién almidonada, arremangada hasta los codos, y el pantalón oscuro, de tergal, con la raya bien planchada. Se ponía en el extremo izquierdo del mostrador, su lugar habitual. Era gallego, decían que de Mondoñedo, allá por Lugo, y había recalado en la montaña palentina, comentaban las malas lenguas, persiguiendo a una buena moza, con la que luego se malcasó al dejarla preñada. Procedía ya de una familia desestructurada y no pudo escapar a su triste destino.

A pesar de las cantidades ingentes de alcohol -aguardiente anisado- que bebía diariamente, se comenta que jamás faltó a su cita matutina en el pozo Pedrito Segundo. No me explico cómo podría picar y barrenar la antracita o simplemente levantar el martillo picador de ocho kilos, que los veteranos suelen manejar con un solo brazo en ratoneras de 30 centímetros.

Contra todo pronóstico murió a avanzada edad, pero lo que le remató fue el fallecimiento repentino de su único hijo varón en un desgraciado accidente en la mina de San Claudio. Se inundó una galería por la rotura de un acuífero. Insúa padre pereció apenas seis semanas después del duro golpe, de un cáncer fulminante dijo el médico; sin embargo, personalmente, creo que fue la pena que se incrustó en su fatigado corazón. Su mujer y sus tres hijas le

EL POZU QUE NON VA A PESLLAR

lloraron durante meses. Todavía hoy, en un bar que ya no existe, en una localidad de la Peña, le siguen recordando con entrañable cariño.

(Inspirado libremente en una historia real).

XX EDICIÓN

2023



Mineros del Pozo Venturo. San Martín del Rey Aurelio. Asturias. 1989

GANADORA 2023

CLARA RUIZ LÓPEZ

GENEALOGÍA

Atravesaban la puerta encorvados, con el peso del cansancio a cuestas. Y nosotras observábamos por la ventana, en silencio, cómo la oscuridad engullía la silueta de sus cuerpos apocados. Minutos después de su partida, nuestros ojos seguían adheridos a la forma imprecisa de una roca o un árbol lejanos. Sumidas en la quietud de la noche, susurrábamos: *va a estar bien. Seguro que estará bien*. Todos los días comenzaban así: con la partida de nuestros maridos a la mina y un leve temblor agarrado a las manos y el pecho.

Nuestros maridos salían de casa abrazados a las sombras de la madrugada; nosotras salíamos cuando el cielo adoptaba el color de los melocotones maduros. Salíamos después de barrer, fregar, preparar el desayuno de los niños y echar el grano a las gallinas. Las familias de los trabajadores de la mina vivíamos en la montaña. El pueblo quedaba al norte, pero nuestras miradas siempre apuntaban al este; donde la boca hambrienta de la mina ocultaba los secretos de la tierra. En el pueblo nos abastecíamos de verduras y medicinas; visitábamos a familiares y antiguos vecinos; compartíamos noticias frescas. A veces alguna de nosotras aparecía en la plaza Mayor con los párpados arrasados por el llanto y el pelo revuelto. Relegábamos los quehaceres pendientes para amparar a la desdichada. Recogíamos su dolor y lo hacíamos propio. La mina nos alimentaba y calentaba nuestros hogares, pero también nos convertía en viudas y dejaba a nuestros hijos huérfanos.

Para cuando nuestros maridos regresaban a casa, nosotras acabábamos de apagar los fogones de la cocina. Con su llegada, el olor a mineral añejo invadía las habitaciones. Nuestros maridos eran bajos, altos, corpulentos y espigados. Nuestros maridos estaban cansados, pero sonreían al besarnos los labios. Tras haber devorado un plato de comida humeante, cantaban canciones gestadas en las entrañas de la mina. Y nuestros hijos escuchaban, con circunspección, cada verso con la vista puesta en el futuro.

Nuestros hijos crecieron acumulando sueños impronunciables. La vejez arrastró pronto a sus padres y ellos corrieron a las ciudades en busca de un destino alternativo. Volvieron al tiempo. Para entonces la mina no era más que un laberinto alimentado por las historias del pasado. Volvieron acompañados de niños que nos recordaban a ellos. Aquellos niños, tiernos y curiosos, se sentaron cada noche a nuestro lado. Y entonces fueron ellos y no nosotras los que mirando por la ventana susurraron. Susurraron: *Abuela cántame otra vez la canción. La canción que cantaba el abuelo cuando trabajaba en la mina.*

ACCÉSIT JOVEN 2023

BORJA FERNÁNDEZ RUBIO

DIARIU DE SILENCIU

Ye 4 d'abril de 1962, entama a calentar un pizcu'l sol, esto sumao a los díes que llevo sin baxar a les entrañes de la tierra ta ayudándome colos dolores d'espalda, pero igualmente nin yo nin nengún compañeru ta llibráu del peli-gru d'esto que tamos faciendo.

Mio nome ye Armando, anque los mios compañeros del Nicolasa llámen-me “el boliche” pol mio paeciu col bolu y la mio afición por ello. Güei faen 4 díes dende qu'entamemos la fuelga, muchos dirán qu'esto ye un suicidiu pola situación actual del país, pero nun podemos seguir asina, los sueldos nun nos dan pa vivir y coles hores qu'echamos ya nun tenemos tiempu pa la fami-lia.

Cuerre'l rumor que van a echanos pa casa poles fuelgues, pero los com-pañeros del María Lluisa nun-yos pasó lo mesmo asina que nun creo que nos faigan mucho, l'otru día tuvi testificando ante la guardia civil poles fuelgues y nun me pasó na, asina que pa que voy rucar la testeya.

Ye 6 d'abril de 1962, güei ta orbayando un pizcu, avisáronme de que tengo que pasar poles oficinas del pozu, nun sé que quedrán, quiciabes ceden a los nuevos pidíos y entamen a subinos el salariu, dire a da-yos de comer a les pites y marchare pe elli, les provitines nun tienen culpa de la fuelga.

Acabo de llegar a mio casa, l'aconceyamientu nel Nicolasa foi pa echanos a la cai por lluchar polos derechos nuevos como mineros. ¿Nun yos dará ver-güenza?

Vuelvo a escribir nesti diariu pa cuntar qu'acaben de ponese en fuelga 25 compañeros más del Nicolasa, vieno Pachín a dicinos que mañana van facer una manifestación p'apoyanos, nes noticies tan falando de nosotros y tamos na boca de tol pueblu.

Ye 7 d'abril de 1962 a ratos sal una plizca'l sol y dempués orbaya, voy ver si para de orbayar pa entamar a cavar la güerta pa les pataques.

Güei ye la manifestación, pel pueblu nun se comenta otra cosa, a más, compañeros d'otros pozos van venir y nun solo mineros sinon también los mis collacios de la bolera.

Acabo d'enterame que'l gobiernu, por orde de Franco, ta movilizando antidisturbios y guardies civiles pa la manifestación, espero que la xente se controle y nun haiga problemas.

Ye 8 d'abril de 1962 güei fai sol y cuerre l'aire peles cais, güei voy echar les pataques. Ayeri la manifestación foi un éxitu que me dio más apoyu pa seguir cola llucha, cada día súmense más compañeros a la fuelga y les manifestaciones multiplíquense.

Ye 9 d'abril de 1962 güei fai sol, tengo que dir al cuartel de la guardia civil, en volviendo escribiré lo que me digan.

Nun tengo munchu tiempu pa escribir, hai una pareya de guardies civiles na puerta de casa esperando pa llevame al cuarteliyu, dexáronme volver pa garrar un plizcu de ropa y despidime de la familia, dixéronme que nun serien más de 3 díes lo que taré nel calabozu.

Ye 8 de xunu de 1962 fai muncho que nun escribo, llevo 2 meses metíu na cárcel polo que denomínase agora La Güelgona, dempués de munches lluches, enzarraos de compañeros y apoyu de la sociedá'l gobiernu aceuta les nuses esixencies y a min soltáronme.

Yá que paso tola tormenta, párome a pensar, cola fuerza que tenemos toos y lo qu'acabamos de demostrar, que nun ye poco, por qué nun nos xunimos más xente y siguimos lluchando, por qué dexalo equí, porque nun cambiar más coses, por qué, por qué seguir tragando.

ACCÉSIT TESTIMONIO HISTÓRICO 2023

ALEJANDRO MARTÍNEZ RODRÍGUEZ

UN FUEGO HELADOR

Y de repente flugh... una deflagración iluminó la plaza. Carreras. Nervios. Cargas. Gritos. Rabia. Dolor.

¡O los sueltas o me prendo fuego! Acababa de gritar. No lo soltaron y se prendió.

¡Que esos hijos de puta no me toquen! Acababa de gritar. Y no lo tocaron. Fue un Compañero, de otra empresa, de otro sindicato, de la misma clase, de la misma estirpe, quién a duras penas pudo echarle su chaqueta por encima.

¡Caerá sobre sus conciencias!, gritó otro minero indignado. No cayó nada, ni el peso de la ley, ni el de un costero, porque ellos, los causantes, no eran mineros. Tampoco compañeros.

¡Yo lo vi, y no pude hacer nada! Lamentaba otro. La impotencia se apoderó de ellos. La prepotencia, ya lo había hecho de los otros, ingenieros, empresario y el juez que dio la orden. Quienes podían haber evitado la tragedia echaron más leña al fuego.

Hubo sirenas, lamentos y *acompañados ayes* a la boca del calabozo del Ayuntamiento de Ponferrada. Y sentados en el suelo los mineros hicieron cruces y renegaron de Dios en multitudinario entierro 2 meses después, en Mieres del Camín.

“La revolucion... antes de comerse a sus hijos... los frie...” Rezó el Papus. Humor negro para el de la cara negra. Humor negro para el trabajador del negro mineral.

Sudario blanco para otro muerto de la mina, otro más. Murió a plena luz del día, pero lo mató la mina, y su dueño, y su Estado, y sus jueces, y sus leyes. Murió a plena luz del día, pero como en la mina, su vida se ahogó en la más absoluta oscuridad.

Nació en Mieres, trabajó en Fabero, se inmoló en Ponferrada, murió en Baracaldo. Los mineros, cómo los vascos, nacen y mueren dónde quieren, o dónde les obligan.

Se llamaba Joaquín, Joaquín Suárez, “el asturiano”. El mártir de los mineros de Fabero. El 25 de abril de 1980 se quemó a lo bonzo en la Plaza del ayuntamiento de Ponferrada pidiendo la liberación de varios mineros presos, no eran de su empresa, sí de su clase, también de su estirpe. Consiguió su liberación inmediata, sin cargos. Falleció en el hospital de Cruces en Baracaldo. El 3 de junio sus compañeros lo despidieron en un multitudinario entierro en Mieres.

Que su nombre no se borre de la historia, ha quedado grabado a fuego.

MENCIÓN ESPECIAL 2023

ALFREDO GARAY

TARDANZA

Afincábame a la puerta. Víalu pasar camín de la so casa, enfrente a la mía. Dende siempre. Dende neños.

Nunca se paraba nel bar, enxamás me facía esperar. Dexaba'l tayu y venía a cortexar, a cortexame, como mandeben les normes sociales y asina dempués d'un tiempu facer xuntanza y tener una familia'l día de mañana con un llar y unos fíos.

Yá buscábamos nosotros guardar la honra abellugaos baxo la nuestra moral.

Antaño xugamos esnudos nel ríu nos díes de calor y d'infancia hasta que nos dixeron basta: "a vistise y a trabayar".

Él pa la mina y yo a llaboriar nel güertu y la casa, qu'una casa con homes bien da que facer.

Asina foi como abandonamos la niñez, pero enxamás el ciñu que nos teníamos, que primero tornó en amor y llueu en pasión.

Cuando llegaba, siempre me gastaba la mesma broma, mirábame de regüeyu y dábame la espalda, dempués revirábase, guiñábame un güeyu y tirábame un besu. Yo esperaba sentada na antoxana hasta que lu vía salir al mio alcuentru, cambiáu otra vez de ropa, la otra que tenía, y con golor a lloción d'afeitau. Facíame una seña y salíamos a pasiar hasta la ponte'l ríu, a la par l'unu del otru como una parexa de guardies civiles, acompañándonos pero a una distancia prudencial nun fóramos a dar qu'hablar, y asina formales hasta la curva la cuesta que quedaba un poco escundida y si nun venía naide aprovechábamos a danos un abrazu y un besu, acceleraos.

Gustábanos cuando orbayaba pa dir xuntos baxo'l paragües.

Sonó la sirena.

Sonó la campana la ilesia.

¡Dalguna vez habíamonos escapáu. Sobre too nes fiestes del pueblu y la última en nuechevieya. Dícíame que nel amor, al so paecer, yera importante tener les manes tan llimpies que la conciencia. Y nel so casu más difícil, quitábase peor el carbón que los reconcomios pero que ponía empeño nas dos tarees.

Nun teníamos reparu y amás, a primeros de febreru, pal Cristu, taba'l casoriu preparáu.

Facíase tarde, xusto'l día que más naguaba por que viniera pa pode-y cuntar.

Sonó llargo la sirena.

Llenóse la cai de xente corriendo.

Entamó a llover.

Llenose too de barru y de silenciu.

Yera ceo pero habría xurar que te sentí por primera vez adientro de mi reblincar.

La vida y la muerte nun mesmo llatíu.

Les sirenes siguen sonando.



Antología de relatos mineros por la XX Edición del
«Concurso de Microrrelatos Mineros Manuel Nevado Madrid»

Lorem ipsum dolor sit amet, consectetur adipiscing elit, sed do eiusmod tempor incididunt ut labore et dolore magna aliqua. Quis ipsum suspendisse ultrices gravida. Risus commodo viverra maecenas accumsan lacus vel facilisis.

Lorem ipsum dolor sit amet, consectetur adipiscing elit, sed do eiusmod tempor incididunt ut labore et dolore magna aliqua. Quis ipsum suspendisse ultrices gravida. Risus commodo viverra maecenas accumsan lacus vel facilisis.

Lorem ipsum dolor sit amet, consectetur adipiscing elit, sed do eiusmod tempor incididunt ut labore et dolore magna aliqua. Quis ipsum suspendisse ultrices gravida. Risus commodo viverra maecenas accumsan lacus vel facilisis.

Lorem ipsum dolor sit amet, consectetur adipiscing elit, sed do eiusmod tempor incididunt ut labore et dolore magna aliqua. Quis ipsum suspendisse ultrices gravida. Risus commodo viverra maecenas accumsan lacus vel facilisis.

Lorem ipsum dolor sit amet, consectetur adipiscing elit, sed do eiusmod tempor incididunt ut labore et dolore magna aliqua. Quis ipsum suspendisse ultrices gravida. Risus commodo viverra maecenas accumsan lacus vel facilisis. Lorem ipsum dolor sit amet, consectetur adipiscing elit, sed do eiusmod tempor incididunt ut labore et dolore magna aliqua. Quis ipsum suspendisse ultrices gravida. Risus commodo viverra maecenas accumsan lacus vel facilisis.



grupohunosa